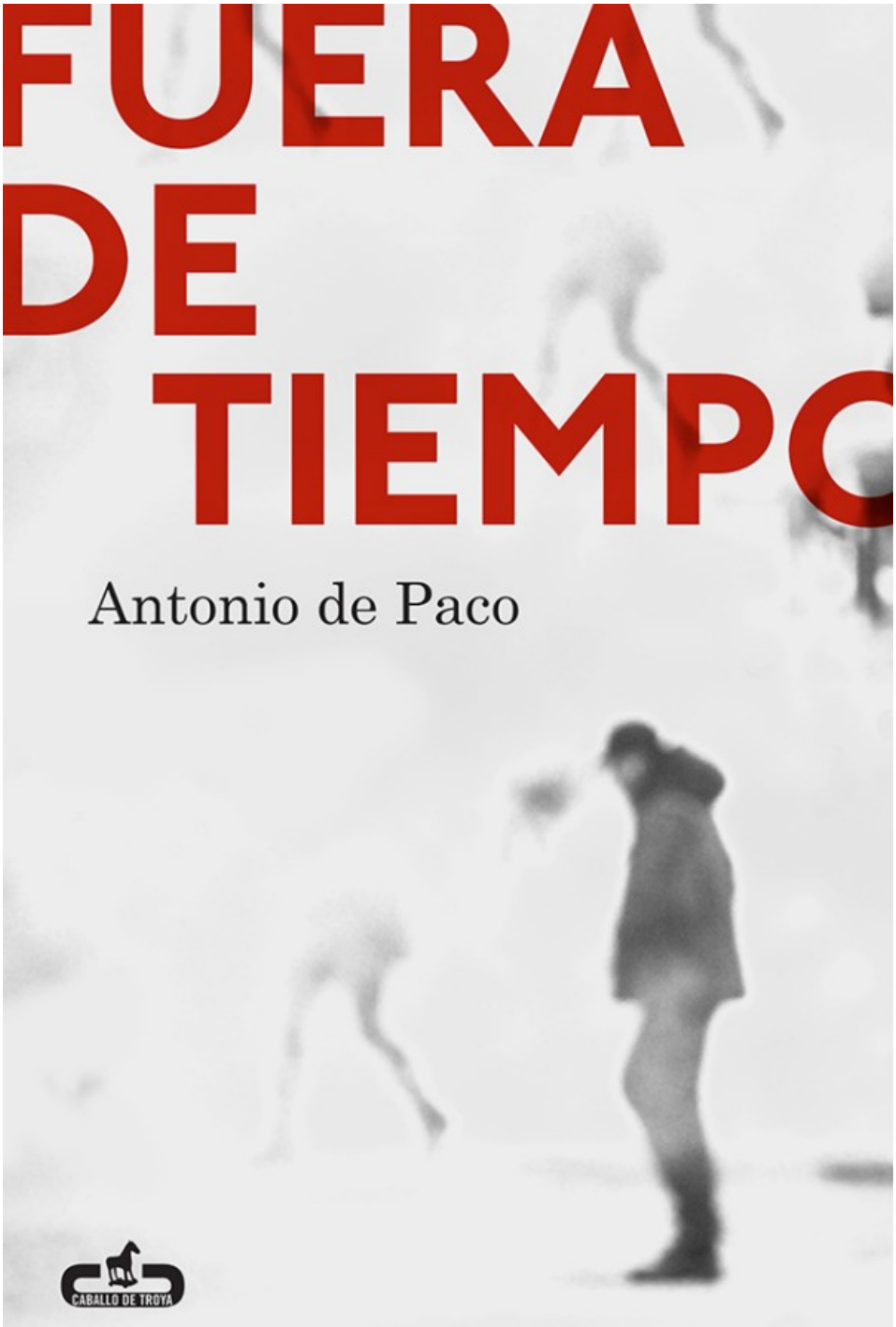
FUERA DE TIEMPO

Antonio de Paco



CABALLO DE TROYA

ANTONIO DE PACO

Fuera de tiempo

www.megustaleerebooks.com

PRIMERA PARTE

Restos

Las patillas se llenan de sudor y cuando están repletas, el sudor desciende y colma los dos lados del rostro. La mano de mi padre se acerca a la barbilla y se desliza de izquierda a derecha. Después es reposada en el volante. Los dedos se tensan apretando fuerte unos segundos. Cuando la mano vuelve a la llave del contacto el volante queda libre. Miro el reflejo que provoca la luz sobre el rastro acuoso. Pienso. El volante suda. Cosas de niño. Lo siguiente es simular que estoy a punto de dormirme. Se me da bien.

Mi padre conduce un Seat 131 Supermirafiori.
Un vehículo cuadrado que parece un ataúd.
Un coche antiguo que por supuesto ya no existe.
Ni los coches,
ni mi padre,
son tan cuadrados ya.
Mi padre existe,
mucho menos cuadrado.
Pero no estos coches.
A su lado,
en el coche que ya no existe,
está mi madre.
Así que tenemos el rostro de mi padre tras unas gafas de pasta, el seatcientotreintayuno.
(Había más cosas.)
La retransmisión de todos los partidos de fútbol de la jornada,
la vuelta a casa,
el retrovisor del coche,
la mano de mi abuela que sale por la ventana,
una pegatina del mundial de México 86 que puse en el cristal trasero.

Algunos detalles pequeños de algunas fotos grandes.
Y otros que la imaginación fabrica y nunca existieron.

Todos los recuerdos se elaboran según y cómo.
Eso escribí una vez.
Y no escribí nada más.

Por eso estas imágenes,

por su dudosa condición de realidad,
son un tanto desvaídas y cabe que tengan un tono sepia.
Por eso y porque mi padre tenía una de esas cámaras Polaroid.

Entonces un primer flash fotográfico.

Hay domingos por la tarde.
Partidos de fútbol en la radio del coche,
partidos de fútbol en la radio de casa.
Y mi madre otra vez a punto de llorar.
(Olvidé decir antes que estaba a punto de llorar.)

El ataúd inicia el trayecto acostumbrado.

—*I torna-li... altra vegá!* —dice mi padre.
Mira, nena...

Apnea alta. El ceño se frunce y los labios se repliegan ligeramente hacia los dientes. En el último momento, la lengua parece frenarse. Una espiración. Después los ojos vuelven al asfalto. La frase termina deshinchándose y queda flotando dentro del vehículo. Se nos pega a la piel.

Pero la frase debe ser rematada.
Así son los padres.

Entonces el aire ha de volver a vaciarse, esta vez mezclado con sonido. Tenemos unos fonemas, y tenemos un conjunto repleto de unidades de significado. Y todo se agrupa para que sea lanzado un último mensaje:

V
a
—Vamos a ver, si por un día, podemos tener la fiesta en paz... ?
l
e

Y la coletilla impacta en el centro de la diana.

Desde el agujero que dejó la flecha,
apenas perceptibles,
dos palabras:
—La fiesta...
dice mi madre.
Pero ella NO ESTÁ.

Era su voz.

La frase era la flecha.
La coletilla la punta de la flecha.
Y mi madre primero es la diana.
Y después un agujero.

(Hay que explicarlo todo.)

La mano de mi padre enciende la radio del coche en un aspaviento brusco. Lo suficiente como para que caiga la ceniza. Olvidé el cigarrillo. Lo menciono ahora y después se deberá añadir siempre a la imagen. Mi padre lleva un cigarro en la mano. Siempre lo lleva. Como si fuera siempre el mismo cigarro. Es un pitillo que no termina nunca y que se aferra a sus dedos. Hay una marca en sus dedos, similar a los huecos de los ceniceros.

—Papá, si fumas tanto, te mueres antes de «cuando te toca» morirte.

Es un pensamiento.
De niño pequeño.

La mayoría de la gente exige morirse después de «cuando le toca».
Esperan años y años sin nada que hacer.
Esperan ese momento.
En cambio no quieren ver el momento.
Pasaron muertos infinidad de momentos.
Pero al llegar el momento no quieren ver el momento.
Cuando llega el momento no mirar al momento.
No mirar al momento.
Es la costumbre.

Oye, ¡tú!
EL TIEMPO.

Dibujo esqueletos y los escondo en el cajón de la mesita de noche de mis padres.
Junto al dibujo de los esqueletos escribo:
«Fumar = Muerte».

El ataúd llega a la casa. Silencio total. Ahora una sensación urente, pulsátil. Está ubicada en los ojos, y quizá curse de una manera molesta, como si tuviera un cuerpo extraño que activara el conducto lagrimal.

Un cuerpo extraño,

dentro de un cuerpo extraño,
al lado de otro cuerpo extraño.
Cuerpos extraños entre sí.
Y en el asiento trasero el resultado de ambos cuerpos.
Eso debemos de ser nosotros.

(Este era otro pensamiento.)

Lo mejor es cerrar los ojos, en estas condiciones.
Y comenzar a desarrollar el arte del silencio.

Uno aprende a escuchar desde bien pequeño.
Si no, ya no aprende nunca.
Los niños a los que sus padres dejan hablar demasiado se convierten en seres francamente insoportables.
No hay nada más insoportable que un niño con incontinencia verbal.
Cuando ese niño crece,
se hace adulto,
destila su insoportable carga de inoportunidad.
Ese aliento apestoso del que uno piensa que no podrá librarse nunca.
Estos seres suelen reproducirse sin la más mínima contemplación.
Estos seres enorgullecidos, engendran a otros seres,
persisten en su legado,
esa martilleante y estúpida ristra de palabras vacías,
huecas,
inservibles.

Durante toda su vida hablando y después se mueren hablando porque tienen que llevarse a la tumba la idea de que dejaron aquí la última palabra de su vida, de que dejaron con la palabra en la boca a los que se quedaban en la vida. Esa vida en la que «los que se quedan» no tienen ningunas ganas ya de replicar.

Eso debe de ser la vida.

En estas condiciones.
(Pensé sólo una vez.)
Mejor irse sin dejarlo todo pringado de palabras.
Entonces silencio.

Silencio.

SILENCIO.

Por el silencio.
Esta es la manera en la que yo comienzo a adivinar a las palabras.
Las veo llegar.
Entonces las agarro suavemente.
Las meto en la boca y mastico diez veces por cada palabra.
No llegas a ser gordo si masticas las veces suficientes.
Por eso este ejercicio cansado.
Rumiar mucho tiempo como una vaca,
aunque después sea lo mismo.
Aunque todo termine desapareciendo en el retrete.
Vaya lugar para desaparecer.
Un lugar que precisa la higiene suficiente.
Que no queden restos.
Es el objetivo.
Restos en la cabeza,
en la amígdala del cerebro,
en el salón de la casa,
en la habitación.
Los del cerebro son los peores.
(Estamos de acuerdo.)
Esos compartimentos donde el polvo se almacena.
Como les pasa a las enciclopedias viejas en las bibliotecas.
Vaya con las palabras.
Las palabras son peores que las cucarachas.
Algunas terminan muriendo.
Pero otras escapan al pisotón.
Intactas.
Con el tiempo se hacen metálicas,
parecen afilarse.
(Qué cosas hacen las palabras.)
Pienso en los enormes cuchillos de trocear el pollo que hay en las carnicerías.
Las palabras podrían ser lanzadas como si fueran cuchillos.
Pero si fallas la has cagado.
Te quedaste sin ningún cuchillo.
Por lanzar a destiempo.
¿Vale?
Que te quede clarito.
Que lo primero es hacer el borrador.
Hay que pensar mucho antes de lanzar cualquier palabra «al tun-tun».
Ir incubando la idea.

Pensar, elaborar, interpretar.
Y después juzgar.
Sólo así las palabras están preparadas para salir.
Y por este proceso esforzado.
El niño NO habla NO
escribe
NO
acciona.

No peca de palabra,
ni de obra.
(Un poco de pensamiento y un poco de omisión.)
Pero lo cierto es que el niño no peca casi nunca.

El cura dice:
¿Has hecho eso, lo que tú sabes?
Yo digo NO.
Aquella vez no mentí.

La profesora dice:
—El que no se sepa el Credo se queda sin recreo.
Ahora viene el recreo.
Vista aérea.
Dos cuerpos de niño jugando en el recreo.
En el recreo, estos dos niños están jugando un «uno contra uno».
Me acerco un poco más.
Regate y gol.
Uno de los cuerpos salta sobre el cemento.
Se tumba ese cuerpo.
Levanta el brazo.
Su rostro se contrae y la dentadura queda expuesta.
La imagen debe darnos la idea de que su cuerpo expresaba el sentimiento de la felicidad.

Pero volvamos a las palabras.
Quedamos en que se habían quedado las buenas.
Y quedamos en que el coche había llegado a la casa.
Entonces estamos en la casa.
Y dentro de la casa en una habitación.
Y dentro de la habitación la mesa de estudio.
Y bajo la mesa de estudio,
en el cajón del escritorio,
NADA
(En este lugar todavía no viven las palabras.)

Tampoco en el cuerpo viven las palabras.
Las palabras.

Las
PALABRAS.

Primero fue la palabra y después fue el cuerpo.
Lo dice la Biblia.
Lo dicen todos.

Verbum frente *a res*.

Pero en mi caso la palabra estaba helada.
Pero en mi caso mi cuerpo estaba helado.
Así que la palabra intenta salir.
Y sólo puede volver a congelarse.
En el transcurso, la palabra se detiene en la boca, antes de salir.
Lo dije.
Qué cosas hacen las palabras.
En la primera contracción del músculo.
Adentro de la boca.
Se queda atrapada la palabra,
cubre la lengua,
forma estalactitas.
A cada intento de habla. Otra estalactita
Y otra.
Y otra.
Y otra más.
A base de insistir,
un día los labios se despegan.
Y consigo abrir esa caverna helada.
Que es mi boca.
Y consigo que entre esa bocanada caliente y húmeda.
Que es el mundo.
Y cuando se descongela la cueva encuentro algún pájaro muerto, el esqueleto de un gato la cuna destrozada con el cadáver de un niño color violáceo la mirada de una mujer adentro la mueca desfigurada el remolino que todo lo revuelve.

(Qué de cosas encuentro.)

Un remolino en el que cabe todo.

Ahora, por ejemplo, una monja sonríe.

Está sonriéndome.

Habla:

—El placer en el sexo fue inventado por dios para procrear.

La palabra (esa palabra)

dios

—Se escribe con mayúscula,
dice la monjita.
Se escribe así.
Así está escrito en los «Cuadernillos Rubio» de caligrafía.
Mis padres se casan sin haber experimentado el placer,
inventado por DIOS con mayúsculas.
Al fondo de la cueva una foto pegada.
La comunión de mi padre.
Mi madre entrando de blanco al templo.
Ya son varias fotos.

En esta foto mi madre es una novia bellísima fabulosa novia y después esta foto empieza a empaparse. Un cuerpo llora tendido en la alfombra.

Escribo sobre la lengua de forma compulsiva, escribo la palabra MADRE con letras mayúsculas y, cuando la lengua se hincha tanto que no cabe en la boca, la boca se abre. NO eres tú mamá. NO. En el suelo escribo MAMÁ NO ES ESA MUJER.

—Mis manos son demasiado pequeñas para agarrarte.
Son las manos de un niño.

—MAMÁ:

¿Escuchaste el sonido que dejaba toda esa masa sucia incrustada en tu cabeza?
¿O no te diste cuenta?
SANTODIOSCONMAYÚSCULAS
¿Cómo se escribe todo eso?
Se pudrieron todas y cada una de las palabras.
Hay una imagen.
Y otra.
Y otra más.
Menudas cosas hacen las imágenes.

Mi padre y mi madre me miran.
Y en esta imagen llevan puesto el traje de su primera comunión.

(Ocurrencias de niño.)

El verbo se hizo hombre
y habitó entre nosotros

Spermata alezeia,
dice el profesor.

Verdades que se congelan.
En medio de una telaraña en un cajón.
Como recuerdos.
Diseminados y perdidos entre una maraña tropológica.

¿Qué coño pinta el profesor de literatura ahí?

No sé muy bien.
Lo que son recuerdos
y lo que no son recuerdos.
No lo sé.

Sigo un poco más.

El recuerdo es una materia viscosa penetra donde le viene en gana el recuerdo ese entrometido hace lo que le sale de no se puede cambiar así el recuerdo se vierte se expande como un bulbo se detiene el

RECUERDO

Aquí

Recuerdo un libro de Ciencias Naturales.
Y todo en el tono sepia de las fotos de la Polaroid.
Expliqué por qué recordaba en el tono sepia de las fotos de la Polaroid.
Pero mentí.
Lo hago por darle cierta cualidad poética.
que se me antoja absurda,
en este preciso momento.
Y no en otros.
En los que hallo en la poesía un refugio donde huele a flores.
(Menuda cursilada.)

Quise decir:
Algo que huela a cualquier cosa viva.
(Una cosa así es lo que yo quise decir.)

Dentro de un enorme vertedero una amapola roja en el centro del vertedero una amapola roja esa es la imagen es otra cursilada qué cosas hacen las imágenes algunas cosas que la imaginación fabrica.

Y otras que nunca existieron.

La fábrica de los recuerdos es un yo qué sé.

Un niño que mira fijamente una maceta adentro de una casa. Un niño que toca la tierra. Ese subsuelo fértil. El resultado de la materia sujeta a descomposición. Donde las cosas mueren y renacen. Donde las palabras brotan.

Dónde las cosas.

Y dónde las palabras.

LAS PALABRAS.

—El niño tiene mucha vida interior.
Esto dice una vez mi padre a mi madre.

Así empieza todo.
Lo de escribir.
Después un profesor.
Y otro profesor.
Y otro más.

Los profesores también se reproducen como las cucarachas, como las moscas al olor de la mierda, al aroma tranquilo del sueldo fijo al final de cada mes. Destilan su flatulencia arqueológica, su dañina incapacidad. Estudié durante más de treinta años y conocí a cuatro o cinco profesores que habían decidido no defraudar al Estado.

Sabían de lo que hablaban.

Análisis de Textos poéticos.
Optativa de Facultad.
«El *locus amoenus*.»
(Algunos tópicos que quedan grabados en la mente.)

Un lugar idílico.
Y tantas y tantas bobadas
que permiten que los tipos melancólicos se construyan un mundo propio.
Y se enorgullezcan de ello.
Un melancólico enorgullecido de ser un melancólico es un tipo lamentable.
(Pienso.)
Alguien que no logró superar nada.
Que no creció bien del todo.
Se protegió.
Todo el rato.
¿Fui yo?

Mi padre no me pregunta de qué coño va esa «vida interior».
Sólo lo comenta.
Durante toda su vida.
Hasta el día de hoy.

Ahora otra foto.

La mano agarra la cabeza, seccionada en dos partes, de un conejo. Las patas traseras, las alitas del pollo y los muslos. Así sucesivamente. Pedazo a pedazo. Los miembros pequeños del animal se encogen y chisporrotean. Cuando están dorados, se añade la verdura: *baxoqueta* y *garrofó*, palabras coloridas que se posan en el recipiente de una manera simpática.
Ser simpático.
Ese es el objetivo.
La Paella es sagrada los domingos.
Los domingos no se come gazpacho ni ensalada fresca.
No se puede ser simpático alrededor de un gazpacho o de una ensalada fresca.
La Paella es el verdadero ritual,
dentro o fuera de la casa.
Después o antes de ver a la abuela.
Después o antes,
de ir a la iglesia.
Entre medias de todo.
O cuando sea
Valencia,
los domingos,
es una gigantesca Paella.
El aire es pegajoso.

—¡Txé, mujer!

Mirada fija. Ahora el rostro de mi madre tiene el foco. Los labios superiores vuelven a pegarse ligeramente a los dientes. Sólo un segundo. Ahora los ojos de mi padre se desvían hacia el grupo. Y se contagian de una mueca ciertamente amable.

— ... dile al chiquillo que mire a la cámara.

El chiquillo mira a la cámara.
La cámara apunta al chiquillo.

El dedo oprime el pequeño botón.

Creo que no cabían todos detrás del objetivo.
Esa vez.
Alguien ha de salir si no cabe tanta gente.
Es una cosa que pasa.
En todas las familias.

En las ocasiones especiales toda la familia se reúne.

Hay que apretarse para caber ahí todos juntos.
Notar el tibio sudor.
Ir encogiéndose.
Aguantar el tirón.
Que te pongan la mano sudorosa en la nuca y te revuelvan como a la *baxoqueta*.
Por eso hace tanto calor.
Porque todos estamos metidos en esta gran Paella.

Ya sé que la palabra Paella se escribe con minúsculas.
Era una broma.

Ocurrencias de niño.

El dedo pulsa el botón y el mecanismo es activado. La familia sale por la ranura. Pero no se ve nada. La mano agita la foto abanicando con fuerza. En unos minutos ya estamos todos ahí.

—¿Ves qué fácil?
Sonrisa.
Cuando era pequeño odiaba que me hicieran fotos.
Ponía las peores caras que se me ocurrían.
Exagerando todo lo que podía.
Mi madre se enfadaba.

Pero con dulzura.
Mi padre también se enfadaba.
Entonces prefiero sonreír.
Enseñando los dientes.
Como un gilipollas.

Una «colleja» a tiempo.
—Que sea la última vez que te oigo decir eso.

Mis padres siempre tienen ganas de discutir.
—*Una altra vegá, i torna-li*.

Alguna vez se hacen daño.
Algún accidente.

—Papá, quédate tranquilo, eso fue un accidente.

Pero nadie decide que algunas fotos tengan algo de color.
No hablaré nada acerca de estas fotos.
Las fotos mentales cambian de color,
según el tiempo en el que las pensamos.
Eso pensé una vez.
Así que ya veré más tarde.
Lo conté pero no del todo.
Me fui un rato por las ramas.
¿Vale?

Seguimos entonces con eso del recuerdo.

Yo recuerdo que me ponía el libro de Ciencias sobre la cabeza para no tener que oírlos.
Mi hermana lloraba por no ponerse un libro en la cabeza.
Supongo que también quería hacer suya la tragedia familiar.
Yo aprendí a cagarme en la tragedia familiar
Recuerdo a mi hermana, a mi lado, en el asiento del 131.
Recuerdo a mi hermana, a mi lado, frente al televisor.
Programación didáctica.
«La vida es así.» Reza la cabecera musical.
Mi hermana está canturreando: «La vida es así, llena de luz, llena de color; una flor que nace...».
No era así la canción.
Canturrea mi hermana las canciones de Hombres G y de Mecano, Los Secretos, Nacha Pop.
(Grupos de entonces.)

España.
La «movida madrileña».
Hijos de.
Jodidos que acabaron jodidos.
(Y siempre jodiendo con las mismas canciones.)

Mi hermana canturrea.
Me mira.
Mi hermana pregunta por qué no somos una familia «normal».
Qué será una familia normal.
Alguien sabe lo que es una familia normal.
Yo no sé lo que es una familia normal.
Imagino que la familia normal es la que mis padres imaginan fuera de la casa.
Entonces, yo estoy en la casa.
Estoy dentro de la casa en la que mis padres no imaginan a una familia normal.
Esa es mi casa.
Encojo los hombros.
Tardo en reaccionar.

Un día, en mi habitación,
pinto el dibujo de una familia normal.
Una casa con.
Un árbol con.
Un sol grande con.
A las puertas de la casa un riachuelo.
—¡Eh!, un perrito.
¿Qué coño pinta el perrito ahí?

Otro día, en la calle, escucho las voces de los que me cuentan lo que es una familia normal.
¿Fue después?
Otro día miré los álbumes de fotos.
Otro día participé de su alegría.
Otro día los vi reunirse con todas sus pancartas.
Y me tiré dos días pensando.
(A ver qué pasaba.)

LA FAMILIA.

¿Qué es la familia?

Pensando dos días enteros.

Y el mundo no se paró.

Pero al séptimo día, decido algo básico.
Consiste en:

No decirle a nadie lo que es una familia normal.

Cada cual que se apañe.

(En realidad no fueron siete los días.)
Es de cajón.

Hago una foto al dibujo de una familia normal.
Eso fue antes.
Fue después o fue antes.
No sé.

Detrás de la foto escribí:
locus amoenus.

¿Eso fue ahí?

Pienso, elaboro, interpreto, juzgo.

Autor-cosmovisión-mundo real.

Dice el profesor.

Abono que alimenta la tierra.
Estúpida literatura.
Miro crecer a los primeros tallos.
El humus ha absorbido una rara condición.
La profesora me entrega el título de bachillerato.
Dice:
—Que Dios te conserve esa ironía.
Menuda plegaria.
Y va Dios
y le hace caso.
—¡Eh, DIOS!

—¡Eh, PADRES!
Discutís molestando a todo el vecindario, mientras se retransmiten los partidos como fondo.

Mi madre siempre grita mucho más allá del volumen de la radio. Voy a ponerme el libro en la cabeza. Mi madre grita más allá de mi libro de Ciencias Naturales. Más allá de José María García (el tipo que radiaba los partidos). Mi padre que no se aguanta un pelo. Grita mi padre. Y José María García y mi libro de Ciencias y la radio que retransmite los partidos de fútbol se van a tomar por culo. Qué más. Qué más.

Mi padre nunca pegó a mi madre.

Fue mi madre la que se pegó con la plancha sin querer porque mi madre siempre tenía ganas de discutir hasta cuando planchan las camisas de los padres AQUELLA ÉPOCA. Las madres siempre tienen ganas de discutir. La radio rebota en el armario roza la plancha la madre se asusta la plancha golpea a la madre Algo así fue.

Mi madre se asoma a mi habitación.

—Mira lo que ha hecho tu padre.

Aquí no hay palabras.

SILENCIO.

Miro a mi madre.

—¿Fue así, mamá?

Mi madre no me contesta.
Durante toda su vida.
Hasta el día de hoy.

Bendita ironía.

Mi hermana llora.
Está llorando por aquello de la tragedia familiar.
Yo no lloro.
Ya tengo 10 años.
Lo conté al final.

¿Por dónde voy?
Estábamos en la comida.
Y después de la comida en la casa.
Y dentro de la casa en la habitación.

A veces mi hermana salía de su habitación.
Cambiaba su habitación por una habitación minúscula.
Atravesaba el salón hasta llegar a mi cuarto.
Como si atravesara un campo de batalla.
Todo esto sin subir la cabeza.
Y siempre con gesto de disgusto.
Recuerdo las palabras de mis padres.
Hablando de repente de otras cosas.
—Es hora de ir a la cama —dice mi padre.
Si hiciera una foto a estas palabras sería una bella foto de unas bellas palabras.
Pero las fotos son fotos.
No pueden dar cuenta de nada.
Una foto es lo menos real del mundo.
(Sé que suena exagerado.)
A estas palabras, las recuerdo con la misma nitidez con la que recuerdo el SEAT 131.
Como si fueran una imagen las palabras.
Así que vamos a intentar completar la foto de las palabras.
Hacemos unas fotos a las palabras.
Y las rodeamos en bocadillos.
A modo de cómic.
Ponemos una foto detrás de las palabras metidas en el bocadillo.
La foto de delante es la que hicimos a un dibujo de mis padres en el salón.
De la boca dibujada de mi padre salen las palabras:
«Cariño apaga la luz que hay clase mañana».
Lo siguiente es simular que estoy a punto de dormirme.
Se me da bien.
Estoy en la cama a punto de dormirme.
Hasta ahí el cómic.
Y ahora.

¿Qué?

El eco es sordo y confuso. Aplasta mi propia respiración. El aire comienza a cargarse de cristales diminutos. Digo que no hay que dejar que entre ella, la imaginación creadora del cielo y de la tierra. De todo lo visible y lo invisible. Es una bestia oscura que quiere acostarse a mi lado. Vive conmigo esa bestia, LA IMAGINACIÓN, para lo bueno y para lo malo. En la salud y en la enfermedad. Va a comenzar a tocarme de un momento a otro. Fuera de aquí EL LLANTO se ha filtrado a través de las paredes de la estancia. Penetra bajo la ranura de la puerta. No es mío el llanto. Cojo mi pequeña y ridícula cola e imagino las bragas de una chica de mi clase. Hay que engañar a la bestia. Pensar en otras cosas. Pecar de obra. Creo en el perdón de los pecados. En la

vida eterna.

No cabía todo esto en la foto del dibujo a modo de cómic.
La foto del dibujo quizá no es el soporte más adecuado.
Eso no expresa lo que yo puedo imaginar.
Eso no expresa una mierda.

En la clase de mañana.
Soy el dibujo soy.
La foto soy.
Las palabras soy.
De un niño de una familia normal.
Hago como que soy normal.
Me comporto como si fuera normal.
Ningún niño habla de los padres cuando juega al fútbol en la hora del recreo.
Algunos tienen secretos.
Cosas de niño.
Como estar enamorado de una niña en secreto.
Yo también tengo este secreto.
Y dentro de este secreto
me imagino una vida asquerosa, con esta niña, cuando sea mayor.
Y como no es un pensamiento optimista, no se lo cuento a nadie.
Sobre todo el secreto más gordo.
El que engloba a todos los demás:
mis padres se odian
así que juego al fútbol.
Los veo odiarse.
Los imagino odiándose.
No los dibujo.
Prefiero seguir golpeando el balón.
De nuevo en la casa dibujo a la niña de la que estoy enamorado.
Pero no a mis padres.
Cosas distintas.
Parecidas.
No sé.
La niña es morena.
De piel clara.
Con los ojos grandes.
Tiene algo en los ojos.
Brillan mucho.
Tiene la boca roja.
Los dientes muy blancos.
Algo pasó con el dibujo.
Lo malo de pintar directamente con rotulador es que si la cagas, no hay

posibilidad de corregir.
(Esa vez la cagué.)
Los ojos.
La boca.
Todo me ha salido con un aire triste.
Salieron torcidos.
No quiero estar enamorado de una niña triste.
Las niñas tristes crecen y buscan ser cuidadas.
Protegidas.
Empequeñecidas.
Toda la vida.
Mujeres que no pudieron ser sino anuladas sino una y otra vez.
Yo ya tengo bastante conmigo.
No le voy a hacer la putada a nadie.

La mano del niño revuelve la tierra de la maceta. Entonces el dibujo que estaba en la mano del niño se hunde en la tierra.
A ver si sale algo,
piensa el niño.

Ocurrencias de niño.

Y sigo con eso del recuerdo.
(Menudo coñazo.)

Ni mi hermana ni yo entendíamos nada.
Los dos en esa habitación minúscula.
Pero mi hermana se refería a una familia normal.
Mi concepto de familia normal:
Aquella que no se pelea todos los putos domingos después de visitar a la abuela.
Y las cintas de Hombres G y de Mecano.
Que mi hermana tiene en su habitación.
Mucho más efectivas que mi libro de Ciencias Naturales.
A veces dejaban un momento de gritar.
Y recuerdo a mi padre.
Como recuerdo el color azul, después blanco, del SEAT 131 gritando que bajáramos la música.
Y a mi madre gritando a mi padre que no grite.
Y a mi padre gritando a mi madre que no grite.
Y a nosotros nos recuerdo bajando el volumen a toda leche.
«Vamos juntos hasta Italia quiero encontrar un jersey a rayas pasaremos de la mafia nos bañaremos en la playa»
dice la canción.

Y yo tiraba el libro de Ciencias Naturales contra el suelo
porque yo odiaba y admiraba e imitaba a mi padre en estos gestos autoritarios.
Y odiaba y comprendía y respetaba.
Una y otra vez.
Los gestos de OTRO TIEMPO.
Todos los que hemos crecido en un contexto determinado.
(Que voy a llamar España.)
Hemos odiado y admirado y comprendido los gestos autoritarios.
Los gestos autoritarios nacen.
Crecen.
Se reproducen.
Una y otra vez.
Algo de eso ha de quedarse.
(No puede ser de otra manera.)
Primero es respetar el gesto.
Después aprender el gesto.
Y una vez aprendido.
El gesto ya saldrá solo.
En el momento preciso.

Estamos gobernados por gestos respetables.

Hay que tener cuidadito con los gestos respetables.

No hay nada peor que hacerse un tipo respetable.
Un tipo al que hay que hablar a dos pasos de distancia.
Que te pillen en un abrazo por sorpresa.
Vendido.
Agarrotado como un maniquí.
Avergonzado.
Torpe.
Ahí te quiero ver.

Guardo una fotografía de color sepia.
Mi hermana a mi lado.
Mi padre.
Mi madre.
Véase a mí, el tercero comenzando por la izquierda.
Todos delante del Seat Supermirafiori.
Ninguno sonríe.
Menuda estampa.

Es una foto inventada.

Ahora vamos a congelar la foto un momento.
Y vamos a llamar a los melancólicos.
Y a los parlanchines.
Y a los simpaticones.
Y a las niñas tristes.
Y a los agarrotados.
Y los vamos a invitar a nuestra Paella.
La Paella de los hijos de los que nacieron jodidos.
La Paella de los Tarados.
De los Hijos de.
Todos juntos.
Y vamos a hacernos una foto.
Y los de la movida madrileña.
Que consiguieron no morir.
Cuando era momento de morir.
En lo más alto.
Van a venir también.
A cantarnos un poco.

Pinto sonrisas sobre la foto.
En cada cabeza.
Con un rotulador.
Ahora sí que parecemos gilipollas.
La foto me hace sonreír.
Menudo apaño.
Se quedó llena de muecas.
Entonces mojé el dedo índice con saliva.
Cabeza por cabeza.
Quitando la sonrisa.
Vaya faena, pienso.
Dejo la foto empastada.
Todos empastados.
Pandilla de subnormales.
¿Estamos todos gilipollas?
¿O qué?

Las muecas hablan entre sí, en medio de la foto:

No soy gilipollas, mamá.
Mira la foto que he hecho a este dibujo, mamá.
Se llama foto del dibujo de un paisaje.
Es muy bonito el dibujo, hijo,

dice la mueca.
¿Has mirado bien mi dibujo?
Sí, es muy bonito, hijo, tu dibujo.
¿Le falta algo al dibujo?
No, está perfecto el dibujo.

Cambio el título al dibujo.
Debajo escribo: foto de un paisaje.
Tacho la palabra Paisaje.
Y pongo:
Foto.
Sólo dejo la palabra Foto.
Tacho la palabra Foto.
Hago trizas la Foto.
Y la entierro en la maceta.
Junto a la niña.
Ah, por cierto, los de la movida ya pueden dejar de cantar.

(Los de la movida madrileña dejan de cantar dentro de mi cabeza.)

La maleta pesada del cuerpo que es mi padre rueda por el pasillo. Mi padre acerca la mano a la barbilla. Y la desliza de izquierda a derecha. Después la reposa de nuevo en la maleta dejando un rastro acuoso. Miro el reflejo que proporciona la luz sobre el rastro en la maleta. Hace frío. No suda ni una gota.

No me di cuenta.

Estaba llorando.

Su cuerpo extraño abandona la casa.
Los ojos de otro cuerpo extraño lo observan abandonar la casa.

¿Se habrá llevado la cámara de fotos?
¿La cámara de fotos existió alguna vez?

No sé.
Lo que son recuerdos.
Y lo que no son recuerdos.
Así que basta ya de recuerdos.

AQUÍ ACABAMOS CON LOS RECUERDOS.

Los dedos amarillos ya tienen esa pequeña oquedad, justo entre la primera y

segunda falange de los dedos índice y corazón.

Miro los dedos.
Estos dedos son míos.
No hay duda.
De lo que son mis dedos.
Y de lo que no son mis dedos.
Hago una foto a mis dedos.
Enciendo otro cigarrillo.
Sentado en el parque.
Hago una foto al paisaje.

Después EL TIEMPO.

Hice una foto al paisaje.
Agarré el cuaderno.
Y no escribí nada.

El TIEMPO después.

Y esto fue lo que no escribí una vez:

Fotografía del paisaje.

Así se titula.

Dos cuerpos se paran un instante. Se miran. Se acarician. Se quieren. Lo típico. Ni más ni menos. Los rostros de ambos cuerpos se acercan hasta que los labios entran en contacto. Es lo que hacen las parejas.

Sucedió que:

Disparé al paisaje

Sólo quería captar el paisaje.
Y retraté dos cuerpos que parecían expresar el sentimiento del AMOR.
(Se colaron ahí en la foto.)
Yo nunca he visto a mis padres besarse.
No visualizo a mis padres besándose.
No imagino a mis padres besándose.
Esto era un pensamiento.
(Se me coló también ahí también.)
Las fotos y los pensamientos son traicioneros.
Se cuelan todo el rato.

Igualitos que el pasado.
Igual que las palabras.

Evagatio mentis
dice el profesor.

Entonces escribo en el cuaderno.
Con letra de Cuadernillos Rubio del colegio.
Escribo: «Nunca vi a mis padres besarse».
Vaya frase.
Eso no expresa lo que yo no puedo imaginar.
Eso no expresa una mierda.
La mirada de un felino y los ojos de un perro asustado.
Esas cosas son invisibles.
Porque los perros no pueden dar cuenta de las cosas,
las cosas son escritas por quien cree dar cuenta de las cosas.
Las cosas son pensadas.
Dibujadas.
Fotografiadas.
Engullidas.
Cagadas.
Arrojadas.
No se puede dar cuenta de las cosas.
Porque las cosas no están para dar cuenta de nada.
Las cosas son.
Y cuanto más las toques, peor.
(Qué pesadez.)
Sólo vamos a dejar a esas putas de las palabras.
Que corran.
Al lado de la bestia.
Que arrasen con todo.

«Locus arrasado». Despojado. Arruinado. Devastado. Locus sin palabra. Sin pensamiento. Sin obra. Sin omisión. No llegué a la foto porque la cámara es ahora un insignificante amasijo pisoteado en medio de una grieta. No llegué al dibujo porque el dibujo es ahora un trazo informe de pensamientos inconexos. Sólo puse mi cabeza en la bestia.

Una vez hice eso.

Y juro que aquella noche descansé.

También lloré un poco esa noche.

Y a vosotros os voy a contar lo que imaginé entonces:

Hay un espacio que hará de casa.
Hay una bañera cálida.
Y dos cuerpos que harán de los cuerpos de mis padres metidos en la bañera.
Juntos.
Parece un entorno magnífico para concebir al cuerpo que hará de mi cuerpo.
Un tercer cuerpo se acerca lentamente a la bañera.
La Bestia oscura dice:
—Ese cuerpo es adulto y viste con un uniforme escolar.

Ningún cuerpo emite fonema.
Ninguno de los cuerpos
enturbia el aire con unidades de significado.
Los cuerpos no se mueven.
No fruncen el rostro.
No cortan el espacio con gestos abruptos.
Los cuerpos de mis padres sólo flotan.
En la bañera.
El tercer cuerpo apoya los brazos en la bañera.
Sólo permanece ahí.
Los observa un rato.
No hablan.
No discuten.
No se les oye respirar.
Son cuerpos extraños.
Extraños cuerpos.
En un mismo espacio.
Qué belleza.
No pueden besarse.
En estas condiciones.
Entonces.
En estas condiciones.
Lo normal es no nacer.
Entonces.
El cuerpo que haría de mi cuerpo enano no sale a escena.
Entonces nos ahorramos el muñeco que simularía mi cuerpo.
Entonces.
La imagen.
Desaparece.
Entonces.
Oscuro.
Entonces.
No fui.

(Era un teatrito.)
Luz.

¿Dónde fue el tercer cuerpo?
Se perdió por ahí.
Lo conté, en vez de mostrarlo.
Lo de siempre.

La Bestia era mi imaginación.
Yo era el tercer cuerpo.
En este teatrito.
Eso fue un delirio en el que me cargo a mis padres.
Un lugar literario.
Una metáfora.
Una catarsis.

(Hay que explicarlo todo.)

Ahora un:
Epílogo para un tercer cuerpo que desapareció del teatrito:

Continué mi paseo por el parque.
Anduve y anduve durante horas.
Abandoné la ciudad hasta llegar a una casa medio en ruinas
Apareció así.
—Juro que no me lo invento.
Sólo apareció así ante mis ojos.
Y sentado ante aquellos restos.
Mis ojos pudieron seguir la trayectoria del sol desapareciendo tras el horizonte.
Fumaba y seguía la trayectoria del sol en el horizonte.
Espectáculo sublime por el que prometí,
a partir de ese momento,
no poner nombre a las cosas inefables.
(También dejar de fumar prometí aquella tarde.)
Entonces lancé el cigarrillo.
A todos esos RESTOS.
Y todo.
TODO.
Prendió,
prendió,
PRENDIÓ.
(En mi imaginación.)
Después las brasas.

Y luego.
Las cenizas.
Y supe que mi cuerpo había decidido conmoverse ante esa gigantesca estación calcinada.
Que yo decidí llamar recuerdos.
A falta de algo más preciso.
A todas esas cosas las llamé recuerdos.
(Por no dar demasiadas vueltas.)
Y caí en la cuenta de que mi promesa había durado apenas un minuto.
Casi nada más.
En ese SILENCIO TOTAL miles de palabras habían de colocarse sobre mi cabeza.
Como creando un inmenso cielo encapotado.

Por eso al llegar a casa el finísimo impacto en la ventana de unas gotas minúsculas.
Las hojas de los árboles afuera.
Y el caudal del río.
Ante mis ojos.
Tenía mi paisaje.
Con casa.
Con árbol.
Con riachuelo.
Algunos detalles pequeños.
Y otros más grandes.
Todos los recuerdos se elaboran según y cómo.
Eso escribí una vez.
Y esa vez escribí mucho más.
Escribí todo el rato.
(Menudo coñazo.)

NO SE PUEDE MATAR A LAS PALABRAS.

Sólo están ahí, ¿verdad?
¿Oyes los restos?
Palpitan desde el centro de la tierra.

Mira esta foto.
Un día.
Fue mi cuerpo.
Mira mi mano.
Mira la
lengua
dentro

de
la
boca.

Porque todo cuerpo espera un final me voy a marchar con la palabra en la boca.

Os voy a dejar aquí

En el paisaje

Yo dije que cuando me acordaba de algo que había vivido en otro tiempo no se transfiguraba en mi recuerdo, sino que en realidad era entonces cuando lo vivía.

PETER HANDKE. *Carta breve para un largo adiós*

SEGUNDA PARTE

Off-time

0

Hubo un TIEMPO DE CRISIS.

Un TIEMPO INERTE.

Y en ese tiempo ninguna palabra conseguía venirme a la cabeza.

AHORA, muy alejado de aquello, las cosas cobran algo de luminosidad y arrojan un reflejo tan contundente que a veces me parece haber sufrido una REVELACIÓN.

Poco a poco, las palabras han venido a buscarme con tal fuerza, con una premura tan desmesurada, que lo que allí sucedió (en este tiempo inerte), su forma indefinida y silenciosa casi parece hacerse materia, explotar y después derramarse, como si ALGO NUEVO pudiera ser dibujado y yo me viera obligado a caer en barrena, como un kamikaze, PRECIPITADO al centro de la página. No es que ninguna trama acuda a mi cabeza. Sólo he tratado de RECORDAR, de atrapar el murmullo de un TIEMPO ALETARGADO.

Me he preguntado si acaso no había una llamada al cuerpo, si la palabra podría convocarse y terminar sucediendo como un aspaviento. Y enseguida he obtenido una respuesta, pues a intervalos he recuperado lo físico, desde ese otro lugar. Y en este SILENCIO tan NUEVO y tan VIBRANTE, he sentido deseos de arrojarme a la escena, como un actor.

Y es así.

Y NO DE OTRA MANERA, cuando por fin he podido decirme, casi en voz alta:

—Hay que escribir.

Empiezo, pues, por ese TIEMPO, donde no era posible no quedar aplastado por el RUIDO MENTAL, donde el CUERPO acusaba un MALESTAR GENERALIZADO sin causa reconocible, una DEBILIDAD ABSOLUTA de los miembros, un HORMIGUEO CONSTANTE.

(Mi cuerpo abocado a la TRANSPARENCIA frente al resto de volúmenes exteriores.)

Quiero EMPEZAR, en definitiva, colgado en esa época en la que estuve, por llamarlo de alguna forma, mecido en un NO TIEMPO.

Y es de este MECERSE EN UN NO TIEMPO de lo que yo comienzo a hablar.

Atento a las circunstancias:

En el año 2009, con treinta y dos años, inicié mi tercera licenciatura, sin demasiada convicción. Hay dos años en blanco. En el año 2011, rompí con

una relación de tres años y medio. En el año 2011, casi sin darme tiempo, me arrojé sobre otro cuerpo, negado a la reflexión. En el año 2011 perdí sentido a mi vocación. En el año 2011 rompí con esta nueva relación que yo califiqué como un espejismo torpe, y quise excusar como una «huida hacia delante». En el año 2011 España estalló. En el año 2011 pude calificarme a mí mismo de fracaso estrepitoso, con una extraordinaria impiedad. (Mi posición, alejada de la pesadumbre, consistía en una suerte de vaciamiento, ajeno al victimismo.) Durante mucho tiempo, acontecí como la nula consecuencia de mí mismo. En el año 2011 busqué explicaciones. En el año 2011 desistí de buscar explicaciones. Llegado el otoño marché a otro país. A finales del año cayó el paisaje sobre mí como el invierno cae sobre un espantapájaros. Durante largo tiempo recorrí las calles de Londres (ésa fue la ciudad.) También hubo otra ciudad. (Entrado el 2012 hice algunas estancias cortas para visitar a unos amigos en París.) Yo viajaba a París.

Después París se alejaba, y yo volvía a Londres.

En la ciudad de París.

En la ciudad de Londres.

Permanecí largo tiempo viendo correr el río.

Y ahora paro un instante, y veo correr el río:

Y he recordado que

EL RÍO corría lleno.

Y he recordado que

YO estaba vacío.

(Por facilona que sea esta comparación.)

1

Aterrizamos una mañana de septiembre.

Mi madre había querido acompañarme y pasar unos días en Londres, una ciudad que conocía muy bien. Fue una guía magnífica. Un día, caminando hacia Camden, dijo:

—Me gustaría verte bien.

Y yo dije:

—Sí, sí.

Mi madre regresó, no sin antes haber dejado pagada una semana completa en una pensión del sureste. Agarré un tren en Victoria Station. Los cuervos se posaban sobre los viejos cementerios al pie de las iglesias. El musgo se comía las baldosas. Las cabezas de algunos viejos asomaban tras las ventanas de las tabernas como muñecos de Playmobil. El tren llegó a la estación. Abandonó mi cuerpo el andén, flanqueado a ambos costados por la exuberancia de la hiedra que se pegaba a la alambrada. Rodé mis dos maletas, camino al hostal. Allí no había nada.

Aunque algunos destellos emergen al recuerdo.

(Quieren abrirse ahora y me reclaman su maravillosa sencillez.)

Una brizna de hierba mojada por la lluvia.

La huella de la bota en el asfalto.

El párpado cayendo sobre los iris azulados.

Cosas pequeñas.

Grandes.

No sé.

Magníficas extensiones de hierba, como alfombras, eran interrumpidas por la pesada mole de algún centro comercial. De vez en cuando, el paisaje era cortado por la simétrica disposición de una *high street.* Después la naturaleza volvía a imponerse proporcionando kilométricas treguas a la civilización. Anduve media hora y supe con certeza que había equivocado la parada. Durante casi dos horas estuve perdido, andando y desandando (todo ese tiempo embriagado por una indiferente aceptación) hasta que mi destino apareció. Entré al hostal. Una vez confirmada mi reserva accioné el picaporte de la minúscula habitación y mi cabeza golpeó con el marco de la puerta. Después bajé a la calle y le compré a un señor hindú un pan de molde y un bote de *beans.* (Compré también dos Carlsberg tamaño cincuenta centilitros.) Estaba nublado y hacía algo de viento. En cambio el sol asomaba de vez en cuando, hasta que en un momento dado —pensé que a destiempo — hizo su aparición. Volví a subir a la habitación. Tras mi ventana vi la hierba. (De nuevo las briznas, amontonadas esta vez, doradas todavía por la luz.) El sol se ponía y lo inundaba todo en ese último estertor de la caída de la tarde; se resistía a su deceso cayendo perpendicular sobre los grandes ventanales y propiciando la fantasía de unas vidrieras sobre las que se deslizaba un fabuloso y cambiante cromatismo. Las variedades de rojizos y los tonos naranjas se engullían a sí mismos, como cuadros de Rothko. Se imponían las siluetas de las casonas victorianas, como setas idénticas, brotando de la hierba. El camastro crujió cuando mi cuerpo se hundió sobre los muelles. Miré cada rincón de esa habitación. Me di cuenta de que los rayos atravesaban la ventana para después trazar un marco, un cuadrado de luz, perfectamente definido, sobre un viejo armario de madera, una diapositiva en blanco donde la imagen guarda la ausencia de sí misma (o bien espera nacer, de un momento a otro). Quizá por ello estuve un buen rato entretenido haciendo sombras chinescas con las manos. Después mis dedos trataron de seguir los movimientos de una sinfonía. Primer movimiento: la refulgente claridad. Los dedos se abren, uno a uno, desde los meñiques, hasta que las manos se despliegan. Segundo movimiento: el marco se desdibuja, se difuminan sus contornos mientras la sombra irrumpe, como una lengua. En el tercer movimiento, la figura tomó la forma de un rectángulo, inundado de luz, y fue cediendo a la sombra hasta achicarse tanto que mis manos no tuvieron lugar. Quité entonces las manos para dejar espacio a la visión de aquella franja mínima que se extinguía lentamente. Un reflejo tomado por una levísima tiritera. Quedó una línea de luz a punto de

extinguirse. Una vez más tembló, y luego fue perdiendo intensidad. Me pareció raro el silencio, pues se colmaba de resonancias mínimas, que sin embargo se hacían perceptibles. (Como si el material de los objetos quisiera dar cuenta de sí.) Las patas de la cómoda, el marco de una pintura de estampa marinera. Había unas manchas irisadas que tiznaban por zonas el cristal de un espejo. Bajo el espejo una pila. Las vetas de la cerámica, resquebrajada, aunque compacta, como las hojas secas de los árboles. Sentí los muelles tensando los músculos dorsales.

El otoño ha llegado.

Eso pensé.

Desde que yo podía recordar, había sido dado a ausentarme del entorno para perderme en OTRA COSA.

Desde que yo podía recordar, había habitado ESTADOS PARTICULARES.

Estados en los que el tiempo y los lugares quedaban replanteados por una suerte de fogonazo. Por un momento muy breve daba la sensación de andar suspendido en OTROS TIEMPOS y OTROS LUGARES que se llenaban de sensaciones antiguas y nuevas sensaciones. Las percepciones quedaban trastabilladas y abandonaban su molde original. En ese momento, cualquier visión pasada podía ser rescatada y reclamar su nueva forma en el presente, prenderse a cualquier suceso en el entorno. Quedaba sólo una atmósfera. También un latido que habría podido dar cuenta del FONDO DE LAS COSAS con increíble precisión. Y todo brillaba un instante.

Un fogonazo.

Sin descripción.

Las alas de una paloma abandonando la ventana,

mis manos de niño,

el tacto rugoso de las cagadas secas en el alféizar de la ventana.

El humo de este cigarro.

La luz sobre el dibujo de la vidriera del recibidor.

La pila de mármol vieja en la primera casa de la abuela.

Este sonido seco que dejan mis dedos al teclear.

Sin orden ni concierto.

Entonces sigo.

El tacto de los objetos a veces irrumpía bruscamente. Se imponían las sensaciones físicas «reales». Y yo me despertaba, me aferraba al entorno fuertemente para acto seguido fundirme con lo abstracto. Y todo se perdía en una nebulosa de imagen y palabra, de «amanecer del recuerdo» y «declinar de ese recuerdo», aun antes de que mi pensamiento hubiera llegado a su formulación. Con relativa frecuencia quedaba desorientado. Y las ideas pululaban confusas en la mente. Se me ponía «el cuerpo raro». A veces, algunas palabras insistían, se adherían a ALGÚN SITIO, para después incrustarse en el cerebro como «restos de metralla». Y yo me sentía inútil.

No apto para nada.

En esta época, especialmente, tenía sensaciones que se parecían al deseo

de expresarme, pero abortaba el impulso, muy rápidamente.

En esta época, todo me parecía esforzado, carente de sentido.

EN ESTA ÉPOCA, todo se terminaba mucho antes de empezar.

LA VIDA sucedía.

Fuera de mí.

Y las PALABRAS huían.

A años luz.

Cercanas y distantes.

Como un satélite.

Y es AHORA que trato de expresarme.

Que caigo en la cuenta.

Que aprovecho el tirón.

Es ahora que encuentro.

Que cuento cosas como:

«Debía buscar alojamiento para los seis meses siguientes.»

Es ahora que escribo:

Debía buscar alojamiento para los seis meses siguientes.

Bajé a la cantina y eché un ojo a internet. Primero busqué algunas páginas de anuncios. Después me entretuve con Google. Y me entretuve mirando mi *e-mail*. Rastreé la historia de los alrededores de Londres. Averigüé la antigüedad del viejo hostal, que databa del siglo XVII. Imaginé carruajes apostados en la entrada, abrevaderos y cagallones de caballos al pie de un portón. Inmerso en la pantalla, yo me entretuve con todo (excepto con lo que era mi tarea) hasta que decidí apartar la vista de mi ordenador. Permanecí unos minutos fijando mis ojos en ese antiguo conjunto; las vigas carcomidas de madera, las sillas desvencijadas y marrones. Los escudos de tela amarillenta de diferentes equipos de fútbol se me antojaron jamones colgados de nuestras tabernas españolas. La moqueta azulada desvelaba las quemaduras de algunos cigarrillos «de cuando no estaba prohibido fumar». La barra me pareció que había sido mil veces repintada con ese color inconfundible que todo niño llama «color caca». Se imponían majestuosos al menos seis grifos, como cobras doradas erguidas en el centro, cubiertas de rocío. En un momento dado, casi me pareció que todo giraba en círculo sobre mí, a modo de *travelling* cinematográfico. (Quizá la cerveza ya había hecho su efecto.) De esta manera, ya todo podía instalarse en la cadencia de una ensimismada contemplación donde los actos se ejecutan con una maravillosa lentitud. Descifrar las *pounds* sobre la mesa y escudriñar las cantidades necesarias. Dar un trago a la Guinness y disfrutar el cosquilleo de la espuma deshaciéndose sobre los pelos del bigote. Salí al patio a fumar e hice un seguimiento riguroso al humo de las cocinas desvaneciéndose en el cielo. Caminé algunos pasos. A través de una ventana, en otro salón, se veía a algunos huéspedes agolparse alrededor de un partido de fútbol en la televisión local. Tenían los cuerpos hinchados y el haz de la pantalla chocaba en sus cabezas, haciendo que el sudor barnizara sus mejillas; una capa

brillante que por momentos se iluminaba, adquiriendo rosas y verdes tonalidades. A veces se movían todos juntos, alterados sus cuerpos por el frustrado desenlace de algún gol. Después los cuerpos caían, se vencían a plomo sobre los taburetes, y los brazos eran lanzados en todas direcciones, como tentáculos, queriendo hallar las pintas, abandonadas en el instante del aspaviento, cuando los puños necesitaron contraerse. Poco a poco, todas esas cabezas rubicundas volvían a centrarse en dirección a la esquina en la que se situaba el aparato. Hacía unos meses que la selección de España había ganado el mundial. El recuerdo se impuso tomando la forma de imágenes pausadas que se colmaban de una estridencia ocasional. Las calles se habían atestado de masas enfurecidas y radiantes que esperaban orgullosas el desfile triunfal de nuestros héroes nacionales. Mi silueta de espectador invisible había deseado, una y mil veces, abandonarse a la alegría de los cuerpos. La imagen de ese tiempo, tan cercano y distante, rozó mi cabeza y luego desapareció. Ahora la noche era calma y esa latencia de adentro del salón contrarrestaba con el silencio de afuera. Tuve la sensación de que el sonido se había desactivado para todo lo que no fuera propio del entorno natural. La imagen encuadrada en la ventana prescindía de los sonidos diegéticos para complementarse con murmullos, con tintineos metálicos de farolillos mecidos por el viento y aullidos animales. Miré adentro, una vez más.

—Son cerdos ingleses.

Me dije.

(Lo dije en voz alta.)

Y dije:

—*British pork*.

También en voz alta.

(La frase me vino al acordarme de la etiqueta de una lata que había en la tienda del hindú.)

Me reproché a mí mismo la ocurrencia, por gratuita y cruel, pero me disculpé enseguida, pues había sentido cierto alivio al instalarme en esa «tregua cómica», que me ponía de un plumazo en el mundo de los vivos, sacándome de una agotada contemplación que amenazaba con tener una duración indefinida. Entré al bar. Dejé mi cerveza en la barra. Dirigí mis pies a la escalera. Posé la mano en una barandilla. Después la despegué y esa mano, MI MANO, se alzó tímidamente buscando un último contacto.

Quizá dije:

—*See you*.

O quizá dije:

—*Bye*.

(A lo mejor no dije nada.)

Y aquella noche dormí.

O eso he recordado.

2

Año 1961.

Un muchacho viaja con su guitarra en el tren del sureste. Se dirige al Sidcup Art College. En el vagón se encuentra con otro joven, casi un adolescente, que sujeta unos discos en la mano, y pronto inician una conversación. Éste le informa de que viaja a la Escuela de Económicas de Londres. Sabemos que el tema deriva hacia la música, e imaginamos que termina muy pronto acaparando toda la conversación. En ese corto trayecto, se cuenta que hacen tan buenas migas que incluso fantasean con la idea de formar una banda, acordando un próximo encuentro.

Sabemos que estaban en la estación de Sidcup. Y sabemos también que allí se decide la formación del grupo que un año después será bautizado como The Rolling Stones.

En la línea de tren conocida como Southeastern, la estación de Sidcup está situada entre las localidades de New Eltham y Albany Park. A Sidcup Station la separan de la estación de London Bridge (centro de Londres) apenas seis paradas, dieciocho coma tres kilómetros que hacen un trayecto de veinte minutos aproximados de duración.

Son cinco libras con noventa de coste regular.

Aparte de haber acogido el mencionado encuentro entre Keih Richards y Mick Jagger (según una información que se puede contrastar en la Wikipedia), no podría decirse que el lugar tenga algo reseñable. El conjunto se compone de una zona residencial atravesada por una arteria principal repleta de restaurantes y comercios. Tiene dos universidades y un hospital. Y lo demás es hierba.

(Que sabemos que en Inglaterra es algo ordinario.)

Allí pude encontrar alojamiento de alquiler al razonable precio de 370 libras al mes, compartiendo una de sus casas de diseño victoriano. La entrada de estas edificaciones se caracteriza por un breve jardín y dos plantas. En la de abajo se encuentra el salón, la cocina y una habitación acristalada que da al exterior. Sobre ella otra habitación idéntica en el piso superior. Hay un baño (casi siempre separada la ducha del retrete), y dos habitaciones más, de menor tamaño. El acceso al más amplio jardín interior se realiza a través del salón. Tiene una chimenea (normalmente en desuso.) También existe una pequeña puerta acristalada en la cocina, por la que puedes salir al exterior y rodear la casa hasta el jardín. La moqueta suele ser imprescindible, casi siempre de tonos oscuros, aunque con el tiempo el suelo de algunas habitaciones haya sido recubierto por suelo de parqué.

En el 315 de Main Road (Da 14 6QG) en Sidcup, viví toda mi estancia en Inglaterra.

La zona solía estar casi deshabitada. Salvo algunos borrachos y algunos estudiantes, la mayoría de los residentes se recogían en sus casas sobre las cinco de la tarde. Los fines de semana cobraban algo más de actividad y

podías ver a las familias cenando a la orilla de la carretera principal. Durante el día, los vecinos se distraían en reformas domésticas. Después llegaba el lunes, y el entorno quedaba desierto nuevamente. Pasear por los contornos carecía de interés, excepto el de observar, a medida que la noche iba cayendo, cómo las luces se iban apagando y los salones quedaban iluminados por los reflejos patológicos de los televisores que apuraban los ecos de los *late shows*. Podías también entretenerte mirando las variaciones que cada vecino había perpetrado sobre la estructura original de su fachada, ampliaciones del espacio insertadas como un pegote, terracillas coronadas por estrafalarias barandillas, estatuillas de jardín, o arriates de flores cuidadas con esmero en la mañana del domingo antes del *lunch*. Pude ver muchos domingos repetidos en su secuencia cotidiana.

Por eso, hoy, domingo.

Casi con toda probabilidad.

Un perro mordisquea los bajos de los pantalones.

Hay unas piernas pequeñas correteando por la hierba.

La mano agarra un útil de jardinería.

La reprimenda aguda de una madre.

Los padres.

Los niños.

Esas cosas normales.

Cada casa había sido renovada a su antojo en busca de un estilo que pudiera dotar a cada familia de su propia personalidad. Añadidos de cemento que se superponían al estilo original decimonónico y que componían una idea del tipo de familia inglesa del siglo XXI. En mi jardín, se adivinaba la construcción, en otro tiempo, de un suelo de granito al salir del salón. Este espacio había sido acotado por un pequeño muro abujardado, rematado en sus ángulos por unos pequeños pilares coronados por una piedra circular. De los deteriorados adornos tan sólo algún bolón había resistido la caída de sus compañeros, que asomaban en los matojos o yacían amontonados a la espera de una reparación. Al final del espacio, en una esquina (ya en la zona de hierba) se había dejado crecer un árbol de manzano. Junto a éste, una caseta para los útiles de jardinería se erguía abandonada, las puertas de madera roídas por el tiempo. El cercado que rodeaba al jardín lucía también desvencijado y las tablillas se rendían esqueléticas frente a la barnizada madera de la valla del vecino. Sólo aquel viejo árbol permanecía en su lugar original, incuestionable como un tótem sagrado. A veces, el amplio ramaje se agitaba movido por el viento, y la fruta madura caía sobre el césped. Yo paseaba durante largas mañanas trazando círculos concéntricos alrededor de ese árbol. A veces me detenía unos minutos, me ensimismaba ante las vetas onduladas formadas en el tronco, protuberancias que escondían el paso de los años. Entonces, el manzano me parecía un testigo de excepción de la decadencia y el abandono de una familia «venida a menos».

Familias venidas a menos.
Y familias venidas a más.
Dos familias distintas.
Parecidas.
No sé.

Allí seguía el manzano, acostumbrado al transcurso de numerosas estaciones.

Algunos días, mientras las ramas se alborotaban y el cielo se oscurecía, llegada la tormenta, ésta otorgaba al paisaje la sensación de que las casas contiguas se movían. Al posar la vista abajo, la capa de hierba alta se descubría repleta de manzanas que nadie se había preocupado en recoger. Como los días pasaban, se iban oxidando, mudaban su color hasta quedar enjutas. Con las semanas ya eran sólo un pellejo que terminaba confundido con la tierra. Entonces yo trazaba la obvia analogía con la vida hasta que la mente quedaba navegando en la ataraxia. Me convertía en fruto, por así decirlo, en una especie de ciclo desprovisto de pasiones. Acontecía simplemente. Algunas manzanas amanecían cercenadas por la mordedura de algún animal. El entorno hacía posible la visita nocturna de los zorros que solían pasearse al borde de las carreteras. Bajaban a la noche hacia las zonas urbanas en busca de basuras. Yo mismo me había cruzado muchas veces con alguno, recién bajaba del último tren, llegando de Londres. Llamaban mi atención y comencé a interesarme por aquellos pequeños animales tan raros de ver en la Península. Al sorprenderlos en la acera frenaban su marcha, se «congelaban» unos instantes en posición de alerta. Por unos segundos dejaban la vista fija. Sus ojos brillaban. Rápidamente desaparecían, entregados de nuevo a la oscuridad.

En este momento,
probablemente,
algún zorro escala una tapia,
en busca de alimento.
Y yo pienso en EL TIEMPO.
Del que hablaré más tarde.
Casi con una total seguridad.

Muchas veces llegué a sentirme identificado con el cánido al regreso a última hora de la tarde del supermercado, cuando el precio de los alimentos se abarata y las etiquetas de los envasados se superponen con la leyenda *low cost*. De esta manera, era posible «cazar» algún pedazo de carne a punto de caducarse, y conseguir por unos *pennies* higadillos de pollo. Ridículas combinaciones de hortalizas se presentaban en bandejas donde las mínimas porciones aparecían relucientes bajo el papel celofán. (Una vez vi una patata y una cebolla lucir en una bandeja, por más de una libra.) Uno podía aceptar aquello inaceptable con una decidida resignación. El paseo por el supermercado consistía en una épica distribución de las monedas. Había que reservar una cantidad innegociable para el tabaco de liar (que se vendía

junto a las cajas) y siempre debía de haber unas cervezas en oferta que ayudaran a recogerse a la caída de la tarde. Llegado a la casa, el gran ventanal de la habitación se revelaba como un escaparate magnífico donde el ocaso rendía su presencia. Esa caída del sol se convirtió en una costumbre. Entonces hubo un tiempo en el que el espectáculo solar era esperado con la meticulosidad del estudioso que se prepara para sus anotaciones. Supe que el invierno estaba a la vuelta de la esquina según el sol iba cediendo a hora más temprana. Por esta costumbre, lo que resultaba en principio una pérdida de tiempo, una manifestación inevitable de mi incapacidad, de mi separación abrupta de los hombres, se fue transmutando en un ejercicio de contemplación que se hizo irrenunciable. Algunas tardes, enfrascado en la pantalla de mi ordenador, la noche caía sobre mí y, cuando me daba cuenta de que se me había pasado por alto ese momento, me reprochaba en voz alta ese despiste. Con el paso del tiempo, si bien no fue ninguna obsesión, sí podría afirmar que el acto fue alzado a la categoría de ritual. A tal efecto, fui perfeccionando y elaborando variaciones sobre mis modos de ver. Algunos días introducía un pensamiento y preparaba el espacio disponiendo la mesa con dos velas. Elegí también la mejor localización posible, centrándome en uno de los cristales del gran ventanal. A veces seleccionaba una melodía que acompañara al transcurso del crepúsculo. A veces, trataba de traducir alguna letra acercando el oído minuciosamente, todavía aplicado a la tarea del idioma. La mayoría de las veces, aquella letra de algunos grupos a los que yo había admirado, sin pararme a entender, me parecía decepcionante, quedaba mediocre aislada del conjunto. Entonces pensaba en las distintas leyes que rigen sobre la letra y sobre la melodía. Sujetas por separado a sus normas internas. Ambas podían estar sostenidas por un pulso secreto, indescifrable. Y en su conjunto, el equilibrio precisaba de la renuncia de algún componente sobre el otro. Así la prosa más sencilla era capaz de encajarse a la melodía más compleja con mucha mejor adecuación y viceversa.

Habíamos crecido en el imperio del pop. Algunos grupos habían hecho compleja la música moderna hasta el punto de convencernos de que podían llegar a ser la quinta maravilla. Mi generación había desdeñado la música clásica, influenciada por esa iconoclastia que se deleitaba en las bandas, los cantantes convertidos en mitos y su puesta en escena espectacular. Llegados a la treintena (todos nosotros, los hijos de los ochenta) podíamos presumir con regocijo de una gran cultura musical.

Una élite nueva que se vanagloriaba de ser culta.

Un día frente a la hierba.

En mi ensimismamiento.

Puse las *Variaciones Goldberg*.

Y aquí no hay palabras.

Alguna vez pensé en la cultura.

Incluso en el arte.

Sin que llegara,

ni un momento,
a una conclusión.
Antes de mi partida yo era un
varón de treinta y tres años,
dedicado al sector de la cultura,
y residente en un barrio moderno de Madrid.

3

La habitación se había inaugurado con una cama antigua que ocupaba todo el espacio. Unos amarillentos visillos colgaban de las ventanas, la mayoría salidos del riel. Una tulipa opaca se incrustaba en medio de una pared. Sospechaba que bajo ésta se había dispuesto, en otra época, el lecho conyugal. Al abrir los armarios empotrados había aparecido un papel decorado con cenefas silvestres. Por zonas había sido arrancado y el pegamento seco se había incrustado en las grietas creando formas que se confundían hasta perderse en los desconchados de masilla. Algunos viejos zapatos de mujer yacían cubiertos de polvo y restos de yeso. Una tela rasgada trataba de cubrir los trozos en los que la pared estaba más deteriorada. Viejas cortinas se amontaban arrugadas al fondo del armario. Al desplegar las telas, el polvo voló. Hallé un viejo ajedrez y el barniz del tablero brilló cuando pasé por encima la palma de mi mano. Al apoyarme en la cama, imaginé a dos cuerpos sobre ese edredón raído que mi casero me había cedido con gesto de vergüenza. Sería el antiguo juego de cama, probablemente de cuando sus padres vivieron allí. Por un momento traté de trasladarme unos treinta años atrás. Sus padres acabarían de llegar de su país, Cabo Verde, acosados por el paro y la sequía. Quizá todavía no dispondrían de permiso de trabajo. En mi visión, parecían contentos. Estaban sobre la cama jugando una partida de ajedrez. La mujer hizo jaque al rey y él se sobresaltó. Entonces las figurillas quedaron desperdigadas por la colcha. El hombre quiso quejarse porque siempre perdía. La mujer sonrió. Le pellizcó en el estómago. Él trató de escapar. Se parecía a una película. Como pegaba mucho, imaginé que hacían el amor. Sonreí ante ese final tan tonto, digno de una comedia de sobremesa de la peor calidad. Mi mano estaba sucia y al sacudirla en el pantalón estornudé. La tabla quedó cubierta por salpicaduras minúsculas. De mi maleta extraje algunas cosas que todavía estaban allí. Había unas postales, compradas en museos, dos del pintor Gerard Richter, y dos postales que había olvidado de quién eran y que dejé por ahí, tiradas en el suelo. Saqué unas libretas viejas, de cuando todavía escribía, unos bolis sin tinta, un par de mecheros. Y un libro de Peter Handke que se llamaba *Carta breve para un largo adiós*.

Coloqué las postales de Richter en diferentes lugares, hasta que me convenció su ubicación. Abrí el gran armario y guardé de nuevo el tablero.

Todas las hojas de las puertas habían sido forradas con espejo. (Era una cosa a la que no estaba acostumbrado.)

Al cerrar una de ellas me pareció ver a UN HOMBRE frente a mí. Cuando contrajo el gesto, finas arrugas se dibujaron sobre su párpado inferior. Otras salieron disparadas en dirección a ambas sienes. Al acercarme aún más, vi una coloración de tono amoratado recubriendo ambos párpados. Debajo, las ojeras se trazaban casi como si hubieran sido esculpidas con cincel. La frente trazó dos hendiduras, en la mitad. Al contemplar los rasgos con detenimiento apareció cada pliegue con extraordinaria nitidez. Quise centrarme en el centro de los ojos, casi pegada la nariz al cristal. Los globos oculares estaban cubiertos por una pátina húmeda. Alguna mancha amarilla recordaba bastante a una superficie lunar. Apenas se distinguía la pupila del iris, ambos tomados por una gran oscuridad. Tuve la sensación de que uno podía «caerse allí dentro» sólo por un momento. De que era posible llegar a la retina, navegar por aquel cuerpo hasta surcar el nervio óptico, perdido en una especie de álbum de imágenes antiguas y recientes. Después salí de aquella especie de «túnel del tiempo» en el que, sin querer, me había metido. En la pupila aparecía la silueta de un hombre diminuto. Retrocedí un paso y la silueta, de cuerpo entero, apareció. Era ese mismo cuerpo, plantado ahí.

Me pregunté si yo tendría «estampa de hombre», con mi «rostro de hombre» y mi «aspecto de hombre». Con mis «comportamientos típicos de hombre» y «mis gestos de hombre», así que modifiqué mis miembros asumiendo posturas diferentes, pero me resultó casi imposible tratar de atrapar los ademanes que, de seguro, debían ser los míos. (Frente al espejo era bien complicado no posar.) Al cabo de un rato me relajé. Mirando de reojo me pareció pillarme por sorpresa. Nunca me había visto así. Pero, probablemente, es como aquella figura debía verse representada desde afuera. Así es como la gente me vería.

Después llegó a mi cabeza la imagen de mi padre.

Y luego desapareció.

Cuando mi padre tenía treinta y tantos vestía siempre con traje.

A veces cambiaba de corbata.

Cuando mi padre tenía treinta y tantos tenía el pelo negro.

Usaba zapatos de mocasín.

AQUELLOS AÑOS, yo jamás había visto a mi padre como «un hombre». Y mucho menos como «un joven».

Y en cambio mi padre era, efectivamente, «un hombre muy hombre». Y ha sido toda su vida un «hombre muy hombre». Y en cambio, este «hombre muy hombre» jamás era considerado como UN HOMBRE por mí, puesto que siendo yo un NIÑO sólo podía ver a mi padre como PADRE.

Mi padre como PADRE y nada más.

AQUELLOS AÑOS, así lo veía yo.

Aquellos AÑOS.

Y así siguió siendo por mucho tiempo. Durante mucho tiempo, yo sólo

pude ver en mi padre a MI PADRE. Y así lo veo AHORA todavía, por regla general. (Así he seguido viéndolo.) MI PADRE COMO UN PADRE. Y rara vez, insisto, como un hombre, aunque mi padre fuera, en esos años:

Un varón joven, de unos treinta y tantos,

con más de media vida por delante.

Exactamente lo mismo

que ahora soy yo.

Ante el espejo traté de atrapar su imagen, enteramente. Y no lo conseguí. (Pensé que ese lazo tan fuerte podía acabar sesgando cualquier asomo de objetividad en las familias. Así la objetividad quedaba invalidada de por siempre.)

No me era ajeno que él debía haber envejecido, pues ahora ya tenía el pelo casi blanco.

Volví de nuevo al espejo y me apliqué de nuevo a esta operación.

Mi padre ya tiene sesenta y tantos.

Ahora usa vaqueros.

Algunas camisas de cuadros.

Se reserva los trajes para las fiestas de guardar.

La arruga del ceño es profunda si está preocupado.

Cuando opina sobre política, a veces, se acalora y gesticula con los brazos.

Lleva raya en el pelo.

(Quizá al derecho.)

Sus dientes lucen perfectos, muy bien alineados, al sonreír.

Le cuesta reconocerlo si está equivocado.

(Igualito que yo.)

Estuve un rato con esto.

Cuando estuve cansado de estar ahí de pie, me senté en el colchón.

Miré las postales de Richter que había pegado en la puerta. Una se titulaba *Ella,* y era un retrato de su hija. La otra postal correspondía a un retrato del propio autor. Una niña y un viejo. Y pude entender entonces aquella conexión.

Del armario había sacado también un marco vacío de unos cincuenta centímetros por cincuenta, que había dejado en la colcha. Al levantar la vista topé con esa fea tulipa en la pared, y decidí colgarlo ahí. Sobre el parqué había tirado el tabaco, un mechero y el librito de papel de fumar. Después estuve un buen tiempo pegando papelillos de fumar adentro del marco, como si fueran hojas que caían. Finalmente cambié las postales de Richter de lugar y las incorporé a la composición.

Aquello me pareció bastante acertado.

En ese momento.

Aunque enseguida pude verlo como una completa idiotez.

Vino otra vez el tiempo a mi cabeza.

De nuevo, el tiempo.

Del que pensé algo, casi con seguridad.

En el suelo yacían las otras postales. Y yo las cogí. Las había comprado en el museo de arte abstracto. Fue en la ciudad de Cuenca, en un viaje de fin de semana, con mi pareja última «antes de». Como había utilizado la maleta para hacer la última mudanza se habían quedado en los bolsillos. Tuve el impulso de tirarlas, pero luego frené. Me pareció que era un impulso no verdadero, puesto que yo no tenía, EN ESE MOMENTO, ninguna sensibilidad hacia algo distinto a mí.

Apenas la memoria se posaba en cosas de OTRO TIEMPO, el sentimiento se presentaba como si hubiera sido secuestrado. Y donde el sentimiento había de manifestarse sólo quedaba un revestimiento, una especie de «concha» vacía en sus adentros. Como una caracola.

Y cuando hablo de «caracola» estoy tratando de ilustrar.

Escasamente y sin ninguna fe,

trazando dibujos con palabras.

Trato de describir lo que sería una SENSACIÓN.

(Quizá más correcto sería hablar de sensaciones.)

Ya ni siquiera hablar de sentimientos.

Escribir, por ejemplo:

Cuando «ESO» llegaba sólo escuchaba un murmullo vacío que se quedaba rondando los oídos hasta perderse, como olas.

Me pareció que nada se ajustaba con firmeza a lo que había sentido ese momento, así que estuve tratando de componer una frase que pudiera DAR CUENTA DE ALGO. Primero cambié el orden sintáctico, varias veces, y estuve modificando algún tiempo verbal.

Llegaba sólo eso, un murmullo, a los oídos, como de olas, cuando «ESO» se escucha, vacío rondando se queda.

Después fui borrando palabras, hasta que aparecieron en la mente destartaladas, unas flotando al lado de las otras.

Sólo cuando vacío
Un murmullo
se queda
escucha
rondando
«ESO»

De esta manera, a mí se me atragantaba

EN ESA ÉPOCA toda descripción.

Pues ya, de entrada, aterrizaban sobre el recuerdo

los sentimientos,

las cosas,

las personas,

destartaladas por igual.

Cogí las postales y durante unos minutos las miré. Aquellas eran pinturas de apariencia sencilla, de una aparente espontaneidad que parecía «cazada

en el instante». Y sin embargo, se regían por una exacta minuciosidad. Desde hacía muy poco me había interesado por este arte abstracto, que hasta la fecha sólo había considerado estupendo como decoración del salón. Durante años yo había admirado, una y otra vez, la sistemática deformación del sentimiento, la otra expresión terrible y fascinante de algunos pintores alemanes de vanguardia. Y sin embargo, con el tiempo, todo se había impregnado de un agobiante tufillo que resultaba asfixiante al final. Pinturas que siempre me habían conmovido, como *El grito* de Munch, ahora creía verlas como frutos podridos, la consecuencia de un alma empecinada por dar cuenta de sí misma, de reafirmarse como único motor. Todo paisaje había de ser pasado por el filtro del hombre. Estuve pensando un buen rato en cosas que leí y que me hablaban del «nihilismo occidental».

Cuando estiré la mano y me dispuse a recoger las dos postales tuve el convencimiento de que yo no entendía de nada, «ni de la misa, la mitad».

Después pensé en el misterio.

Así sin más:

«El misterio».

Una palabra que pudo confundirme aún más.

Las postales eran reproducciones de los pintores españoles Fernando Zobel y Gustavo Torner.

Se hacía evidente el vacío sólo con la disposición de la materia. No había rastro del hombre. Un punto indescifrable en el centro del lienzo, algunas líneas perfectas, color. Sólo materia encontrada, arrojada en el centro de una materia original.

Coloqué las postales, una a cada lado de la cabecera de la cama. A un lado puse la roja, y al otro puse la otra, que era azul. Después me tumbé en la cama hasta que pude adormecerme.

Si alguna mujer me preguntaba por esa ubicación de las postales, bromearía diciendo que eran posibles opciones, según el lado en el que ella eligiera colocarse, la roja y la azul. Imaginé la escena con todos sus detalles. Imaginé mi cuerpo recostado junto a otro cuerpo de mujer. Lo del azul y el rojo me pareció una fanfarronada insoportable. El fuego y el agua. Calma y pasión.

Di vueltas a algunas palabras hasta que pude sentirme avergonzado.

Al desaparecer las palabras quedaron, de repente, sensaciones.

Sobre la colcha arrastré mi mano tratando de recordar el tacto de una piel.

Sentí un cosquilleo en el vientre.

A la pregunta de si era UN HOMBRE,
me respondí que sí.
Lo dije dos veces:
—Sí, sí.

4

Hubo un leve contacto. Sentí que eran cabellos. Cuando rozaron mi rostro vi una silueta incorporarse. A contraluz distinguí la desnudez de una espalda femenina. Después vi unos brazos que abrían la ventana. Oí una melodía, que se mantuvo unos minutos en el aire a la que se sumó una voz. La voz lanzó lo que inmediatamente identifiqué como «palabras en inglés». Las palabras se dibujaron en el techo, pero tras unos segundos, me di cuenta de que el conjunto era intraducible, al menos para mí. La melodía volvió, hasta llegar a un estribillo que se hizo insistente por momentos. El cuerpo de la mujer giró. Y yo no vi su rostro. Las letras del techo cayeron todas juntas.

Incorporé mi cuerpo y eché un ojo al entorno. Seguía allí el armario, recubierto de espejo. Seguía allí el escritorio que yo había reclamado al casero con exagerada insistencia. Seguía allí el colchón, echado en el suelo de parqué. Froté los dos ojos hasta que vi mi rostro de nuevo en el espejo del armario. Toqué mi cabeza para ceder a la cuestión de que ya había salido del sueño. Toqué también mi sexo y su hinchazón contribuyó a que todo se impregnara de una REALIDAD APABULLANTE. Sentí el cosquilleo, de nuevo. Se me pasó por la cabeza masturbarme y el pensamiento me produjo una RARA REPULSIÓN. Me puse de pie. Frente al espejo observé cómo iba disminuyendo el bulto en el pijama. Cuando la carne cedió sentí el cuerpo frío. Colgaba una sudadera del respaldo de una silla. Y yo la agarré. Bajé a la cocina y busqué por los armarios filtros de café hasta que tuve que resignarme ante la abrumadora presencia del *english breakfast*. De uno de los estantes sobresalía un cable retorcido unido a una jarra. Como la jarra pesaba, abrí la tapa y vi que todavía había agua, así que la enchufé. Mientras bullía el agua recordé que ELLA tomaba siempre té y que durante unos meses yo había adoptado sus costumbres. Al bajar la mirada al banco de cocina vi una cazuela eléctrica con restos de arroz. Alguien había dejado un hueso de aguacate. El hueso rodó al apartar el cable recién desconectado del enchufe. Cayó en la baldosa. Dio dos pequeños botes y luego se perdió. En una ocasión nos enfadamos después de visitar a sus amigos, puesto que yo dije que lo que fue presentado como «receta de panecillos de aguacate» era nada más que una «rebanada de pan con aceite y aguacate». Y sólo el tomate podía salirse de esta descripción. Abrí un cajón buscando una cucharilla y el aluminio de una espumadera me hizo acordarme de que ella siempre insistía en las consecuencias tóxicas de la ralladura del teflón. Hallé la cucharilla y ésta tenía una mancha blanquecina. Al accionar el mando del grifo con la intención de enjuagarla, tuve presente que el agua caliente arrastraba el plomo de las cañerías. En el estante del té hallé el azúcar, junto a una botella de aceite. Estaba grasienta la base del envase. (Ella nunca habría tomado azúcar, y menos en estas condiciones.) Cuando llené la cucharilla, el blanco del azúcar refinado casi me cegó. Mientras caían los granos la idea de la

muerte aterrizó en mi cabeza con una exagerada desproporción.

Ella tenía miedo a morirse.

TENÍA ESE MIEDO.

Y esta clase de precauciones eran siempre justificadas como pequeños rituales. Nunca eran una creencia «a pies juntillas», sino un «modo de vida» que se satisfacía en esta prudencia más bien inocente, que no costaba nada.

Me quedé pensando.

La idea de la muerte fue atravesada por la idea de «no sentirse vivo», lo que me pareció más atroz.

Primero pensé en el miedo a morirse y después en el miedo a no sentirse vivo.

En ese orden.

Y me parecieron temores antagónicos.

Y luego me parecieron parecidos.

Iguales.

Distintos.

No sé.

Girando la cucharilla, me había puesto a dar vueltas a estos pensamientos, pero enseguida lo dejé.

NADA QUE YO PENSARA SERÍA ACERTADO.

Fue una certeza bastante fuerte, EN ESE MOMENTO.

De manera muy particular, hasta ESE MOMENTO había tenido una fe ciega en que todo razonamiento seguía un proceso lógico. El pensamiento se congratulaba de sí mismo. La cosa venía a ser así:

Sobre todas las cosas del mundo caía la sospecha. Por mucho tiempo, la SOSPECHA se alimentaba a sí misma hasta que iba tomando la fuerza necesaria. ESA SOSPECHA engordaba. Y ya todo pensamiento caminaba en esa dirección. A medida que ESA SOSPECHA iba tomando forma, la SOSPECHA era transformada, tomaba su cuerpo, y con el tiempo ya era una CERTEZA, sin que ésta tuviera verdaderamente la fuerza necesaria.

AHORA, con gran precisión, toda sospecha había quedado aniquilada.

De manera muy particular una SOSPECHA se había convertido en CERTEZA antes incluso de nacer. Ahora una CERTEZA ABSOLUTA predominaba sobre todas las demás. Una certeza distinta. LA CERTEZA de que esa sistemática y torpe elaboración de pensamientos (de sospechas y razonamientos sobre estas sospechas y su posterior transformación.) Esa elaboración, como digo, era lo peor. Algo que YO había hecho siempre. De una manera muy torpe, hasta la fecha, yo había establecido conclusiones sobre las cosas de este mundo, precipitadas CONCLUSIONES, haciendo gala de una vanidosa e IDIOTA estupidez. De una manera errónea había alabado el pensamiento. Y ahora el pensamiento aparecía ante mí, se presentaba antes incluso de nacer, en el momento en el que nace aquello que le decimos intuición. Esa intuición ya era una certeza Y EL PENSAMIENTO SE PRESENTABA, efectivamente, y sin cuestionamiento, como la peor de todas

las cosas de este mundo. EL PENSAMIENTO ERA EL ENEMIGO.

Hacía bastante tiempo que no quedaba ni rastro del azúcar.

La cucharilla tintineaba al contacto con la taza. Llevé la taza a los labios. Y como vino el impulso, cogí algo de aire (puesto que yo acostumbraba a pensar sin aire, y a veces me ahogaba). Cuando salió por la boca, el líquido de la taza hizo ondas. Antes de dar un trago rebosó, mojándome los dedos de la mano. Solté entonces la taza y quise inspirar, sin nada que mediara. Temblaba al principio la garganta, pero después se calmó. Fui vaciando el aire. Y después lo cogí. No hice nada más. Lo repetí varias veces, primero apoyado en la cocina, después sentado en el quicio del jardín. Aquello me gustó. Me pregunté si siempre había tomado el aire entrecortado.

El día tenía que asentarse.

Tomar su ritmo propio.

Conquistar su terreno hasta poder desligarse de OTROS DÍAS.

El día, como el aire, tenía que fluir.

Subí a la habitación. Tecleé algunas letras en el ordenador y se enmarcaron palabras en el recuadro de internet. Borré varias veces las letras y el buscador expuso distintas posibilidades cortando palabras a mitad, según eran borradas y prediciendo vocablos nuevos de acuerdo al diccionario. Estuve entregado un buen rato a esta operación.

—Jamás he sabido qué buscaba.

El pensamiento me rozó pero enseguida pude esquivarlo ante la aparición inmediata de nueva información. Aprendí muchas cosas del *breathing*. Del «Arte de la respiración». Leí también algo sobre el vacío. Sobre «la nada oriental». (También vi que el perejil era un remedio magnífico tomado en infusión. Al rastrear sus propiedades vi que valía para todo, y que era capaz de curar el cáncer.) Olvidé por qué había escrito perejil en el recuadro, pero no me importó. Al pinchar otro enlace aprendí que el jengibre era un tubérculo y se cultivaba en altas cimas de las montañas de Japón. Los sabios del siglo II ya solían tomarlo, también en infusión. Ya los chinos lo cultivaban dos siglos antes. La poesía china era muy anterior a la de Japón.

De joven yo no conocía
lo que significaba tristeza.
En busca de inspiración,
solía subir a las torres,
pagodas y altos pabellones,
y lograba versos bien melancólicos.

Ahora que he experimentado y probado
todos los sinsabores de la tristeza,
quiero expresarla, mas no puedo.
No consigo decir sino:
¡Qué fresco está el tiempo!

¡Qué hermoso el otoño!

Lo que significa la tristeza
Según la melodía Chounier

XIN QUIJI (1140-1207)

Como me pareció fantástico este poema, decidí que toda la poesía que yo hubiera leído hasta esa fecha era una triste cagada de «la nada occidental».

Leí infinidad de cosas sobre la «nada».

Y otras muchas sobre la «angustia existencial»

Apareció una novela.

La náusea de Sartre.

Y yo seguí leyendo.

Hasta que estuve agotado y me despisté.

Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir tenían como pareja una complicidad extraordinaria. Se dice que distinguían entre parejas necesarias y parejas contingentes. Así que toda la vida hicieron gala de una supuesta libertad. Cuando Jean-Paul murió, Simone estaba en la cama con su amante. En otra web se decía que ella había sido sometida, por mucho que hubiera escrito *El segundo sexo*, ese reivindicado manuscrito feminista del pensamiento universal. (Pude leer cotilleos en los que se refería la vida de muchas parejas de artistas.) Después estuve leyendo sobre parejas, así en general. Las relaciones solían reproducir los mismos errores de los padres. Todo podía ser explicado por el árbol genealógico. Todos los hijos quedarían sujetos por un mismo fátum a no ser que se aplicaran a la tarea de «enmendar errores antiguos y heredados» (decía eso, así). Pude hallar una tesis sobre el árbol genealógico.

Y a todo ello asentí.

Cuando quedaron casi agotados los enlaces, supe que en Grecia el destino era cuestión primordial. De alguna manera todo quedaba determinado por el árbol.

Leí otras cosas:

> Más hacia el norte, en Gran Bretaña, el clima se vuelve más frío y los bosques de coníferas sustituyen los bosques del sur. Proliferan en Londres los robles, los olmos, los fresnos y las hayas.

Sentí que me desviaba algo del tema.

Y quise cerrar, una a una, todas las ventanas.

Quedó una página abierta.

Era una carta de Sartre a Simone.

Y yo la leí.

> Su manuscrito está en manos de Brice Parain. No está del todo de acuerdo conmigo.

Le encuentra pasajes opacos y largos. Pero no comparto su opinión: me parece que necesitan sombras para que resulten mejor los pasajes brillantes. Le pareció demasiado larga la noche en el hotel (esa en que están las dos sirvientas), porque cualquier escritor moderno puede describir así una noche en el hotel. Demasiado largo también el bulevar Victor Noir, aunque le pareció estupendo lo de la mujer y el hombre que se insultan en el bulevar. No le gusta nada el autodidacto, que le parece a la vez demasiado opaco y demasiado caricaturesco. Al contrario, le gusta mucho la náusea, el espejo (cuando el tipo se mira en el espejo), la aventura, los sombrerazos y el diálogo de la gente simple en la cervecería. Se quedó ahí, no pudo leer el resto. Encuentra el género falso y piensa que se sentiría menos (el género diario), si yo no me hubiera preocupado por «soldar» las partes de lo fantástico con partes de populismo. Le gustaría que yo suprimiera en lo posible el populismo (la ciudad, lo opaco, las frases como: «Comí algo demasiado pesado en la cervecería Vezelise»).

Eran curiosidades sobre *La náusea*.

Pensé en escribir «un diario».

(Igual que Antoine Roquentin.)

Me pareció buena idea.

En un principio.

Pero enseguida aquello me pareció una tremenda idiotez.

En el YouTube vi vídeos de un tal Alejandro Jodorowsky en los que proponía la rotura de vajillas antiguas y el enterramiento de fotografías de pareja en las macetas de las ventanas. Una especie de rituales para alejar el pasado y retomar los objetivos del presente. Salieron otros hombres que fueron dictando sus soluciones infalibles. Estuve un rato abriendo ventanas que se acumulaban en las pestañas del navegador. Alguien hizo un dibujo en una pizarra del árbol genealógico que llamó mi atención. (De nuevo ese árbol.) Cuando me pareció estar saturado, cerré uno por uno a aquel despliegue de terapias *on-line*. Cuando llegué a la primera pestaña apareció de nuevo Jodorowsky, muy sonriente en la pantalla. Aquello me hizo reír imaginando rituales que fueran adecuados.

Poco a poco, me abandoné a visiones imposibles que requerían grandes escenarios. Impresionantes acantilados aparecieron con todo el estrépito de los fenómenos naturales, escenarios que precisaban de un actor, así que me imaginé a mí mismo en el espacio, enfundado en una casaca dieciochesca, un *charming gentleman,* con sombrero y botas, chaleco ceñido y corsé, el bastón en mano al borde del precipicio imaginario. Apareció un taburete, unas patas finísimas —quizá eran de hielo— que amenazaban con deshacerse, con abocar mi cuerpo al vacío. La estampa se completó con una mesa. Los cuervos amenazaban con sus picos. Sonó el *Réquiem* de Mozart. El cielo se henchía de nubes y las olas chocaban en las rocas con una violencia exagerada. Un naufragio de Turner en el que se había colado al fondo una silueta que derramaba aceite al vacío. Un cuchillo brilló. Pude ver que mi mano hundía el filo sobre la superficie de un tomate. Los truenos insistían y entonces las nubes quisieron vaciarse. Una lluvia de orégano fue descendiendo lentamente. Entonces vi claramente una mano que sostenía

una rebanada de pan. Cuando la rebanada pudo completarse, mi mano se alzó. Pude ver en la mano un montadito de aguacate, compuesto con extraordinaria precisión. Después vi cómo el panecillo era lanzado al océano. La rebanada voló lejos y terminó engullida entre la espuma de las olas.

En mi cabeza la melodía cesó.

Cosas así imaginé y, a buen seguro, estuve más de una hora imaginando, mientras el té oscurecía y mis ojos se mantenían fijos en el líquido, cada vez más helado, de la infusión. El vídeo de Jodorowsky seguía en la pantalla. Y yo lo cerré.

Pensé en una cortadora de césped cuando escuché el sonido metálico y continuo de un motor. Era un «ruido real», puesto que había apagado el reproductor. Bajé de nuevo al salón, pensando en que los sonidos provenían del jardín, aunque era improbable hallar a mi casero aplicado en la tarea de arreglarlo. La operación habría requerido al menos dos jornadas. Una para desbrozar a fondo esa espesura, trabada de hojarasca y objetos de toda índole. Otra para guillotinar la hierba alta. Al asomarme vi a mi vecino, que era policía, encaramado a una escalera, podando las ramas del manzano que invadían su parcela. En la cabeza llevaba unas gafas especiales. Su cuerpo gordo me recordó a una estatua de Botero. Contemplé unos minutos las dentelladas de la sierra, hendiéndose en las ramas con gran facilidad. Una nube constante de serrín surcaba un momento el aire. Después quedaba flotando hasta que descendía. Una capa dorada en la hierba iba tomando densidad.

Mi vecino giró su cuerpo para acometer la embestida de otra rama. La lluvia cesó. Y como nuestras miradas coincidieron él sonrío. Comenzaba a hacer frío y bromeó acerca del encogimiento de mi cuerpo. Se subió las gafas hasta la altura de su frente y apagó la sierra un instante.

—*Winter is coming*.

Eso dijo.

Y yo no dije nada.

Después alzó el dedo índice y éste se retorció, tomando la forma de un gancho. El dedo se dirigió a la sierra hasta que se introdujo en el hueco de una argolla. Cuando tiró del brazo, la llevó hasta su pecho del tirón, y apareció muy tensa la cuerda de la máquina. El motor se accionó. Pasados unos segundos, el ruido era molesto a los oídos. Pasados unos segundos, la visión de esta escena me perturbó. Exageradamente, todo pudo teñirse de una violencia extraordinaria. Entré al salón y deslicé la puerta de cristal. La hoja tembló hasta llegar a su tope y hacer «click». El volumen bajó considerablemente.

El día tenía muchas horas por delante.

Esas horas pasaron hasta que di por agotada la mañana.

Después vino la tarde.

Al asomarme a la ventana, vi que ya no se perfilaban en el cielo las ramas del manzano. Cuando la oscuridad se impuso, las luces de los vecinos fueron

encendiéndose, y el contorno del árbol resurgió. Apareció una silueta retorcida que tenía toda la parte izquierda cercenada, de manera que se antojaba una figura que pronto se vería tumbada por el viento, pues el volumen del ramaje a un solo lado le confería la ilusión del movimiento. Aun aceptando su estatismo, pensé que terminaría siendo vencido por el peso. Alguna fuerza callada acabaría por arrancarlo de raíz (una secreta acción del hombre sobre los ciclos naturales).

Y como vino la noche, en un momento dado, yo me acosté.

Al apagar la luz imaginé el jardín.

En el silencio, imaginé también cómo los zorros dejaban impresas las almohadillas de sus patas sobre la mancha de serrín.

Lomos de zorro dorados por la luna.

Ladrones de colmillos afilados, cayendo muy rápido, sobre manzanas coloradas.

Y de nuevo aquella figura de miembros mutilados.

Tan solitario el árbol, como siempre.

Cuando venía el sueño, sentí el deseo de abrazarme a algún cuerpo.

Sin que viniera a cuento.

Entonces caí en la cuenta de que habían pasado dos semanas.

En una casi absoluta soledad.

(Eran dos, o eran tres las semanas.)

No logré calcularlo.

Hacía «tic-tac» un reloj.

Y yo lo escuché.

Domingo, 16 de octubre de 2011

Junto a la puerta hay un rosal.

Lo he mirado mientras compruebo que llevo las llaves en la mano. He metido en el bolso una libreta, el libro que compré (*La náusea* de Sartre). Llevo también la cartera. Y un sándwich de col. Como al salir he pisado las piedras del camino, el musgo se ha aplastado y el agua ha rebasado los pespuntes que rodean la suela de mis botas. El musgo se come las piedras de los edificios. Se come los muros de las iglesias anglicanas. Camino por Main Road en dirección a New Eltham. Camino en dirección a la estación.

El cruce con el cuerpo de un joven que corría ha hecho que el aire haya rozado mi cabeza. Lo mismo ha pasado con los autobuses, con más intensidad. La carretera queda a la izquierda. Tras los cristales empañados pasan los rostros un segundo y vuelven a esfumarse. Un perro ha ladrado. He visto salir a alguien de una *off license*. Después el ladrido ha cesado o he sido yo el que se ha alejado, cada vez más. Ha pasado un avión a muy baja altura. Al levantar la vista, he visto que el cielo tenía claros. He creído posible que salga el sol. Son todavía las once. Aproximadamente las once.

Llegado a New Eltham he cruzado la calzada. Girando a la izquierda, he cogido la calle que baja a la estación. He recargado en la máquina expendedora mi «Oyster card». Al rebasar la barrera me he colocado en el andén que va en dirección a Londres. Me he sentado en un banco, junto a un hombre que llevaba un turbante en la cabeza. He ojeado los números del letrero amarillo. Los números han cambiado hasta cumplir la cuenta atrás. El tren ha tardado diez minutos. He mirado los rostros tras las ventanillas. Eran pocos los rostros. Pasaban despacio. Hasta que han podido detenerse. Y yo he subido al tren. He visto la hiedra a los costados, creando el efecto de un túnel de paredes naturales. Después el cielo ha aparecido, abierto al horizonte. Han seguido surcando en el cielo los aviones. Nubes de gran tamaño que parecían mullidas bolas de algodón. En su contorno se hacían luminosas. De vez en cuando, la luz. Iba y venía el sol. (Otra vez ha venido el deseo de que pudiera imponerse, definitivamente.) El sol ha estado cayendo sobre el reloj de pulsera de un hombre a mi costado, sobre la tela satinada del turbante, sobre la agarradera metálica del asiento, sobre el cabello muy claro de una señorita. Algunas pecas brillantes en el contorno de sus ojos, azules. Pómulos prominentes y mejillas sonrosadas. Han caído sus párpados justo cuando ha sacado del bolso un espejito. He visto cómo su cráneo pendulaba levemente. He visto cómo su pelo seguía la inercia del tren, acompañando el movimiento. He visto brillar el espejo. Se ha proyectado el reflejo en el reposacabezas del asiento (el que quedaba libre, a mi lado). La chica ha colocado su boca en forma de letra «o». Se ha pintado los labios. Al pensar que era bella, he desviado, de nuevo, la vista hacia el paisaje. No quedaba paisaje. Una vez más la hiedra, pasando más deprisa, como un estrecho pasillo de papeles pintados. La impresión de unas hojas que iban perdiendo sus cenefas. Después una estela verde, inexistente el volumen de las hojas. El tren ha bajado el ritmo, poco a poco. He visto carteles publicitarios llegando a un nuevo andén. Anuncian una película nueva acerca de Shakespeare. Me he quedado pensando en William Shakespeare, en la cantidad de películas alrededor de William Shakespeare. Películas en las que William Shakespeare es protagonista. Películas basadas en sus obras teatrales. Me han salido unas cuantas. Como había quedado en que el paisaje había desaparecido, he pasado un buen rato pensando en esto. Megafonía ha anunciado la próxima parada. Se ha levantado el hombre del turbante. *Next station*. El tren ha disminuido su marcha poco a poco. He podido escuchar el ruido de los frenos, como un zumbido. Parado el tren, he visto al hombre alejarse, muy colorido el turbante, bajo los rótulos azules del número de andén. Es un chirrido lo primero que he oído tras el arranque del vagón. Ha seguido después un bufido. Relaciono el sonido con un aspirador. El sonido siguiente se parecería al que hace el tambor de una lavadora. Era algo así. Hemos llegado a la altura del hombre del turbante justo cuando ponía un pie en la escalera. Me pareció que me miraba.

Ese hombre.

Sábado, 5 de noviembre de 2011

Hay una *vanitas* en la sala 25 de la National Gallery. Se trata de una pintura del holandés Harmen Steenwijck, sobrino de David Bailly (según la Wikipedia, el primer pintor de *vanitas* y por tanto su inventor). El cuadro de Harmen Steenwijck se llama *Naturaleza muerta: una alegoría de la vanidad de la vida humana.* En ella vemos una mesa de madera a modo de bodegón. Sobre la mesa se encuentra un libro, el símbolo del conocimiento humano, algunas partes de unos instrumentos musicales (un laúd y una flauta). Junto a éstos, algunos objetos exóticos (una concha de playa, una espada japonesa y un jarrón). Los instrumentos hacen referencia a los placeres de los sentidos. Por su parte, las rarezas de coleccionista nos vienen a hablar de las riquezas cosechadas en la vida. Por su elección podríamos pensar que el pintor juzga algo estos objetos (la concha bella pero vacía), pero es sólo una hipótesis. Yace un reloj de mano (el tiempo) abierto sobre la mesa, una lámpara antigua, sin llama. Y una calavera, que domina poderosamente el conjunto. El tiempo. La muerte. Fin.

El museo es un lugar agradable. Los fines de semana el tráfico de gente hace que los grupos se concentren ante los cuadros más famosos. Uno puede esperar su momento para tomar una buena posición sentado en un banco (como es natural, en los museos hay unos bancos en el centro de las salas) o bien puede pasar de largo, pues ya habrá otra ocasión. Suelen ser bancos que no tienen respaldo. Los bancos más comunes de la National Gallery son de madera lisa y caoba. Hay dos bancos por sala de estas características. Son duros, por lo que pronto uno se cansa. Sirven sólo para hacer una pequeña parada. Ocurre algo bien diferente en otras salas. Por ejemplo, en algunas íntegramente dedicadas a la pintura española, italiana e inglesa se imponen bien llamativos unos elegantísimos sillones acolchados, tipo chester. Así es que podemos decir que el tiempo (esa cosa) transcurre de manera diferente dependiendo de la sala en la que uno esté ubicado. Por esta regla, podemos afirmar que los fantásticos sillones de las salas 30, 32 y 35 (esos sillones antes mencionados) dilatan el tiempo y que los bancos de otras salas (los bancos de madera) lo comprimen.

Los sillones de las salas 30, 32 y 35, unidos por su respaldo, miden unos cuatro metros y están decorados con preciosos adornos en madera. Mientras que los chester de las salas 30 y 32 (España e Italia) son idénticos, el chester de la sala 35 (Inglaterra) alberga alguna diferencia. Respecto al tiempo, no se aprecia nada distinto puesto que en las tres salas se disfruta de idéntica comodidad. La perspectiva según el lugar que uno ocupe cambia, como es obvio.

Accediendo desde la sala 31, el chester nos ofrece una ideal perspectiva para los cuadros de Matias Petri y de Luca Giordano, pintores del XVII.

Sentarse en la esquina izquierda nos permite disponer de un magnífico ángulo para contemplar. *Las bodas de Caná* (Petri). Es una pintura de dimensiones considerables. Como ya hemos dicho que el tiempo transcurre de forma favorable (se dilata) podemos hacer un seguimiento riguroso a cada uno de los rostros de los comensales que se agrupan alrededor de la mesa. Es de destacar, en primer término (lo más cercano a nuestros ojos) la musculatura del sirviente que sostiene la jarra sobre la que el milagro del vino está teniendo lugar. El hombre musculoso agachado en el suelo en el acto de sostener la jarra mira al primer comensal, del que destaca su atuendo de color rojo, y que espera a recibirla. Algunos invitados miran la operación. Al fondo todavía no parecen haberse percatado del acontecimiento.

Jueves, 24 de noviembre de 2011

Saliendo de la estación de London Bridge el rascacielos se eleva a unos trescientos metros de la tierra. El rascacielos se halla recubierto de cristales. El cielo se interrumpe, atravesado por la agresiva forma del coloso, sólo para doblar su imagen, para ser proyectado. Y la imagen va deslizándose, como una pantalla que ofrece una constante sesión de nubes y de azules. El rascacielos se mimetiza extrañamente con el entorno. Es una imagen fastuosa.

Pronto se instalarán los centros financieros.

Los restaurantes.

Las estrellas de los hoteles Shangri-La.

Martes, 10 de enero de 2012

El tiempo es huidizo, por lo general, y en cambio hay momentos en los que nos parece que se detiene. En estas ocasiones solemos utilizar la expresión «tener tiempo». Adoramos tener tiempo, puesto que el tiempo se comporta, de una manera general, como un enemigo. Con demasiada frecuencia, el tiempo es nuestro enemigo. Llenamos el tiempo en las agendas, donde apuntamos los días, las horas. A veces incluso los minutos. Vivimos en el tiempo pero nos pasamos la vida corriendo tras el tiempo. Tratamos de llegar a espacios concretos en el tiempo. Y no tenemos tiempo porque necesitamos llegar a «otros tiempos». Cuando decimos «No tengo tiempo» queremos decir «Tengo el tiempo ocupado en llegar a otro tiempo». Cuando por fin decimos «Tengo tiempo» rara vez hemos decidido «tener tiempo». Cuando decimos «Tengo tiempo» recibimos el acontecimiento como una licencia, que alguien nos concede. Así el tener tiempo, raramente es un mérito propio, raramente es algo que se ha decidido de antemano. Tener tiempo es una conquista que hemos ganado con el sudor de nuestra frente y

que otros nos conceden. Nos concedemos el «tiempo», lo intercambiamos mutuamente. De esta manera el hombre se hace dueño del tiempo.

El tiempo.

Esa cosa.

Que puede ser llenada,

pactada,

manipulada,

consumida,

agotada.

Han sido muchos años en los que he visto cómo el tiempo me iba pasando por encima.

Tan preocupado siempre en ir de aquí para allá.

Nadie me ha concedido el tiempo.

Ahora me siento inútil.

Y algo perezoso.

(Es que quería hablar del tiempo.)

Sin más.

Sábado, 4 de febrero de 2012 (1)

Apeándote en la estación de London Bridge, puedes bajar a la zona de Southwark, donde se huelen los puestos de comida ambulante frente a la catedral. Pasando The Borough Market hallamos varias tabernas que suelen estar abarrotadas. La muchedumbre se agolpa a la puerta, pese al frío. Hay una mezcla de jóvenes, y de caballeros trajeados. Son los trabajadores de los centros financieros, todos muy bien avenidos y en grata conversación. Si observas un rato, puedes ver cómo terminan hermanándose las generaciones bajo el efecto amistoso del alcohol. Bordeando algunas calles se llega a unas escaleras que comunican con el acceso al Támesis. En la primera esquina está la taberna histórica The Anchor, de grandes dimensiones, abarrotada casi siempre de turistas. En esa misma orilla hallamos la galería de arte moderno The Tate Modern, separada unos metros del Globe.

Sábado, 4 de febrero de 2012 (2)

The Globe Theatre es una reproducción de este importante teatro isabelino donde Shakespeare cuajó su fama como dramaturgo nacional.

Es de destacar cómo esta gente cultiva y apoya su cultura. Da la impresión de que entienden que la cultura es algo importante. Han explicado que este sector aporta una cifra bien alta al PIB nacional. Es de entender que piensan que la cultura podría ser un bien cuantificable.

Me he quedado pensando.

Ha sido un buen rato.

Sábado, 4 de febrero de 2012 (3)

—*Could I have a beer?*
—*Yes, you can.*
—*One pint, please.*

Sábado, 4 de febrero de 2012 (4)

La chica ha llegado, aproximadamente, diez minutos más tarde que yo.

Ha colocado su dedo en el reverso de la oreja. Su boca se ha abierto apenas un segundo, para después mostrar la dentadura. Una sonrisa amplia se ha contenido un instante para volver a dispararse. Acto seguido los dientes han vuelto a ocultarse, como si la tensión de los labios fuera incapaz de sostenerse unos segundos más.

El chico ha hecho un gesto parecido, casi idéntico. Después su barbilla se ha elevado y la cabeza ha buscado alzarse (el tronco ha seguido el impulso hasta poder colocarse a su altura. Ella ha iniciado idéntico movimiento, aunque ligeramente después, pues estaba todavía levantada). Los labios del chico han trazado una O, para juntarse inmediatamente. La ha besado. Se han besado. Los labios de ella han seguido el transcurso, quizá unas milésimas después de que hubiera sido iniciada la secuencia.

Son exactamente las cinco de la tarde, momento en el que los labios han coincidido.

Se han sentado. Y él ha preguntado:

—¿Qué tal allí?

Creo que ella le ha dicho:

—Ya sabes tú.

Él ha insistido en que le fueran contados los detalles. Y ella le ha respondido:

—¿Por qué detalles?

Pero lo cierto es que acto seguido ella ha desplegado los detalles, de los que no he podido enterarme muy bien. Sólo he podido observar que las frases comenzaban titubeantes para después instalarse en una correcta enunciación que daba cuenta del tiempo, y cosas así. Han pedido dos pintas. Cuando las pintas se han vaciado lo he visto apresurarse a pedir una más. Él bebía más rápido y ella más lento. Han seguido hablando y yo he puesto la vista en mi libro, así que la conversación ha ido alejándose cada vez más.

Pero seguían llegando palabras.

Algunas han logrado sacar a mi cuerpo del reposo en el que la lectura trataba de instalarlo. Palabras desubicadas, como si hubieran sido

arrancadas de su lugar original, casi un eco en el que, de vez en cuando, irrumpía alguna frase subida de tono. Después el eco volvía y sólo podían distinguirse, de nuevo arrancadas las palabras, algunas más huecas y otras más rotundas, hasta que todo ha podido transformarse en un ininteligible conjunto de sílabas lejanas. Éstas han ido a solaparse con las palabras de las conversaciones colindantes y las palabras de las conversaciones colindantes han ido a descomponerse a su vez, primero en sílabas y después en fonemas hasta juntarse con los fonemas de unas y otras conversaciones de las mesas cercanas. Algunos grupos han ido pasando, sumando sus palabras, apenas unos segundos asimiladas por el resto de murmullos que se han perdido conforme los pasos se alejaban buscando otra mesa. El ruido de algunos coches ha aparecido un instante para perderse con mayor rapidez. Ha sonado el balón de un niño descontrolado hacia la carretera. Una madre ha gritado como si el niño fuera a ser atropellado, pero al alzar la cabeza no he visto ningún coche que supusiera ningún riesgo evidente. Y todo el murmullo se ha cortado, apenas un segundo en el que las cabezas se han alzado, para después volver a ubicarse en su interlocutor.

Ha dicho la chica:

—Siempre me haces lo mismo. Y yo estoy harta.

Y él ha dicho:

—¿Qué?, ¿qué?

Lo ha repetido dos veces.

Y luego tres.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

Y la he visto alejarse.

Hoja sin fecha

Tratas de componer tu cuerpo.
Apenas una silueta en medio del entorno.
Es solamente un cuerpo.
Entre todos los cuerpos de Trafalgar Square.
Te has dejado rondar por la memoria de los óleos.
Lías un cigarrillo y la tarde parece deslizarse.
Todo era azul y, en un momento, todo se deshace.
Y algo se hace oscuro de repente.
El punto del mundo en el que tú desapareces.
Y el mismo punto en el que vuelves a la carga.
Una vez más las cosas han vuelto a iluminarte.
La piedra desgastada del asfalto.
El cotidiano transcurso de los hombres.
La indefinible sustancia del recuerdo.
Ese lugar al que pertenecías.

Y ese lugar donde te encuentras.
Todo parece trazar la imagen muda de una epifanía.
No words
No words
No words
ESTE PAISAJE ES ALGO INEXPLICABLE.
Y todo se halla,
casi con toda probabilidad,
exento de palabras.

Escucha el silencio.

Es algo así.
Entonces.

¿Qué palabras?

Domingo, 4 de marzo de 2012

Casi ha pasado el invierno y el mundo ha transcurrido apenas sin mí.

He transitado lugares tan silenciosos que a veces paraba un momento en una esquina y casi dudaba de si la vida seguía sucediendo.

AFUERA las cosas pasaban.

La duda se disipaba cuando, al subir a los transportes, yo rozaba con cuerpos, de cuando en cuando, y acto seguido los veía alejarse delante de mí.

Todos los días he visto la luz entrando por la ventana de mi cuarto.

He ido y he venido, de aquí para allá, y la casa ha continuado iluminándose.

Cambiaba el color de los muebles.

Igual que se oscurecían las hojas de los árboles al asomarme a la ventana.

Y me indicaban que el día estaba a punto de morir.

Irrumpían sonidos que me anunciaban que algo estaría, afuera, a punto de pasar.

Por ejemplo un graznido,
el batir de unas alas.
Y ya estaba algún cuervo precipitándose sobre una papelera.

Todo este tiempo he caminado convertido en una máquina de

contemplar.

Así he pasado los meses, en esta ocupación.

A veces me asaltaba el sentimiento de culpa.

Si me sentía ocioso lo sacudía formulando distintas justificaciones.

Veía flotar el humo de los cigarrillos muy cerca de la lámpara.

Al echar el aliento mis ojos seguían el vaivén.

Y yo pensaba que todo fluía, sin más.

Se disolvía en el aire.

Más tarde o más temprano.

Nada de lo que hiciera podía importar.

Y mucho menos cambiar el transcurso de las cosas.

Lejos de entristecerme la idea me consolaba.

Al abrir la ventana, entraba el aire helado del invierno.

Y yo imaginaba a los osos polares en la nieve.

Y aquella estampa, imposible, me parecía del todo placentera.

Me llenaba de calma.

Como si el alma pudiera situarse a mil kilómetros de mí.

De todo lugar.

De esta manera, me ha parecido que casi podía llegar a desaparecer.

No caía en el desánimo.

Convencido de que era una bella opción para mí.

A veces me aburría, pero enseguida quedaba complacido ante cualquier ensoñación.

Cruzando palabras (si no quedaba otra).

Creí por un momento que algo se quebraba.

Como las hojas se quiebran.

Resquejabradas bajo las huellas en otoño.

El caminar alterado al contacto con los otros.

(Inevitable traspiés.)

Antes de retomar el paso, de nuevo.

Sobre mis botas caminando, contento de hallarme de nuevo ahí donde estaba.

En el lugar de costumbre.

Y siempre me recibía con cierto entusiasmo.

Como quien vuelve a casa.

Y escucha a su perro,

metida la llave en la cerradura,

pegado a la puerta el animal.

Cualquier acontecimiento, más bien cotidiano, ha ido elevándose, sin casi darme cuenta, a la categoría de suceso, a falta de otra cosa.

He llegado a perderme en un paisaje.

Aunque nada pasara.

Y ha sido así.

DE ESTA MANERA.

Cómo ha transcurrido la vida.
En otro lugar.
Donde yo no he dispuesto NINGUNA OTRA COSA para mí.
Afuera del tiempo.
Ayer fue mi cumpleaños.
Estaba en la National Gallery
Al salir pude ver un reloj digital que habían colocado en medio de Trafalgar Square.
Era una cuenta atrás que anunciaba el tiempo restante para las Olimpiadas de Londres del año 2012.
La gente se hacía fotos.
Resbalaba la lluvia sobre la tela de los paraguas de colores.
Gente de todos sitios.
Repartía octavillas un hombre, bajo el disfraz de Mickey Mouse
Después el regreso.
La casa estaba caliente.
Y yo cumplí treinta y cuatro.
Aquí una canción
de los Rolling Stones:

Walkin' thru the sleepy city / In the dark it looks so pretty / Till I got to the one cafe / That stays open night and day / Just a lookin' at the sleepy city / In the night it looks so pretty / No one sees the city lights / They just care about the warmth inside / No one listens to what people say / I just sit and hear the radio play / Just then this girl walked in my way / And she was as pretty as my sleepy city

Will you walk through the sleepy city / In the night it looks so pretty /
Tired of walkin' on my own / It looks better when you're not alone /
Will you walk through the sleepy city / In the night it looks so pretty /
I'm tired of walkin' on my own / It looks better when you're not alone

Mm mm mm mm mm mm
La la la la la la
La la la la la la la la

Caminando por la ciudad dormida
En la oscuridad parece tan bonita
hasta que entro al único café
que permanece abierto noche y día

Sólo una mirada a la ciudad dormida
En la noche parece tan bonita

Nadie mira las luces de la ciudad
Ellos sólo se preocupan por el calor de adentro
Nadie escucha lo que la gente dice

Yo sólo me siento y escucho la radio sonar
Y entonces esta mujer camina a mi lado
Y ella es tan bonita como la ciudad dormida

Caminarás por la ciudad dormida
En la noche parece tan bonita

Caminarás por la ciudad dormida
En la noche parece tan bonita

Estoy cansado de caminar conmigo mismo
Parece mejor cuando no estás solo

Caminando por la ciudad dormida

Mm mm mm mm mm mm
La la la la la la
La la la la la la la la

Aquí acaba el diario.

5

Cuando me enteré de que G. se había mudado a Londres, hacía más de diez años que no sabía nada de ella. Una amiga común me sugirió que le escribiera. Estaba sola y los comienzos siempre son difíciles. Me dijo que quizá yo podía ayudarla. Le oculté que nada que yo dijera iba a servirle para nada, pero la idea de conversar entró en mi mente con cierta emoción. Los días anteriores a la cita dudé varias veces.

Quedé con ella una mañana en un pueblo a unos veinte kilómetros de Londres. Cruzando el primer semáforo, G. dijo que su novio acababa de morir de un derrame cerebral, que había suspendido las oposiciones y que no tenía trabajo desde hacía meses. Dijo que tenía un tío viviendo allí que le había recomendado trasladarse a Inglaterra, y que su madre había enloquecido tras la muerte de su padre. El tío le había asegurado alojamiento en el pueblo y tras unas semanas la había echado de su casa, argumentando su dejadez a la hora de buscarse la vida. Ahora planeaba trabajar limpiando habitaciones de hotel, mientras se preocupaba en enviar solicitudes como profesora de español. Cuando llegamos al otro lado de la

carretera me resultó imposible que toda esa información hubiera podido caber en esos escasos metros de terreno, y tuve el impulso de gritar. (Es un impulso que me ha venido a veces y que jamás me he atrevido a consumar.) Acompañé a G. a un locutorio donde debía imprimir unos currículos. G. miró al cielo y habló de gaviotas. Y como yo había leído un artículo sobre gaviotas (y como las gaviotas verdaderamente volaban sobre nuestras cabezas), conté que había leído acerca del alarmante ascenso de estas aves en las ciudades lejos de la costa. Alertaban de la agresiva actitud de estos bichos a la hora de conseguir su alimento y advertían de ataques a bocadillos y bolas de helados de desprevenidos paseantes. Todos mis recientes conocimientos sobre gaviotas fueron referidos de la manera más fidedigna posible en un intento torpe por dar conversación. G. esbozó una sonrisa. Mis elucubraciones sobre las aves asesinas se esfumaron cuando G. sugirió tomarse una cerveza.

La cantina estaba situada junto a un pequeño riachuelo. Marzo estaba bien entrado. Aunque todavía hacía frío el tiempo era propicio para sentarse en un patio interior que disponía de mesas de madera con asiento incorporado. Recordamos los tiempos universitarios y comentamos las misteriosas jugadas del azar, puesto que ella había trabado íntima amistad con una amiga de mi ciudad, sin que nuestros contextos coincidieran como para que este encuentro tuviera lugar. Así que era una de esas casualidades que despiertan la duda de si existen cuerpos llamados a una extraña determinación, como si el destino decidiera quién ha sido llamado a cruzarse en el camino. (A esta carencia de una lógica entendible era impreciso llamarla casualidad, pero era igualmente erróneo llamarla predestinación.) Traté de elaborar teorías al respecto hasta que me sentí ridículo en este afán por dar significación a toda clase de reencuentros usuales. Después informé convenientemente de mis circunstancias, tratando de resaltar mis méritos para un papel protagonista en el desastre generacional. Me di cuenta enseguida que sólo había que desempolvar trayectorias vitales para posicionarnos en el mundo como seres en fracaso, y que aquello era, EN ESOS TIEMPOS, un infalible punto de conexión.

(No referiré aquí otros encuentros en los que idéntica dinámica había terminado acaparando toda la conversación.)

Ella lo había pasado mal. Durante unas horas los detalles de la trama fueron desplegados sobre mí. Durante horas AQUELLA embestida llegó. Y yo pude asumirla con una mezcla de aceptación y desconsuelo: la enfermedad mental de su pareja, que sólo después pudo G. achacar a un tumor que presionaba su cerebro, provocando a momentos comportamientos agresivos, el derrumbamiento de la madre tras su ruptura emocional, la absoluta carencia de apoyo familiar y la decisión inevitable de un punto de arranque donde la vida imponía un quiebro e invitaba a comenzar de cero otro camino entrada la treintena. A su lado, mis circunstancias desfavorables se postulaban como sucesos insignificantes, acontecimientos ordinarios

abocados a una vulgaridad normalizada en la hoja de ruta del nuevo milenio. En un momento dado, sólo pude pensar: Todo irá bien, si así lo imaginamos. Y esta formulación optimista, caída en el pensamiento con una simplicidad apabullante me sorprendió, tanto que frené inmediatamente la posibilidad de decirla en voz alta, por miedo a parecer ingenuo. G. siguió hablando y fue exponiendo con calma todas y cada una de las razones por las que la vida, en resumen, se imponía como una broma macabra, un juego con casillas desafortunadas en el que la suerte no se repartía de manera equitativa. Su tez era fina y un leve respingo en la nariz, sumado a las primeras arrugas en el contorno de sus ojos, lejos de manifestarse como signos de la edad, le dotaban de encanto. Un mechón de pelo, por efecto de alguna ráfaga de viento, a veces se interponía en el flequillo castaño, casi rubio, y se pegaba a la comisura de los labios. Entonces era apartado por su dedo, en un movimiento reflejo. A veces, lo enroscaba tras su oreja muy suavemente. Un pequeño techado mantenía a raya la llovizna, que se suspendía unos segundos en el aire, empañando la imagen de su rostro para terminar descendiendo y adherirse imperceptiblemente a la baldosa. De esta manera, las hendiduras de los adoquines se iban llenando lentamente, y el agua seguía fluyendo, ajena a nuestros cuerpos. Si alzabas la vista al cielo, podías ver una estampa gris y límpida, y a su vez inundada de una fantástica luminosidad que te invadía, por momentos, como un fogonazo, alumbrando el tembloroso contorno de las gotas. La fotografía aparecía precisa a la mirada. Su voz cesó. Quedó sólo la imagen de un rostro melancólico.

Las gaviotas sobrevolaron de nuevo. Se posaron sobre las chimeneas de los pequeños comercios de ladrillo. Algunas husmeaban en los respiraderos.

Me dio por imaginar papeles mecidos por el viento que surcaban el cielo hasta engancharse a alguna antena para caer después hasta quedar inmóviles, perdido el espejismo de su animalidad. Sólo unos restos de celulosa que deshacía el río y la corriente se llevaba.

—Gaviotas que se transforman en *application jobs*.

Solicitudes de treintañeros españoles que marchan del país.

(Aquello pensé.)

Ella siguió hablando. Supe que mi papel era dar pie a que las circunstancias fueran referidas. A veces mi rostro asentía. A veces tensaba los labios diciendo:

—Ya, ya...

Miramos, casi a la vez, el culo de los vasos. Estaban casi vacíos. Después los alzamos y apuramos el trago de cerveza. Por un momento, dudé de si sus ojos buscaban al camarero. Pero enseguida volvió la expresión melancólica a su rostro, la misma de antes.

Después dijo:

—Bueno...

Y yo dije:

—Bueno...

Caminamos unos minutos en dirección a la estación. El último autobús salía en quince minutos. Cuando llegamos a una esquina pensamos que era un buen punto para separarnos. Ambos dijimos que había sido agradable aquel encuentro. Juntamos nuestros cuerpos y apretamos ligeramente los brazos en la espalda. Chocaron dos veces las mejillas sin que los labios llegaran al contacto. Ella me dio las gracias por llamarla cuando mis botas ya estaban en camino. Llovía más fuerte y el paso se aceleró. Agarré el autobús y me senté en un asiento que tenía comida la espumilla del reposabrazos. Puse mi codo derecho sobre la ventanilla y pegué la cabeza al cristal. Las gotas chocaban en el vidrio a escasos centímetros del rostro. Sentí cómo se helaba la mejilla y la aparté. Con la velocidad, las gotas se amontaban en regueros para después deslizarse oblicuamente, trazando finas líneas transparentes. Tenía la cara de G. grabada en la retina. En el semáforo el agua fue descendiendo lentamente. Me pareció que algo se dibujaba en el cristal, de manera que se imponía la fantasía prestándose a los trazos de un retrato acuoso, una imagen traslúcida que pudo desdibujarse, reanudada la marcha por el choque del viento en el camino. La noche cayó y se activó la franja luminosa de neón que recorría el techo sobre nuestras cabezas.

Apareció mi cara en el vidrio. Era un reflejo pálido de líneas angulosas. Una especie de sombra que a veces se definía cuando la blanquecina luz caía sobre el pómulo. Y como quise abrir la boca, los dientes brillaron con un raro esplendor. Y aunque me impresionó esa mueca, que no se parecía en nada a una sonrisa, aquel trazo abstracto de mí mismo me agradó.

Había gastado treinta libras con cincuenta en dos cervezas y un trayecto.

El autobús continuó, haciendo paradas en todos los pueblos del entorno.

Bajé en el pueblo de Eltham y entonces caminé.

Sidcup quedaba muy lejos todavía.

Pero no me importó.

La luna era un gajo que brillaba con fuerza.

Apenas llovía.

Había algunas estrellas.

Y entonces me pregunté por las estrellas.

Se revolvían, oscuros, algo azulados, los árboles del camino.

Saliendo del pueblo, algunas casas antiguas se adivinaban tras los andamios en restauración.

Vi una taberna vieja, sin casas a los lados. Un caserón enorme donde ponía: «The Old Beehive». Me sorprendió ver la luz. Me dirigí hacia la puerta, y no supe por qué. Pedí media pinta en la barra. Había dos hombres jugando al billar. La máquina de los dardos lanzaba destellos naranjas. Como tenía hambre, pensé en comer. Pero, inmediatamente, los precios me parecieron insultantes. Un hombre viejo en la barra me sonrió. Pasaron quince minutos en absoluto silencio. Sólo se oían los tacos pegando a las bolas. Después las bolas chocaban hasta que algunas se colaban en el agujero del billar. La máquina de los dardos a veces arrojaba algún sonido. El

camarero apoyaba los codos en la barra y en ocasiones miraba un reloj (en la esfera ponía Guinness y estaba colgado en la pared, ligeramente ladeado). Cuando el segundero trazó todo el recorrido de la esfera, dejé en la barra dos libras con cincuenta. El camarero se giró y cuando nuestras miradas coincidieron me marché.

Hacía bastante viento. Vi la lluvia de nuevo, trazándose finísima en el haz de una farola. Aceleré el paso. Cuando vi que no era posible andar más deprisa quise trotar. Cuando estuve cansado paré. Y cuando pude tomar fuelle, volví a acelerar. A veces andaba rápido y otras corría. Al cabo de un tiempo, vi que el paisaje ya era familiar. Estaba en New Eltham, bastante cerca, así que seguí corriendo hasta que lo atravesé. Ya casi estaba en Sidcup. Frené de nuevo la marcha.

En la tienda compré una lata de salchichas y un bote de cerveza.

El chico me preguntó de dónde era.

Se me tensó algo la boca, cuando le dije en inglés:

—Yo soy español.

Junto a la puerta las rosas estaban escondidas.

Hallé en la cocina una salsa del color de la mostaza.

Corté una cebolla muy fina y chisporroteó en la sartén.

Al asomarme al jardín miré de nuevo el cielo.

Dudé de si la luna era creciente o decreciente.

Después recordé aquel truco de la «D» y la «C».

El suelo estaba cubierto de hojarasca.

Seguía cayendo la lluvia.

Las hojas crujieron y yo languidecí.

Fue sólo un momento.

Alcé la vista de nuevo.

Me pareció HABITAR EN ALGO.

Exageradamente ETERNO.

(Algo así fue.)

Por muy exagerado que parezca.

Subí a la habitación.

En el recuadro de Google escribí «Spain».

Pasé un buen rato perdido, leyendo noticias sobre España.

Como tenía acidez me acordé de la salsa de mostaza.

Cuando quedó vacía la lata de cerveza, me acosté.

Al tumbarme en la cama me sentí mareado. Noté el pulso, muy fuerte en la garganta. Con el dedo índice, sobre la vena hinchada, tamborileé. Luego miré hacia el techo. Después hacia el lado que daba al escritorio. La luz de la pantalla seguía iluminando, puesto que la computadora no había entrado en suspensión. Girado hacia el otro costado la oscuridad llegó. Di varias vueltas. Al estirar el edredón se colocó al revés, de manera que los botones rozaban mi barbilla haciéndose molestos. Me incorporé y quise volver a colocarlo. La calefacción era vieja y mi casero esperaba a su primo para la reparación.

Llegaba una ola de frío a toda Europa, en pleno marzo. Imaginé la ola de frío sobre Europa y ésta me pareció algo aterrador. Me incorporé de nuevo, pues quise alcanzar la sudadera. A tientas lo conseguí. Tenía muy frías las orejas, así que coloqué la capucha y me cubrí. Estiré del cordón hasta que ésta se frunció, tapando toda mi frente y parte del mentón. Noté tensas las cejas cuando el pliegue se fue hacia arriba, justo cuando apoyaba la cabeza sobre la almohada. Al recostar el cuerpo, la tela se estiró. El cordoncillo sobrante se deslizó a la boca varias veces, y yo lo mordí, hasta que me decidí a meterlo bajo la camiseta interior. Al sentir el contacto de éste sobre el pecho me pareció que se hacía sensible el esternón. Pensé que era sólo el nudo, pero cuando encontré la forma de que no molestara, la sensación de punzada, AHÍ EN EL CENTRO, persistió. Respiré hondamente, igual que había hecho «otras veces». Creí que agarraba el sueño, pero luego escapó. A veces me parecía que llegaba. El cuerpo se hundía, y cuando experimentaba la sensación de estar mecido alguno de los miembros recibía una descarga. Entonces me despertaba. Y luego creía caer muy lentamente, hundiéndome de nuevo en la espuma del colchón.

Vi llegar a su casa a UNA MUJER. Era un día cualquiera volviendo del trabajo. Abría la puerta de la cocina. Estaba cansada. Su mano cortaba unos trozos de lechuga. Su mano añadía cebolla, algunas aceitunas. Frió muy deprisa una pechuga de pollo en la sartén. Tendría muy poco tiempo hasta ir a pasar la tarde con la abuela, que estaba muy enferma. Se sentaría a su lado. Después prepararía la merienda, quizá limpiaría el baño o barrería el suelo del salón. Yo lo sabía todo sobre esa mujer. Así que las circunstancias se fueron añadiendo.

MI MADRE ya trabajaba cuando tenía diecinueve.

Al ser funcionaria, con el año que entraba, le habían recortado algún dinero de la nómina del mes. Tenía sesenta y pocos. Su cabeza estaría pensando en cómo hacer las cuentas. Sobre las manos tendría una libreta, iluminada por la lámpara. Entre los dedos el bolígrafo cayendo sobre la Agenda 2012. Después a la cama, junto a la habitación del hijo. Ese que ya no está.

—Estoy preocupada por tu hermano, sin oficio, sin nada.

Habrás comentado eso también a alguna compañera allá en el hospital. Ellas habrán respondido:

—Los míos igual.

Madres contando las vidas de sus hijos:

—El mayor se casó. Su mujer se ha quedado ahora sin trabajo.

—Está mi sobrino, con eso del ERE, el del Canal 9.

El televisor reflejándose en los cristales de tus gafas. Ruedas de prensa del gabinete de gobierno, pidiendo a los españoles un esfuerzo para «apretarse el cinturón». Hombres de traje. Todas esas PALABRAS HUECAS sobre las salas del Congreso. Ahora el centro de Londres. El cielo reflejándose sobre los edificios de cristal. *The city of London*. Tienes la web

reciente en la retina. El diario *The Guardian*. El titular rezaba: «Spain's, saving banks. Culture of greed, cronyism and political meddling».* Yo soy español. *Spanish guy*. Hay una bella palabra: NADA. No pienses en nada. Ni en la chica tan triste que has encontrado esta mañana. Ni en tu familia, ni en NADA. No en ese niño que se revuelve en la cama. No en ese hombre que tiene miedo a los espejos. Que mira caer la lluvia. Que llora escondido bajo el edredón.

6

> —Considero —digo al Autodidacto— que no es posible odiar a los hombres, del mismo modo que no es posible amarlos. El Autodidacto me mira con aire protector y lejano. Murmura, como si midiera sus palabras:
>
> —Hay que amarlos, hay que amarlos...
>
> [...]
>
> —En el fondo usted los ama, señor, usted los ama como yo; nos separan las palabras.
>
> SARTRE, *La náusea*

Salí temprano.

Cuando llegué a Saint Paul, vi a algunos policías apostados en las esquinas de la catedral. En los primeros escalones un hombre con chubasquero portaba un altavoz. Del altavoz salía una voz de mujer, lo que me pareció muy gracioso en ese momento. Después me di cuenta de que él sólo echaba una mano sujetándolo. La mujer vestía unos vaqueros, una chaqueta verde, zapatillas. La mujer hablaba y un grupo de unas veinte personas la escuchaba. Después llegaron más y fueron agrupándose alrededor. A la escalera llegó también un grupo de jóvenes que se ocultaba tras una máscara. Iban vestidos con traje. A sus pies, un señor más mayor, de unos cincuenta años, escuchaba muy atento. (Al ver que tenía el pelo como mi padre me produjo una rara impresión.) Fue llegando más gente hasta que yo me aburrí y quise darme una vuelta por la plaza. Había una estatua vallada que parecía de una reina. Llevaba corona y cetro. Alguien había entrado. En la corona le habían colgado un cartel en el que se leía la frase escrita con rotulador, de punta gorda: *The future is on sale*. Sobre la reja colgaban cartones con distintos mensajes. En uno ponía: *The bankers... Grrrr*. Fui paseando al otro extremo. Algunos fueron llegando con tiendas de campaña y fueron plantándolas sobre la explanada. En la fachada lateral estaban montando una mesa. Una mujer arrancó una de las pestañas de una caja, y sobre ella escribió «Information Point». Después dos muchachos la ayudaron, encaramándola un poco desde el trasero, y ella consiguió pegarlo sobre el muro, con varias capas de cinta americana. Llegaron dos cámaras de vídeo, y vi que metían el objetivo en una tienda de campaña. Una mujer con

micrófono habló, aunque no pude oírla. En la varilla del centro de la tienda habían escrito: «WE DON'T NEED SEX. THE GOVERNMENT F//* KS US!!». (Estaba así escrito.) Había una caja vacía donde invitaban a todos a que donaran algunos alimentos. En el bolsillo pequeño del vaquero toqué cinco libras con la punta del dedo. Cuando caminaba a la tienda pensé que no estaba para colaborar, pero que debía atender a actos que hubieran partido de un reflejo, por considerarlos muy poco usuales en mí. Compré una bolsa de pan y una lata de *beans*. Lo más barato. Como me daba vergüenza esperé a que no hubiera nadie al lado de la caja. Un chico que había allí me sonrió y yo pensé que había podido leer mi pensamiento. Cuando me dirigió la palabra me asusté, aunque enseguida pude volver a componerme. Vi que debía «hablar en voz alta». Carraspeé. Quizá un par de veces. Como ya sospechaba la voz me tembló. Creo que dije: «Sorry, that's all». Y él dijo que era fantástico, que era mejor que nada (o algo así). Tenía la cara amable. Entonces me pregunté cómo se puede tener la cara tan amable «así porque sí», y si sería uno de esos tipos en los que se puede confiar «para toda la vida». Tenía los dientes muy blancos. Le salieron dos hoyos justo en el centro de las mejillas al sonreír. Me sentí algo violento y me despedí. Estuve un buen rato sentado en los escalones. A medida que fue ocupado este espacio, me sentí raro ahí. Me cambié alguna vez de escalón. Y todos fueron llenándose de cuerpos distintos. Me pregunté qué estaba haciendo, pero no me marché. Varias veces traté de levantarme, pero los músculos no hicieron la fuerza necesaria para un primer impulso. Entonces allí seguí. Me pregunté también si sería capaz de quedarme allí sentado el resto de la mañana. La gente te rozaba al pasar. Algunos apoyaban sus manos sobre el hombro, buscando un hueco. Creí notar alguna palmadita, pero al girarme no vi que fuera a mí. El contacto primero se hizo sofocante y luego se calmó. Hacía frío y noté que los cuerpos habían subido el calor. Saqué una cámara de fotos. Comencé a disparar. Al rato algunos gritaron algunas consignas. La gente se levantaba y se puso a caminar. Como yo estaba, sin darme cuenta, entre la gente, la inercia me movió. Algunos decían:

—¡Participa!

O eso creí oír.

Se juntó un grupo, bastante grande, y se pusieron a andar en dirección a la calle por la que yo había subido, que era Cannon Street. Algunos llevaban pitos y otros tambores. Un joven me puso en las manos una pancarta con palo. Y yo la cogí. Llevaba dibujado un signo de prohibido. Había signos del dólar, de calaveras, de caretas de cerdo con puros y fracs. Otros decían: «We ARE 99 per cent». Paramos en una esquina frente a una gran fachada y las consignas aumentaron. Varias veces escuché a gente pasando a mi costado que hablaba español. Había dos que decían que todavía estaba muy verde, pero que nosotros podíamos guiarles muy bien. Todos habían dicho estar allí en ESPAÑA, cuando aquello pasó. Me sorprendió dirigirles la palabra:

—¿Españoles?

—Sí, sí.

Quise decirles que yo vivía en Madrid, pero me dio vergüenza y callé. Después pasaron de largo. La policía llegó. Al doblar otra esquina parecía que había algunos agentes esperando. Los agentes se pusieron en fila y cortaron el paso haciendo un gran cordón, de lado a lado de la calle. Vi que salían de los edificios de oficinas algunos hombres de traje y vi que los policías les dejaron pasar. Cuando el grupo llegó a la altura en la que los policías habían hecho el cordón, la marcha frenó. Los agentes estaban cogidos por los brazos y se aferraban al suelo haciendo contrapeso. Los de la primera fila les dirigieron la palabra. Hicieron algunas preguntas y ellos respondieron. Y así siguieron hablando unos minutos en lo que parecía una conversación. Me pregunté por qué aquella escena me resultaba tan chocante y luego recordé alguna situación parecida, allá en mi país. La gente empezó a agolparse a medida que los de atrás iban llegando y respondían al impulso de seguir. Después empujaron más fuerte y todo se fue comprimiendo hasta que los cuerpos se pegaron. Sentí que en algún momento alguna persona podría desmayarse. Entonces escuché que alguien gritaba que nadie empujara, una demanda que se quedó flotando un segundo en el que los cuerpos se frenaron para inmediatamente reanudar la presión. Siguieron gritando consignas. Por encima de éstas, se alzó una voz. La voz inició una cuenta atrás, y a ésta fueron sumándose, de manera inmediata, OTRAS VOCES hasta que el grito se unió. Ya era imposible distinguir la voz primera. Los números fueron cayendo amplificados: «Nine, eight», hasta que parecieron retumbar en los edificios. Al girarme un momento, la cara de un hombre me impresionó. A mis costados vi que las bocas se abrían y que los ojos se contraían hasta casi cerrarse. Por un momento, vi el entramado de músculos faciales confiriendo a los rostros su máxima expresión. Después me pareció que los rostros habían desaparecido, como si hubieran sido borrados sin más. La masa se volcaba hacia delante y ya solo había cuerpos en tensión que se aplicaban a la tarea de empujar. Era un ariete humano que golpeaba a cada número contra el cordón policial. Pensé que ya no había manera de salir a ningún lado. «Six, five, four.» La posibilidad de ahogarse sería más fuerte AHÍ. Se hizo sensible el estómago. Sentí una pasión áspera. Luego un impulso brutal. Mi cuerpo se sumó, empujando con fuerza hacia delante, a cada embestida. Todos estaban volcados en lo mismo. «Three, two, one.»

—*Go!*

Aunque no era momento de pensar, por mi cabeza pasaron palabras que habría leído en algún sitio:

—«El hombre, viejo, el hombre...»

Toda la policía cayó.

Algunos lograron mantenerse en equilibrio abriéndose a los lados. Vi rodar un sombrero de *bobby* a mis pies. Quise evitar pisarlo, pero no fue posible. Vi a un policía en el suelo. Tenía la porra en la mano. Lo vi torpemente tratar de incorporarse mientras todos pasaban por allí. Pisó su

antebrazo una suela, casi a la altura de la muñeca, y el policía gritó. Como la mano se había relajado la porra quedó en el asfalto. Después vi cómo un muchacho le daba un puntapié. La porra rodó unos metros. Luego se paró. Giré por curiosidad la vista. Tenía curiosidad por ver el estado en el que el policía había quedado. Me pareció que allí sólo había un hombre indefenso. Tuve el impulso de volver. (El cuerpo trató de seguir la inercia de este contrapié.) Algunos ya habían conseguido levantarse y agitaban con fuerza las porras en el aire. Así que seguí. Otros lograron, muy rápido, recomponer el cordón. Tenían enrojecidas las mejillas, y en el semblante una mezcla de esfuerzo y pudor. Al haber quedado delante los que habíamos pasado tuvimos que correr, puesto que algunos policías hicieron gesto de alcanzarnos. Entonces corrí. Tras unos metros, me pareció que nadie seguía persiguiéndonos. Y yo aflojé la marcha pero seguí. Vi que al final se veía el Puente Millennium.

Llegado allí paré y puse mis manos sobre las rodillas. Recobrado el aliento, apoyé los codos sobre la barandilla y eché la vista al Támesis.

El río corría sucio, con bastante corriente.

Giraba y giraba en el cielo la noria London Eye.

Pasaban algunos cuerpos en los barcos turísticos y saludaban con la mano a grupos de la orilla. Algunas parejas se besaban, muy cerca de mí. Unos turistas me pidieron que les hiciera una foto. Vi que temblaba mi dedo cuando apreté el botón. En el encuadre podía verse cómo el sol se ponía en un puente lejano. Era un puente que nunca había tenido curiosidad por conocer. De inmediato pensé que valdría la pena recorrerlo. Quedaba algo lejos, pero no me importó.

Una expresión se posó en mi cabeza.

Off-time.

Y tal como vino desapareció,

dejando al cuerpo lleno

de un gran vacío.

Los pensamientos no comenzaron a removerse en mi cabeza, como era habitual. Recorriendo la orilla tuve la sensación bastante honda de que las cosas vivían al unísono; de que la vida estaba sucediendo de una manera aplastante, con todas sus circunstancias infinitas a la vez. Una impresión que pese a su lógica de perogrullo no había sido nunca capaz de retener. Yo casi siempre seguía un orden diferente. (Mi bota en el asfalto, abrigo de un caminante, cabello rubio de niño, nube, chihuahua, reloj.) Imaginé que el río se vaciaba y todo lo que debía haber allí, perdido en el fondo. De OTRA ÉPOCA. Y todo fue incorporado inmediatamente a esta sensación. Ninguna cosa tenía necesidad de ser descrita. Vi que todo se hallaba exento de réplica. Y que cualquier pensamiento yacía muy lejos de mí.

Tenía la mente en blanco.

Sentí ser parte de ALGO.

Aquella tarde.

Y aquello me resultó bastante emocionante.

7

La distancia entre Londres y París es de 343,20 kilómetros.

Medido en tiempo, depende, obviamente, del tipo de transporte. Por carretera, el recorrido total aumenta hasta los 455 kilómetros. El avión tarda una hora y quince minutos. Existe la posibilidad de ir en tren de alta velocidad (Eurostar) que cubre el trayecto en dos horas y cuarto, y cuyo precio del billete es de unos noventa euros. La opción más barata la hallamos en los autobuses internacionales de las empresas *low cost*. El trayecto ofrece la posibilidad de ir a París por unas treinta libras El autobús llega hasta el túnel del canal, y después es transportado en uno de los vagones que viajan por la infraestructura ferroviaria. Algunos autobuses cubren esta distancia subiendo al ferry en el puerto de Dover hasta llegar al puerto de Calais.

La duración del trayecto en autobús es de seis horas. Lo más práctico para engañar al tiempo es viajar durante la noche. El bus sale a las once y llega a París sobre las seis de la mañana. Llegado a un punto el sueño llega. Para cuando uno consigue despertarse, ya casi se encuentra con que aparece la ciudad. Suele dar tiempo justo a frotarse el cuello, que queda algo maltrecho, mientras uno supone que debe de estar entrando en la ciudad.

Había decidido viajar a París, donde vivía un gran amigo. Ya nos habíamos reunido dos veranos atrás, antiguos compañeros que habíamos compartido piso en la ciudad de Madrid. Aquella había sido la primera vez. Por aquel entonces, hacía solo unos meses que A. había llegado y todavía no estaba hecho al ritmo de la ciudad. Ahora llevaba viviendo allí unos años.

En el trayecto el sueño me alcanzó cuando empezaba a sentir que mis oídos se estaban taponando por la presión bajo el mar. En la vigilia me desperté cuando mi compañera de asiento posó su cabeza sobre mi hombro por accidente. Llevaba conmigo un cuaderno.

> ESTA NOCHE, la carretera engulle a un autobús, y yo tengo los oídos completamente taponados.
>
> Camino de París está rozando mi hombro el fino cabello de una chica.
>
> (Debe de ser coreana.)
>
> Y duerme la chica coreana.
>
> Adentro del mar.

El autobús llegó a la estación de Port Maillot cuando el reloj situado a la cabeza del conductor marcaba las seis y diecisiete. Debía coger un enlace con la línea cinco del metro, pero al llegar a la parada République sentí el fuerte impulso de salir a la superficie. Como era muy temprano me pareció que estaría bien hacer algo de tiempo, y así evitar que mis amigos madrugaran. Alcé la cabeza cuando mis botas pisaban los primeros peldaños

de la escalerilla en la boca del metro. Vi las tonalidades malvas que habían tomado el cielo como una veladura, y me di cuenta de que ya casi estaba amaneciendo. En la ascensión, pude ver a lo lejos una rama de olivo que sujetaba un brazo tallado en bronce, hasta que vi completa la estatua de Marianne. Quise acercarme unos minutos a ese monumento. Todavía estaban encendidas las farolas, aunque ya no tenían nada que iluminar, pues el amanecer se había impuesto sobre el entorno. Un pedestal de piedra alzaba unos diez metros a la figura principal. Sobre el oscuro bronce rebotaba la luz creando reflejos que iluminaban los pliegues de la túnica. Debajo de esta figura, había talladas en piedra tres estatuas: la Libertad, portando una antorcha; la Igualdad que portaba en las manos una bandera de Francia, y la Fraternidad, que era una gran mujer cuidando a unos niños que parecían entregarse a la lectura. Unos leones, también de bronce se situaban a la altura del suelo, majestuosos, a uno de los lados. Di una segunda vuelta y estuve leyendo algunas cosas.

La inscripción principal rezaba: «A la gloria de la República francesa. La ciudad de París. 1883».

Había más inscripciones.

En una ponía «Labor».

Y en la otra podía leerse «Pax».

Que en latín significa:

«Trabajo y Paz».

No había reparado en que *Marianne* llevaba en la mano una tabla donde podía leerse «DROITS HUMAINS».

Debían de ser las siete y las farolas se apagaron.

Todavía era pálida la luz.

Al retomar el paso vi que buscaba imponerse sobre los tejados de los edificios. Se reflejaron algunos destellos ámbar sobre los cristales de los escaparates. Habían anunciado que el día sería despejado y que las temperaturas subirían. El sol saldría, antes o después. Los alrededores estaban llenos de cafeterías. Necesitaba despejarme y pensé que sería buena idea desayunar. Enfilé el primer bulevar y estuve buscando un ambiente que pareciera atractivo. No había demasiada gente sentada en las terrazas. Algunos rostros quedaban cubiertos a medias bajo las grandes hojas de *Le Monde*. Se anudaban algunas correas de perro a las patas de las mesas. Varias cafeterías me parecieron un lugar ideal, pero seguí caminando sumido en esa especie de «estado ambulatorio» que me era familiar. Andaba un tanto perdido, sin rumbo, en una aparente distracción en la que de repente la vista se fijaba en los rótulos de las zapaterías, en los carteles de los bares, en los transeúntes, en las ventanas. La mente todavía conservaba aquel estado de vigilia que había bañado la noche. El entorno se resistía al estatismo, a perder ese vaivén de arquitectura en movimiento que desfila en los viajes tras la ventanilla de autobús. Anduve con mi maleta varias calles hasta que sentí que el paisaje estaba perdiendo algo de interés, pues la ciudad

comenzaba a rendirse al gris cemento de los edificios funcionales. Entonces creí que sería mejor desandar el camino. Cuando volvía, pensé que todo lo visto ya no me resultaba igual de encantador y me pregunté si esta nueva visita podría verse afectada por la imposibilidad de algo nuevo, ya que era la segunda vez que había estado en París. Me tranquilicé al pensar que era difícil que eso ocurriera puesto que apenas había visitado lugares la otra vez. Ahora estaba solo y mi mirada sentía que todo era diferente. Cuando volví a la plaza tomé aleatoriamente otro de los bulevares. Después me senté. Estuve durante una hora apurando un *café-crème*, en una pequeña mesa de patas de hierro. Un toldo aterciopelado, color rojo, daba la vuelta a la esquina. La gente fue llegando. Casi como una norma, todos modificaban la silla para orientarla a la acera, como si fuera ilógico darle la espalda a la ciudad. Cuando se completó la terraza, miré hacia los lados y todos me parecieron espectadores que habían llegado a ver una película: el pase primero de *La matinée*.

ESC. 1 EXT. DÍA

Terraza de una cafetería típica en los alrededores de la plaza de la República en París.

Etc, etc.

Bajé a la boca del metro y cogí el vagón que llegaba al andén. Pasadas unas paradas tuve el impulso de volver a apearme. Anduve muchas calles hasta que me pareció que el entorno me era familiar. Pude salir al Sena, casi sin darme cuenta, y estuve un buen rato asomado a la barandilla del Pont-Neuf. Los barcos surcaban el río y la afluencia del torrente me resultó bastante parecida al río Támesis. En cambio, el paisaje era muy diferente en las orillas. Las casetas de *souvenirs* flanqueaban ambos extremos. Se erguían imponentes en el cielo las gárgolas de Notre Dame. Un señor viejo llamó a los gorriones y los gorriones acudieron a su brazo. Sin darme cuenta estaba prolongando el tiempo de la espera. Me había acostumbrado a pasear en soledad. No quería que algún momento le fuera arrebatado a la mirada. Sabía que iría después despistado metido en conversación. Miré el reloj y vi que habían pasado dos horas desde mi llegada. Tuve un momento la tentación de mentir ante el temor de que estuvieran esperándome. Aquel pensamiento me pareció algo enfermizo y me asustó. En realidad tenía unas ganas tremendas de reencontrarme con mi amigo. Lo habíamos compartido casi todo, años atrás. Y en cambio la compañía podría robarme la posibilidad de entregarme a unas constelaciones mentales a las que solo podía entregarme en soledad. Volvieron a parecerme, aquellas elucubraciones, un terrible acto de deslealtad. Hacía algún tiempo que había descubierto que no había sabido combinar ambas disposiciones. Cuando estaba metido en un proyecto de grupo, quedaba absorbido plenamente y era incapaz de no arrojarme por entero a la compañía de los otros. Y toda la vida quedaba planteada alrededor de los otros. Lo mismo me había sucedido cuando había dedicado gran parte del tiempo a la vida conyugal. Y exactamente lo mismo ocurría cuando me dedicaba a estar solo sin más. Hacía ya un tiempo que me

sentía bastante torpe ante cualquier intento de trascenderme a mí mismo. Ahora estaba en mí mismo. Y en ese estado de ESTAR EN MÍ MISMO creía hallar mi esencia. Un estado en el que podía gozar de una plena (y muy contundente) LIBERTAD. En general, las relaciones surgían como un fenómeno accidental y mecánico, la natural tendencia a no sentirse aislado del resto. Y así he visto (y he vivido) cómo se conformaban muchísimas relaciones a mi alrededor. Las relaciones entre los hombres. La mayoría de éstas surgidas de una NECESIDAD.

Y a la cabeza me viene.

EN ESTE TIEMPO.

Toda esa «bienintencionada voluntad comunicativa».

De las REDES SOCIALES.

De las que puede que hable más tarde.

Quizá.

Saqué el teléfono del bolsillo. Corrieron los contactos en la agenda al deslizar el dedo en la pantalla. Después retrocedí. Leí las líneas primeras.

A. móvil (París.)

A. era actor y se dedicaba fundamentalmente al mundo del teatro. Había salido de España años atrás, al ser contratado por una compañía francesa. Tras adaptarse al nuevo entorno, había tenido su primera experiencia de giras internacionales. En el segundo año ya casi no pasaba temporadas muy largas en París. Habíamos acudido a visitarlo y aunque se mostraba exultante respecto a su vida laboral, no acababa de establecer relaciones en ese ir y venir. A veces echaba de menos a su gente y algunos aspectos de su vida anterior. En el segundo año, le habían conseguido un alojamiento mientras pasaba unas semanas en París, entre función y función. Su casera era una joven que se dedicaba también al espectáculo. Habían tenido ocasión de compartir algunas conversaciones, en ese breve tiempo, y enseguida se habían enamorado. N. era una chica encantadora, y estaba harta de que todo el mundo le sacara un parecido más que razonable con la actriz Juliette Binoche. Con el paso del tiempo su relación se había consolidado, y de cuando en cuando, viajaban a España de vacaciones, donde nos habíamos encontrado alguna vez. De esta manera habíamos seguido manteniendo el contacto con los años.

Visualicé a esa pareja y sonreí. Busqué una boca de metro. Al alcanzar precipitadamente uno de los vagones, el cierre de las puertas me sorprendió. Con el golpe me pregunté si aquello tendría la fuerza suficiente para arrancarme el brazo (no recordaba la violencia del cierre de los metros de París). Los pasajeros se recostaban sobre los viejos asientos. Eran vagones antiguos muy diferentes a los del Tube inglés. Ya en la calle, caminé hasta la dirección que me habían indicado y pulsé el telefonillo. Cuando la puerta se abrió aparecieron sus rostros tal y como mi mente los había imaginado hacía unos instantes.

Pasamos buena parte del tiempo en el salón.

La estancia era agradable. Se habían aficionado a hacer bizcochos y aquella mañana habían preparado *quiche* de salmón. Mi amigo se había comprado un ukelele para matar el tiempo muerto en los hoteles, mientras estaba de gira teatral. N. mostró sus progresos con un acordeón. Tras la comida, salimos de casa y fuimos a dar una vuelta por el centro, A. y yo.

Observé cómo las farolas volvían a encenderse

Entonces le conté cómo al amanecer se habían apagado mientras leía bajo la estatua, «Droits humaines».

(Aunque dudara de si lo había inventado.)

Cuando volvimos ya habían llegado algunos invitados, la mayoría gente del mundo de la danza y la interpretación. Cada uno había traído su botella, de manera que se amontonaban sobre las estanterías los tintos de distinta denominación. Había varios grupos que se arremolinaban en el suelo, alrededor del sillón. Apareció un joven muchacho que era coreano y que nos explicó los pormenores del espectáculo que estaba ensayando y que estrenaban en primavera en un centro cultural. Había otra chica, también bailarina, que era española y que llevaba dos años trabajando para el centro de danza de Limoche. Al parecer, casi todos los municipios disponían de un centro propio. Estuve un buen rato hablando con un músico que había emigrado de España aprovechando una beca del instituto francés. Tenía cuarenta y cinco años, pero no aparentaba más de treinta y seis. Me sorprendió la pasión con la que estuvo contando experimentos que habían fraguado en los noventa aprovechando el incipiente desarrollo de la música electroacústica. Había sido pionero en la materia. Entre sus creaciones destacaban algunas performances de música incidental, en las que los instrumentos eran motocicletas Harley's Davidson. Me habló largo rato del músico Stockhausen y de su decisiva influencia sobre la música contemporánea. Fuimos después hacia un grupo que se había formado alrededor de la mesa del salón. Todos contaban anécdotas y daban cuenta de sus actividades artísticas con cierta pasión, sobre todo cuando el vino iba haciendo su tarea. Me pregunté cómo podían vivir, y si tenían manera de llegar a fin de mes. El músico comentó que, en su país, el gobierno había acabado con casi todo el sector mediante sus recortes y sus sistemáticas subidas de impuestos. Una chica me preguntó a qué me dedicaba. Y yo contesté que era paseante. Como no lo había entendido pensó que era un problema con el idioma, así que insistí en inglés. Después mi amigo quiso esforzarse en explicar la broma a los asistentes. El músico preguntó si habían subido también el IVA sobre el sector paseantes. Poco a poco, el protagonismo fue ocupado por las bromas, y todos fueron elaborando chascarrillos sobre cómo sería pedir trabajo de paseante a una ETT. Algunos incluso improvisaron pequeñas escenas, que recordaban *sketches* humorísticos del grupo Monthy Pyton. Al entender a medias el idioma, presté gran atención al lenguaje corporal. Vi cómo casi todos tenían tendencia a ilustrar algunas cosas en vez de decirlas. Y que, en cualquier

caso, los gestos siempre servían para apoyar muy adecuadamente las palabras.

Y aquello me pareció una posibilidad sobre la que investigar.

Avanzada la noche no había botella que no hubiera sido descorchada. En el salón, la gente iba cambiando de lugar. Se habían formado algunos grupos. Todos se fueron animando, aunque la gente mantenía su compostura con una extraordinaria exquisitez. (Quizá había una «manera francesa» de emborracharse.) Había gente más joven. Y otros más viejos. Pero, en general, no había nadie que superara los cuarenta. Casi todos rondaban la treintena con unos años, arriba o abajo, de diferencia. Me recosté en el sillón y me pareció, por un momento, que ya no era tan joven. Casi toda la noche había ocupado el tiempo hablando sobre los años anteriores, así que supuse que echaba de menos otros tiempos, cuando todavía pensaba que existía alguna posibilidad de prosperar. Miré un momento la imagen de los invitados. Desde fuera todo parecía de una armonía fabulosa. Se sucedían las sonrisas, el trasiego de copas y gestos amistosos; la alegría del vino, que parecía multiplicarse igual que en el milagro de las bodas de Caná. Imaginé a aquella gente vestida con ropajes de otro tiempo, la viva reproducción del cuadro de Petri, ahora convertido en un *tableaux vivant*. Debió acabarse el vino en algún momento (algo que nunca había pensado sentado en aquel banco de la National Gallery). Era prudente que aquel milagro tocara su final. El cansancio llegó justo cuando algunos de aquellos invitados fueron retirándose. Se decidió dar por concluida la sesión. Después preparamos la cama mientras hacíamos bromas que recordaban nuestra vida en común. A. y yo compartíamos un piso de estudiantes en las afueras de Madrid. Habíamos llegado con una ilusión inquebrantable. Así pasamos el rato, pensando en OTROS TIEMPOS. Llenamos un pequeño vaso de licor mientras surgían algunas anécdotas pasadas. Daba la impresión de que todo podía volver a rescatarse con gran facilidad. La memoria chocaba con el cuerpo, lograba penetrarlo para volver a situarlo en el lugar original.

Todo podía volver a reactivarse.

Recostado en la cama pensé que todavía quedaban dos días por delante. Al apoyar la cabeza en la almohada vi algo extraño en la pared. Había un póster. Era la anatomía de un miembro masculino. Diseccionado por la mitad. La glándula de Cowper. El bulbo esponjoso. El epidídimo. Conducto deferente. Uretra. Los cuerpos cavernosos. El glande. Escroto y testículo. El orificio uretral.

A través del tabique llegaron las voces de mis amigos, en la otra habitación.

Y tuve la sensación muy fuerte de estar arropado.

Unos minutos después me pareció que la cama podía estar meciéndose mientras imaginaba el traqueteo de los vagones de los trenes.

Atravesaban el túnel de Londres a Francia, en el canal.

En el océano las algas oscilaban como cabellos llevados por la corriente.

Bancos de peces serpenteaban alrededor de esa tubería gigante.

Después seguían nadando.

Todos iban muy juntos, en una misma dirección.

8

Estas palabras están teñidas de la claridad de la mañana.

—*Bonjour, T.!*

Dice la señorita N. desde el salón.

El plan era el siguiente:

N. había quedado con una amiga para ir a un concierto. Nosotros iríamos a visitar el centro Pompidou. Después nos reuniríamos los cuatro por la zona de Bastille. Gastamos lo poco que le quedaba a la mañana en conseguir una falsificación que habría de darme el acceso al museo. En Francia no era gratuito pero se podía presentar una justificación que permitía la entrada si uno estaba en paro. Ellos tenían papeles que confirmaban que habían obtenido la *intermitance*: un paro especial que tenían los artistas en Francia.

Así que llegamos al museo según el plan.

Nuestros cuerpos ascendieron alzados por la escalera mecánica que da al exterior. El sol se reflejaba en los maineles que parecían enormes ojos abiertos sobre los techos inclinados de pizarra. Después el cielo se interrumpía por sobrios frontones que terminaban coronados por las redondas cúpulas de las capillas. Algunos campanarios de épocas todavía más antiguas se perdían en la lejanía, a medida que nuestros cuerpos ganaban altitud. Llegamos arriba. Una nube delgada, surcando el horizonte, atravesó el esqueleto metálico de la famosa torre Eiffel.

Llegados al recinto accedimos a una sala con esculturas de Alberto Giacometti. Grupos de hombres escuálidos inevitablemente sujetos a una base. Figuras arrojadas. Pegadas a una materia idéntica a ellos mismos. Y en cambio daban la idea de transitar. El aire tomaba a los cuerpos, atravesaba la forja y establecía un espacio entre cada silueta, dando la idea de un gran anonimato.

Espacio vacío.

Nada.

Así que yo referí mis impresiones acerca del vacío.

Y así pasamos el rato.

Flipados con Giacometti.

Una cabeza pendulaba adentro de una jaula.

Había también una bola con una media luna.

Miramos la bola y la media luna.

Hipnotizados.

Hasta que nos cansamos, sin más.

Se deformaron nuestros cuerpos reflejados en una enorme esfera plateada

A. quiso retratarme con un lienzo azul de Ives Klein.

Cuando salimos nos dejamos caer sobre el cemento de la plaza, junto a los árboles. Los troncos delgados contrastaban con unos tubos blancos de gran grosor, muy parecidos a los grandes respiraderos de los barcos. Vi incorporarse a A., que recorrió unos metros hasta que su cabeza se situó bajo un cartel luminoso donde ponía «Café tabac». Su mano cogió la manecilla de la puerta con una extraña precisión. Al recostarme de nuevo aparecieron las copas de los árboles ALLÍ ARRIBA, coronando a lo lejos a los tallos. Se agrupaban las hojas abundantes y parecían espejos diminutos que se tintaban de las distintas tonalidades de la luz. Las ramas eran azotadas por alguna ráfaga de viento *de temps en temps*. Entonces se abría un hueco en la espesura y penetraban los últimos rayos de la tarde. Los ojos recibían un fogonazo de luz, dejando a la vista en situación de ceguera transitoria. Entonces los sonidos podían escucharse disociados, aislarse casi por completo del rumor general. Irrumpió una risa estridente a la que se incorporaron enseguida los chascarrillos de algunos jóvenes. Se escuchaba también una guitarra, el agua de una fuente, el golpe de lo que parecía una zapatilla sobre una superficie. Cuando recuperé la visión quedó una pequeña mancha en la pupila, un borrón que fue haciéndose diminuto. Y luego desapareció. Apoyé las manos en el suelo, a fin de incorporarme. Alzado el tronco vi a un hombre negro, exageradamente alto. Estaba rodeado de chiquillos muy rubios. Tenían la piel muy blanca y todos corrían tras un balón. Era una escena bella. De una maravillosa desproporción.

A. se sentó a mi lado.

—Hemos quedado ahora con las chicas, en el Café des Anges, en Rue de la Roquette.

9

M. había nacido en la ciudad de Brno pero llevaba bastantes años viviendo en París, donde trabajaba para una importante agencia dedicada a la conservación del patrimonio cultural. Cuando nos presentaron se dirigió a nosotros en español. Con la primera cerveza nos explicó que hablaba siete idiomas. Le gustaba estudiar y ahora acudía a clases de lengua árabe. Estaba acostumbrada a la conversación. Pedimos después una botella de vino y una tabla de quesos. M. mostró su alegría destacando el hecho de que su amiga hubiera encontrado a un compañero ideal. Entonces yo dediqué un buen rato a alabar las cualidades de A., tratando de reforzar su apreciación. A. era un hombre completo. A. era un tipo educado, prudente. A. era un ser talentoso. Tenía un gran repertorio de cualidades prácticas. Se había esmerado desde siempre en aprender. Pero por encima de todo, tenía un gran corazón.

—Vale lo mismo pa un roto que pa un descosido.

(Hubo que hacer un esfuerzo por trasladar la expresión.)

Yo, desde siempre, había admirado su carácter inquieto, su gran resolución. Físicamente era un hombre imponente, de metro noventa y constitución atlética. Abrumado por los halagos, A. quiso achacarse algún defecto, pero al instante N. lo corrigió. A veces coincidían sus miradas. Entonces los ojos se rasgaban y las manos buscaban entrar en contacto unos segundos, ejerciendo una cariñosa presión. Estaban enamorados. M. volvió a resaltar su alegría a este respecto haciendo otra mención. Su rostro fue tomado por una sonrisa. Los ojos se colmaron de ilusión. Cuando este comentario se agotó, ella volvió la vista llevándola a OTRO LADO. Luego los párpados bajaron levemente. Y sin poder evitarlo mi pensamiento hizo un juicio sobre esta situación. (Esa manía por predecir las causas y consecuencias.)

Fue llegando la gente al local hasta que casi no había manera de mantener el contacto con la barra. Animado por nuestra charla casi había olvidado comer. M. untó con cuidado una rebanada de pan con queso. Vi que alargaba el brazo. Me la ofreció. La estrechez del espacio hizo que la conversación se hiciera imposible, puesto que algunos clientes irrumpieron entre los cuatro en su afán de comer. Entonces los interlocutores quedamos situados en el espacio «dos y dos». M. dijo que era difícil toparse con gente interesante. Contó que había sufrido un golpe recientemente. A veces echaba de menos ALGUNAS COSAS, aunque su vida estuviera resuelta en general. Llevábamos un rato conversando A. sugirió fumar.

Salimos los dos a la calle.

Había oscurecido.

La acera estaba tomada por cierto barullo, muy típico del sábado.

Eran jóvenes cuerpos.

Algunos llevaban las Ray-Ban colgadas al cuello.

Otros las colocaban sobre la cabeza, a modo de diadema.

Había quien las llevaba puestas sobre los ojos, aunque no hubiera sol.

Se había puesto de moda dejarse barba.

(De todos aquellos chicos se habían dejado barba casi la mitad.)

Todos aquellos rostros parecían alegres.

Eran cuerpos muy jóvenes.

«A PUNTO DE.»

Tuve la sensación de que mi cuerpo se expandía.

De que era tomado por algo parecido a la felicidad.

Una explosión brevísima.

Llenando la conciencia.

Al dirigir a la mirada al entorno.

Todas las COSAS VIVAS.

Irrumpiendo a la vez.

A. quiso hablar de M.

Su percepción es que era una mujer extremadamente inteligente. Luego amplió detalles sobre su situación. Había pasado por una relación

tormentosa. Había trazado planes para formar una familia. Tenía un ex novio filósofo. Le gustaban los niños. Solía viajar.

También dijo que era atractiva.

—Es una chica guapísima.

Y al asentir, me di cuenta de que había olvidado todo lo demás. Hicimos algunos comentarios acerca de esto. Y yo quedé aliviado.

Cada vez que venía a mi mente alguna sensación motivada por aquello que llamaríamos masculinidad quedaba aliviado de inmediato.

Era la posibilidad, en esos tiempos, de que mi cuerpo adormecido fuera alterado. Y ya sólo de pensar es ESA POSIBILIDAD el cuerpo quedaba atravesado por cierta memoria. Se conectaba de inmediato a otro lugar. Ese lugar en el que yo había disfrutado, plenamente, de ESTAS SENSACIONES. Con la infinita variedad de ESTAS SENSACIONES. Con todo el juego connatural a ESTAS SENSACIONES. Con el misterio previo a ESTAS SENSACIONES. En el instante inmediato en el que ESTAS SENSACIONES tenían lugar.

A. impulsó la colilla deslizando el dedo índice contra el pulgar. Al chocar en la acera hizo chispas, hasta que la suela de su zapatilla la pisó. Quedó la colilla aplastada. Volvimos a entrar. Al acercarnos se hizo un breve silencio y bromeamos sobre todas las cosas que habrían comentado. Después ocupamos los sitios que habíamos dejado al salir.

De nuevo «dos y dos».

M. siguió contando sus percepciones sobre las relaciones de pareja. Y luego quiso hablarme de su situación familiar. Se le torció el semblante cuando contó que había perdido a su padre, siendo pequeña todavía. Dijo que sobre ELLO prefería no hablar. Era una larga historia.

Entonces no hablamos de AQUELLA HISTORIA.

Hablamos de diferencias entre generaciones.

Los hijos y los padres.

—Son otros tiempos —sentenció.

Había una idea que fue formulada de maneras distintas.

La gente se conocía muy joven en OTROS TIEMPOS.

La gente se emparejaba sin tiempo para la experimentación.

La gente había tenido algunos problemas.

Unos problemas distintos.

Parecidos.

No sé.

Hablamos del tema con OTRAS PALABRAS.

Eran tiempos distintos.

Parecidos.

No sé.

Mis padres habían fracasado en su primer intento de formar una familia.

Nosotros no habíamos formado nunca una familia.

Un fracaso distinto.

Parecido.

No sé.

M. siguió contando algunos detalles sobre su trayectoria vital. Las frases sobrevolaban su cabeza para posarse muy rápido en la boca. Se implicaba su cuerpo, muy levemente, en la tarea de contar. No hacía gestos. Sólo a veces apoyaba algún matiz. Eran manos muy finas, delgadas. Irrumpían en el espacio como una pluma. La mano, la pluma, a veces se elevaba y luego caía sobre la mesa otra vez. No había urgencia y en cambio M. hacía gala de una gran locuacidad. A veces se interrumpía. Quedaba flotando en el ambiente alguna frase. Después se imponía el silencio. Aquella pausa se mantenía unos segundos (casi siempre muy breve). Y podía engordar. Entonces LO INVISIBLE se imponía sobre el resto. Entonces un brillo parecía tomar las dos pupilas como si hubiera estallado, de repente, alguna imagen. Una minúscula grieta. Los ojos acusaban la llegada de un recuerdo que parecía que iba a ceder a la tentación de ser contado. Pero inmediatamente se imponía el pudor.

Éramos dos extraños.

Quizá algo sorprendidos por una precipitada.

(También muy hermosa intimidad.*)*

Fui al baño.

Y M. le comentó a su amiga que yo parecía «un tío que sabía escuchar».

(Lo supe después.)

Como el metro cerraba decidimos suspender la sesión. En el camino ella me preguntó si me quedaría mucho tiempo.

—Sólo he venido «de fin de semana», pero no descarto volver.

Había sido agradable conversar aquella tarde. Al día siguiente nos esperaba otro paisaje.

Habían preparado una excursión.

10

Cuando el pintor Claude Monet enviudó tenía cuarenta y tres años. Un tiempo después conoció a la que sería su segunda esposa, de nombre Alice, y arrendó una casa de campo a un tal monsieur Signeot, que estaba situada en la región francesa de la Haute-Normandie. Giverny era un pueblo pequeño, de unos trescientos habitantes, dedicados en su mayoría al cultivo de la vid.

Sus cuadros empezaron pronto a cobrar cierta fama, lo que le permitió emprender algunas reformas, pintar cada habitación de la casa (colores pastel) y ampliar el jardín. A éste se dedicó especialmente. Estaba planeando el espacio sobre el que habría de pintar. Hizo encargar muchas plantas de lugares diversos hasta lograr el exotismo al que aspiraba. No contento con ello, tras superar ciertas trabas administrativas, y algunos desencuentros con sus vecinos, pudo lograr que fuera desviado el río Epte para obtener para sus

nenúfares un pequeño caudal. Sobre éste construiría más tarde su puente japonés. Frente a la casa dispuso un huerto normando. La propiedad tiene alrededor de una hectárea dividida en dos áreas por una antigua vía ferroviaria que se atraviesa gracias a un túnel. La casa, de dos pisos, mantiene los muebles y decoraciones originales: el taller del pintor, el comedor, la cocina, el dormitorio de Claude, el de su esposa Alice y el pequeño salón azul de lectura donde se conservan las estampas orientales que tanto le gustó coleccionar.

Claude Monet había terminado de almorzar. El mediodía caía sobre los pétalos lavanda de un lirio japonés. Quizá era el mes de abril. (Quizá no.) Claude Monet encendió su pipa y aspiró. Hacía ya rato que Alice y él habían salido al jardín. Claude vació todo el aire (que era humo y aire), tratando de componer algunos aros con su boca. Desdibujados, los aros se deshicieron en el cielo sin más. Tomando otra vez aliento le dijo a su mujer:

—Más allá de la pintura y la jardinería, no soy bueno para nada.

Lo dijo Claude Monet.

Y echó la vista al cielo.

Pues le encantaba el cielo a Claude Monet.

(Como es de suponer.)

Cuando era joven, el pintor Claude Monet había pasado estancias en Londres. Le atraían especialmente los reflejos de luz sobre las aguas del Támesis y le chiflaba la neblina creada por los vapores de los trenes. Había pintado el Parlamento varias veces desde la ventana de un hospital.

Un gran coloso de piedra envuelto en la bruma.

Sobrevolado por la inquietante presencia de una bandada de gaviotas.

Teníamos hambre antes de llegar a Giverny, así que hicimos un alto cuando quedaban quince kilómetros. Habíamos comprado unos bocadillos. Echamos algunas fotos junto a un estanque. A los pies de un molino salían los gansos del agua para cazar un bocado de nuestras baguettes. Tomamos de nuevo la marcha. Llegados a la casa del pintor, las coloridas flores se concentraban en cuidadísimos arriates. En el paseo bromeamos acerca de aquellos «jardines del Edén». Sobre unas hortensias moradas hicimos algunas fotos con muecas alegres. A todas aquellas fotos las titulamos *Les jours hereux*. Nos dirigimos después al riachuelo. Los senderos se rodeaban de una magnífica vegetación con amplia variedad de especies de árboles. Me retrasé un momento. Sentado en un banco de piedra contemplé las siluetas de mis acompañantes. Me reincorporé. Acabamos llegando al puente japonés. Se reflejaban nuestros cuerpos en el agua. N. nos hizo una foto posando allí.

Los cuerpos temblaban en el espejo del agua.

Una imagen movida.

La vaporosa *vanitas* de la felicidad.

Fue marchándose el día.

Después el regreso.

La marcha del coche en el camino me adormeció. Corría el paisaje

transfigurado en una mancha a los costados dejando al entorno como un borrón. Todo presente no era sino un paisaje en desaparición. Era imposible atrapar los detalles (el árbol, la casa, el río, un caminante portando una mochila en el arcén). Sólo podían estos ser rememorados (quizá inventados) segundos después. Un vehículo rojo en la calzada opuesta llegando a nuestra altura. Una milésima de segundo. El rozamiento del viento. En el momento del cruce un ligero temblor.

El día siguiente tocaba regresar. Hacer la ruta inversa. Era posible anticiparse a los hechos. Describir el regreso.

Una escalera mecánica.

Las taquillas de ruta internacional.

Lámparas de neón reflejándose sobre el logotipo de empresa pintado en el autobús.

El manto negro del cielo cubriendo todo paisaje hasta cruzar el canal.

El otro país.

Algunas luces de los suburbios deslizándose rápidas sobre la ventanilla.

Después el rojo ladrillo.

La aparición de la ciudad.

La diferencia de tiempo entre París y Londres.

Robando una hora al horario francés.

11

Hola, cariño:

Me dejé el móvil en el trabajo el viernes. Dime (por *e-mail*) cuándo te puedo llamar. Quiero que sepas que no me olvido de ti, aunque pueda parecerlo, pero no ha sido así. No lo estoy pasando bien y no quería tampoco que se notara mucho. No quiero pensar en la sensación de injusticia (individual) en un momento en que después de trabajar desde los diecinueve años te quitan toda esa antigüedad y te dejan con una pensión de poca cosa, cuando podías en la última etapa de la vida dormir tranquila en cuanto a los recibos, ayudar en lo posible a tus hijos, tener detalles con la familia, ir al fisio, al dentista, arreglar lo que se te rompiera y hasta irte unos días con las amigas (en plan barato) porque no es una desgracia personal, sino colectiva y la única solución sería que este Decreto que se ha sacado ahora la Generalitat se pudiera aplicar a la gente con más dinero. Creo sinceramente que con este Decreto van a dejar al descubierto a mucha gente con sueldos como el mío y también me solidarizo con quien no tiene ningún sueldo, por lo que ni voy a quitar lo de Acnur ni lo que ayudo aquí. Ahora se trata, como dices tú, de llegar, incluso prescindiendo de cualquier cosa no imprescindible. Me quitan 210 euros ahora y eso unido a los recortes estatales (que ya han sido dos) y a la subida de los precios, ya es mucho, pero pesa la amenaza de otros 210 y ahí ya no me salen las cuentas actuales, incluso dejando internet y el inglés que no suma ni noventa euros y son los únicos gastos prescindibles que tengo. Siento mucho que hayas sido tú el que me des ánimos en vez de que haya sido al revés. Es que además de por ti, que sé cómo vas, también estoy preocupada por mi madre, que tiene a Dona al borde de la histeria y a mi hermano agotado, y por Ana, que le salen siempre cosas además de su preocupación actual. Ojalá estuvieras aquí,

pues tu visión de todo esto siempre es la única que puede aportar aceptación de la situación personal (quizá se produzca una revolución social que valga a todo el mundo). En fin hijo, dentro de todo, ya sabes que lo mío es tuyo y aquí hay una casa y lo que sea, se puede compartir.

Recibí este correo algunos días después de mi regreso.

De aquellos *jours hereux*.

En la pequeña localidad de Sidcup, tomando la calle mayor, los arbustos del borde de la carretera reverdecían. Algunos chiquillos se agarraban al brazo de su madre uniformados, con el escudo en la chaqueta de camino de la escuela. El mismo grupo de discapacitados cruzaba el parque de Lamorbey. Andaban todos en fila tras la cuidadora. El perro lanudo del viejo señor estaba siempre amarrado a una farola en la puerta de la tienda Poundland. Tras el cristal del banco se veía el enrojecido rostro del interventor, a punto de encenderse; extraordinariamente grande su nariz, cubierta por una mancha morada, una salpicadura que se extendía hasta rozar el labio superior. La bicicleta del repartidor de correos se apoyaba junto a un buzón postal. El coche de policía (ese coche, siempre parado frente a la comisaría local) mostrando los aburridos rostros de los agentes tras los cristales. La inmobiliaria. El parque. La taberna Mi codo junto al vaso, impreso el logotipo sobre la parte ancha del cristal, un ribete dorado sobre el borde, las diminutas burbujas ascendiendo hasta fundirse con la espuma. El líquido amarillento, a veces más claro, y otras más dorado. Hombres adultos en silencio. Hombres adultos parloteando al borde de la barra, contentos de intercambiar las mismas opiniones. Casi siempre la capa de vaho en la ventana, el tembloroso contorno de la gota adherida al cristal desfigurándose hasta ceder al propio peso. Después la misma gota resbalando en el vidrio hasta precipitarse en el marco.

París se evaporaba.

A los diarios británicos seguían llegando noticias sobre España. Allí la primavera se había presentado bruscamente, una estación fugaz en la que se colarían sin quererlo algunos días estivales. El mediodía atraería a la gente a las terrazas. El sol colgaría del cielo hasta las ocho de la tarde.

España.

Lo cierto es que había tenido todo el tiempo un interés menor por España. La mayoría de las veces que empezaba a preguntarme por España, de manera inmediata, esa curiosidad por España se desvanecía. Un DESVANECIMIENTO que terminaba haciendo que no me preocupara en absoluto por España. Y durante mucho tiempo caía en una absoluta indiferencia por España. Habiendo borrado aquel interés por ESPAÑA, ese país ESPAÑA ya no significaba nada para mí. E incluso cualquier motivo que recordara a España era vivido por mí con cierto rechazo. Me molestaban sobre todo los comentarios ingleses sobre la excelencia futbolística de España, y sobre el sol de España y sobre la comida de España y sobre las mujeres de España (por ese orden). Y más de una vez por ese orden (y por la

causa de este orden) sentí el deseo de dar un puñetazo a algún macho inglés que poco podía distinguirse del macho español en estas preferencias y que por tanto me recordaba doblemente a la idea de MACHO.

Así en general.

Y sin embargo AHORA tenía la sensación POR VEZ PRIMERA de que era momento de ver qué sucedía en ese lugar Qué es lo que hacía la gente en España. Cómo vivía la gente en España. A lo mejor había que comenzar por ver qué hacía MI GENTE en España mientras mi cuerpo vivía completamente fuera de ESA SITUACIÓN. SITUACIÓN que yo suponía como una ASQUEROSA Y LAMENTABLE situación. Imaginada por mí desde OTRO LUGAR.

Donde la primavera no terminaba nunca de llegar.

Abrí internet.

A ver qué decía mi gente sobre España.

A ver cómo estaba mi gente en España.

El Facebook.

Busqué primero los rostros.

Había quien todos los días subía una foto. Podían ser éstas de carácter artístico, o de tono más personal. Autorretratos de apariencia cotidiana en los que hombres y mujeres colgaban su aspecto más agraciado. Y todos eran efectivamente agraciados ante la opinión general.

Fui pinchando sobre algunos «estados» bajo estos rostros. Subían fotos de perros, de gatos. Fuera cual fuera la imagen, se comentaba con gran ilusión. Toda escritura era confirmada, pues nadie tenía amigos de diferente opinión. Nadie quería perderse entre los otros. Cerré algunas ventanas cuando me había dado cuenta de que llevaba dos horas poniendo sobre los rostros el cursor. Después las abrí. Todas las caras seguían allí. Me pregunté si esos rostros y esas informaciones sobre los rostros podían decir algo sobre esos mismos rostros. Y si uno podía pasar invisible, como un fantasma, en esa incesante búsqueda de aceptación. Seguí leyendo enlaces que conducían a algunos artículos sobre España. Efectivamente, la gente colgaba enlaces sobre la situación de España. Otros colgaban fotos de alguna manifestación. Había muchos enlaces que estaban repetidos. En todos los titulares más llamativos se había pulsado al compartir. Todos estaban comprometidos con el desastre de España. Y todos eran conscientes de su «activismo virtual». Fui contagiándome de aquellas imágenes. Traté de leer los artículos, pero tras media hora me agoté. Había leído dos veces algún artículo. Probablemente visualicé más de veinte enlaces a vídeos alojados en YouTube. Eran programas televisivos pero también montajes. Fragmentos de antiguas promesas políticas sin cumplir. Cuando quedé agotado cerré las ventanas. Y cuando no había transcurrido ni un minuto, las volví a abrir. Animado me decidí a subir unas fotos de la jornada que había presenciado aquella mañana (Occupy London) en la catedral de Saint Paul. Después esperé. Nombres de algunos perfiles aparecieron junto al me gusta. Había sido

aprobada mi actividad. Toda la tarde estuve pendiente de aquello, hasta observar que AQUELLO había ido engordando. Se había poblado de nombres de muchos perfiles. Algunos conocidos. Y otros no. Pinché en algunos perfiles. Aparecían uno tras otro, con gran rapidez. Después leí sus informaciones, mirando las fotos con gran curiosidad. Aquello era gigantesco.

Durante algunos días me apliqué a esta tarea.

Abría y cerraba el Facebook.

Alguien podía haberse decidido en cualquier momento a comentar mi estado, a brindarme algunas palabras acerca de mi aspecto o actividad. Así que me decidí a dar cuenta de mí mismo, buscando cuál podía ser ese rostro que iba a mostrar. No había descubierto las posibilidades de aquello. Apenas me había incorporado hacía unos meses a aquella comunidad. Se había quedado aparcada. Hube de responder a muchas solicitudes de amistad. No había colocado ni siquiera una foto. Así que pasé un buen rato buscando una imagen. Al encontrar alguna, varias veces dudé de si sería la mejor opción. Puse una foto con el jardín de fondo. Después calculé los comentarios posibles que ésta podría suscitar. La tarde se había marchado. Cuando llegó la noche me acosté.

Tenía la posibilidad de abrir la ventana todos los días.

Durante todos los días tenía la posibilidad de conectar. Así que fui dedicando un rato a esto cada día. Con el paso del tiempo vi que era práctico dejar la ventana abierta sin más. Durante varias sesiones pude convencerme de que siempre gustaba a todos. Y aquello me agradó. La pestaña ofrecía la posibilidad de responder a los «me gusta». Con otros «me gusta». Y dediqué un buen rato a esa operación. No hacía falta moverse de la casa para gustar. Sólo tenías que pulsar al «me gusta».

Para gustar.

Ya sabía todo lo que necesitaba saber sobre España.

En una de las esquinas parpadeaba una solicitud de amistad.

Y yo la abrí.

Tenía también un mensaje del mismo perfil.

Querido T.
Tras despedirnos me pregunté si no habría dicho
alguna tontería, pero me hubiera gustado
continuar la conversación,
aunque mi vocabulario español es limitado.
Fue un encuentro bonito, cada día más,
como tomar las páginas de un libro.
Tengo la mala costumbre de empezar los libros por el final.
Esta vez asumo la incertidumbre.
Un abrazo,
M.

Durante unos minutos estuve leyendo:

Estaba la incertidumbre.

Debía de tener costumbre de comenzar las relaciones por el final.

Era bonito lo de «tomar las páginas de un libro».

Me pareció rico su vocabulario español.

No recordaba ninguna tontería salida de su boca.

Utilizaba la fórmula querido (una más que probable traducción literal).

Volví a leerlo desde el principio.

Aquel encuentro había quedado dormido en la memoria. En realidad yo no había contemplado la posibilidad de volver a coincidir. Tuve que hacer un esfuerzo por rescatar las palabras. Nuestra conversación había transcurrido de manera fluida. Un tiempo en el que no había existido el más leve asomo de incomodidad. Recordé que su voz, en ocasiones, había cesado unos segundos, suficientes para activar la leve coincidencia en la mirada, aquel inequívoco signo de complicidad. Todo había seguido su curso con naturalidad.

Seguí repasando aquella tarde con la mejor vocación de recordar. Había palabras que rescataba exactamente. En cambio, otras palabras habían quedado sustituidas por simples sensaciones. Era difícil atrapar toda la información verbal, pues siempre había un momento en el que el hilo se rompía, interrumpido por pensamientos que parecían haberse colocado en el momento justo en el que la conversación tenía lugar, pensamientos de UN TIEMPO sobre los que inmediatamente caían pensamientos de OTRO TIEMPO.

Aquellos pensamientos, los PENSAMIENTOS PASADOS (que habían venido en este encuentro) eran rescatados y quedaban, de manera inmediata, expuestos a NUEVOS PENSAMIENTOS destinados a tapar pequeñas grietas en la conversación. Eran espacios que había que llenar a fin de que las oraciones no quedaran incompletas. ESPACIOS VACÍOS, probablemente motivados por pequeños despistes que había que llenar. Y las palabras venían al rescate, como pequeños puentes, alterando el sentido auténtico y reinventando la memoria. Y así todo quedaba sujeto a hipótesis diversas constituidas a mi antojo, hipótesis que fabricaban NUEVAS REALIDADES constituidas por nuevas palabras que no tuvieron lugar. Esas NUEVAS PALABRAS corriendo apresuradas, animadas por el deseo de recordar. Recordé que había quedado colmado de impresiones, de suposiciones acerca de su posible personalidad.

Después llegó su rostro y toda suposición se marchó:

Una melena castaña, bastante lisa.

La tez muy fina, de tono dorado.

Los dientes muy blancos.

Los ojos almendrados, bastante oscuros.

Pestañas largas.

Eran ojos bañados por un velo acuoso.

Quizá algo tristes.

Ojos a punto de ser tomados por la lágrima.

El rasgo de una belleza difícil de expresar.

Tenía pendiente contestar a su mensaje. Creo que hasta la medianoche estuve entregado al ejercicio de escribir. Puse todo mi empeño en responder de una forma adecuada. Hacía bastante tiempo que no me había visto obligado a seleccionar las palabras adecuadas.

Salieron muchas palabras.

Me pareció que algunas eran certeras.

Y otras más ambiguas.

Algunas quedaron borradas al instante, aunque después fueron recuperadas y colocadas en OTRO LUGAR. Parpadeaba el cursor demasiado insistente en la pantalla. Detrás de cada palabra.

(Como el tictac del reloj.)

Tuve la sensación de que aquel pulso podía tomar variaciones diferentes. A veces muy rápido y otras muy lento. Y hasta me pareció, en un momento dado, que iba a desaparecer. La puntuación estuvo sujeta a cambios infinitos puesto que algunos signos (sobre los que había dudado desde siempre) bailaron constantemente en su intento de ser colocados con la mayor precisión. Probablemente yo hablaba con pausas estúpidas. Probablemente yo terminaba mis frases con una suspensión.

Creo que no te hablé demasiado de mí [...]
Puede que considere a París como una posibilidad...
Ahora en España [...].
[...] las cosas...
Sería un placer que me siguieras contando.
Una visita próxima sería [...]
Quizá...

Al recostarme en la cama volví a ver su rostro.

Y cómo éste se llevaba todas y cada una de las palabras.

Ya había dedicado unas horas a eso del recuerdo.

Horas en las que las que no había existido nada más.

Ahora estaba su rostro.

El tiempo había quedado cubierto.

Una especie de veladura.

Una impresión romántica.

Quizá algo trasnochada.

12

Es una condición del DESEAR (según dice el diccionario) anhelar algo o querer aspirar a ello con cierta vehemencia.

Si nuestro deseo se focaliza sobre una persona (según dice el diccionario) es preciso que exista «atracción sexual».

Yo había respondido a este intercambio, amparado por esa distancia cómoda que implica lo virtual. Una especie de juego que había conseguido mantenerme entretenido. Durante varias semanas, estuvimos ideando mensajes que fueran apropiados. En ese tiempo fui informado sobre detalles que despertaron cierto interés.

Algunos detalles más grandes.

Y otros más pequeños.

(Curiosidades simpáticas, sobre sus gustos y demás.)

Ella tenía humor.

Estaba leyendo un libro español.

Había viajado bastante, por su trabajo, a países exóticos.

Le gustaba Smetana y su poema sinfónico «Vltava» (dedicado al río Moldava).

Decía que los moravos eran melancólicos.

Vivía en una buhardilla.

Llevaba comida a los gatos en Montparnasse (el cementerio donde descansa Jean-Paul Sartre).

En las semanas siguientes salieron algunas flores que tomaron las hojas alargadas de los fresnos. Flores enanas de pétalos blancos y estambres naranjas. (Como pequeños huevos fritos.) Reverdecían algunos brotes en las copas rojizas de las hayas. Los robles habían tomado un ligero tono amarillo. Aquella naturaleza, colmada de lluvia, comenzaba, muy tímidamente, a cambiar.

Fui invitado, de nuevo, a París.

Yo no tenía dinero.

Y A. me hizo un préstamo.

Una posible historia.

Quizá el deseo.

Tal vez.

13

La tarde en la que M. salió a pasear, en otra época, todavía se cubrirían de escarcha las hojas de los árboles. En Centroeuropa: la primavera habría de demorarse unas semanas más.

Al girar una esquina, M. observó una librería. Empujó la pesada puerta de cristal y dirigió la mirada a la estantería. Ojeó el dorso de los libros. Alargó su brazo para acceder a uno de ellos que había llamado su atención. Al descubrir la solapa, leyó unas líneas. Sintió ALGO en el pecho. Una especie de pálpito. (Así lo describió.) En el capítulo 1 la imagen de su padre le vino a la cabeza. No dio gran importancia. Probablemente habría sido

fruto de alguna asociación. El narrador presentaba a un poeta, lo cual le pareció interesante. Pero su padre no era poeta. Llegada la página tercera fueron descritos los rasgos físicos del protagonista. Y casi todos coincidían con los de su progenitor. Conforme avanzaba el libro, aquellas correspondencias empezaron a sucederse con una sorprendente precisión. Era una posibilidad remota que el libro hablara de él. En cambio, M. se acercó al mostrador, compró aquel libro, se dirigió a su casa, dejó la chaqueta en el suelo. Se sentó en el sillón. Durante toda la tarde las páginas fueron pasando entre los dedos. Había similitudes increíbles. (Así las describió.) Algunos detalles íntimos cobraron relevancia. La idea descabellada de que éste pudiera ser su padre fue cobrando verosimilitud. Había espacios y había situaciones. Había actitudes íntimas que quizá sólo conocían ellos dos. M. estaba muy unida a su padre, hasta que éste murió. A la mitad del libro ya demasiadas cosas eran sorprendentes. El pálpito se hizo fuerte. La sensación del pecho. Ella siguió leyendo toda la tarde. Quiso llegar la noche. M. engulló todo el libro. Cuando llegó a la última página, lloró.

He querido narrar esta anécdota como una historia.

(Pues así la vi yo.)

Estábamos en París y ya era bien entrado el mes de abril.

Ella me había invitado a su casa. Y habíamos terminado de cenar. M. agarró la botella de «vino rojo» y me sirvió. Hacía un buen rato que reposaban los platos en la mesa. Respiré unos segundos. Luego tuve deseos de fumar. Le pregunté si sería posible hacerlo en la ventana. M. no era fumadora pero no le importó. (Me dijo que podía hacerlo allí mismo.) Pero me dirigí a la cocina. Abrí la ventana. Y el aire entró. Era una historia increíble. La noche era tibia. Tuve la sensación de que todas las cosas de aquel entorno estaban tintadas de ficción. Una impresión que se hizo más fuerte cuando me imaginé contando esta historia a un público extenso, tal y como podría contarla un actor.

Quizá un cuentacuentos.

En la hermosa Moravia, donde colocamos nuestra escena, vino una hija al mundo, con hado increíble. El episodio de una insólita historia va a ser durante estas dos horas el motivo de esta representación.

M. acercó su cuerpo a la ventana.

—¿Qué piensas?

—En Shakespeare.

Lancé el cigarrillo. Luego cerré la ventana y entré. M. estaba en la cocina. Recogimos los platos de la mesa. No me dejó fregar. Al regresar al salón dirigí mi cuerpo al sillón. M. volvió a sentarse a la mesa en la que habíamos cenado. Sentí que me atrapaba cierto ridículo. Pero mover otra vez el cuerpo para alcanzar la mesa me pareció un «gesto a destiempo». También conferí a este gesto cierto carácter de sumisión. Ella había marcado AQUELLA DISTANCIA.

M. siguió hablando.

—Yo lo quería muchísimo. A mi padre.

Y la historia siguió:

—Aquellos días busqué la manera de ponerme en contacto con el autor.

—¿Lo conseguiste?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Quedamos para un café.

—¿Hablásteis de la novela?

—Dijo que era mi padre.

— ¿El poeta?

— Sí.

—¿Sí?

—Estuvo los últimos años muy mal. Dijo que no soportaba la situación con mi madre. Estaba... ¿cómo se dice? *Sagging*...

—¿Qué?

—*Creux* en francés.

—Lo siento...

—*Depressed*...

—¡Ah! Es casi igual.

—Es el final del libro lo que más me afectó.

—¿Por?

—Porque el protagonista termina por suicidarse.

—Pero tu padre...

Sus ojos se humedecieron. Un fuerte entendimiento nos unió.

—Él no me confirmó que así fuera.

Se hizo el silencio.

—Tenía la duda.

Su padre, supuestamente, había muerto de un ataque al corazón. Cabía la posibilidad de que le hubieran mentido. Volvió después el silencio. La sensación irreal. Era incapaz de acercarme a ESOS SUCESOS. No había lógica alguna. Al menos en apariencia. Uno podía dudar de si todo el relato no era más que el producto de su imaginación. Eso no le restaba interés. Una fascinación obscena me atrapó. Era maravilloso que todo estuviera sujeto a lo insólito. Siempre he sentido fascinación por las cosas insólitas frente a las cosas cotidianas. Y nunca he podido evitar sentir esta fascinación.

Lo cotidiano me ha parecido, casi toda mi vida, motivo de aburrimiento.

Desde que era un niño.

Y ASÍ HA SEGUIDO SIENDO.

Hasta el día de hoy.

Lo cotidiano ha provocado en mí la sensación de castigo.

De tiempo de espera.

Tiempo en el que sólo he podido anhelar que ALGO suceda. Con cierto DESEO. Con verdadera atracción. Y casi he sentido nostalgia al terminar el día sin que nada pasara, excepto cuando «ese no pasar nada» se ha revelado

como lo extraordinario alguna vez. (La circunstancia de los últimos tiempos de soledad.) En general, no he podido evitar el hastío si es que las cosas seguían su «curso natural». En la memoria las tardes de domingo. Aquellas lecciones de la escuela. Interminables tardes de estudio en la facultad. Y he sentido gran atracción por todo LO INEXPLICABLE. El misterio. Frente a LO RAZONABLE. La razón.

Una fe ciega, como otra cualquiera.

LA RAZÓN.

M. siguió.

—Es un dolor que arrastro toda la vida.

Llevó la mano hasta el pecho. Y apoyando la palma dijo:

—Aquí.

Todo se había inundado de una infinita tristeza.

Quedé conmovido. Pasados unos segundos la sensación se aplacó y fue desplazada por un pensamiento. Aquella era mi segunda cita en todo este año. Y ahora era sobre todo algo muy triste. No parecía que fuera a trabarse algo de ligereza.

La sensación incómoda me invadió.

Siguió hablando.

—Toda mi familia lo negó. Es importante el pasado. Y todas las conexiones de la familia.

—¿El árbol genealógico?

—Sí.

Eso me dijo M. y se levantó. La vi llegar con un libro. Puso aquel libro en mis manos. En la portada ponía *Chilhood hurts*.

Era difícil captar esa atmósfera.

Aristas silenciosas en el aire.

Ruido nostálgico de cosas no resueltas.

Durante media hora estuve lanzando opiniones sobre el tema en cuestión. Yo habría preferido hablar sobre la variedad de camembert que uno halla siempre en las neveras francesas, sobre señores que amaestran gorriones, sobre las diferencias del *vin rouge* frente al tinto español, sobre el calcado atuendo de los jóvenes de los barrios de moda en Londres, Madrid, Berlín y París. (Habría preferido hablar de cualquier cosa.)

Ella seguía sentada a unos metros, todavía a la mesa. Yo estaba situado en el sillón. El último vagón ya habría salido de la primera estación. En treinta minutos ya habría llegado a la parada Breguete Sabine.

—Termina el horario de metro, ¿verdad?

M. alzó el brazo y recogió con dos dedos la manga de su rebeca. Su muñeca era fina. La cabeza del radio se marcaba. Levemente. Su reloj se había desplazado al antebrazo puesto que la correa era holgada. M. la movió, llevándola a su lugar. La correa fue ladeada unos centímetros mientras posaba la vista sobre la esfera del reloj. Llevé mi mano a la esfera. Quise apartar la correa de nuevo al antebrazo. Después rodeé la muñeca

utilizando los dedos índice y pulgar.

—Tienes muy fino el brazo. Igual que yo.

Levantó la vista:

—Dentro de veinte minutos... El metro.

Me levanté del sillón. Fui a agarrar mi chaqueta, que estaba en el cuarto. M. me miró. Quise llenar el tiempo diciendo que había sido una «velada bonita». Al volver del pasillo quedamos plantados mientras mi brazo derecho buscaba la manga de la chaqueta. Me dirigí hacia la puerta. La abrí. Como había sido iniciada la apertura de la hoja, era preciso retroceder. Mi cuerpo volvió a situarse al lado de ELLA. Después le di dos besos. La cercanía parecía forzarnos a una segunda despedida. Al apartar la mano, todavía en el picaporte de la puerta, la coloqué en su cintura. M. bajó el mentón, al tiempo que los ojos se encontraban. El abrazo se dio con cierta presión por parte de ambos torsos. Quedaron pegados, apenas unos segundos en los que las costillas (creo que las flotantes), entraron levemente en colisión. Noté que se hacía sensible el latido del corazón. Así que vino a mi mente la imagen del corazón. Un órgano musculoso, hueco y piramidal, impulsando la sangre a todo el cuerpo desde la cavidad torácica. Al llegar esta sangre EN ESE PRECISO MOMENTO a las arterias cercanas al órgano masculino, me vino la representación de los cuerpos cavernosos (según el póster de la habitación). Entonces me pareció que debía de ser posible que se activaran mis «cuerpos cavernosos». Pero al venir al recuerdo la imagen completa del miembro (diseccionado tal y como lo había visto en la habitación de mis amigos) inmediatamente pudo extinguirse AQUELLA SENSACIÓN. No era la imagen, en realidad. Todo deseo había sido anulado por otra sensación.

Llamada melancolía.

Siento un profundo respeto a la melancolía. Incluso temor. Ya desde bien pequeño, la melancolía me ha rebasado. Y así siguió siendo años después. Años en los que me apliqué en superar esa cosa que llaman MELANCOLÍA. Durante mucho tiempo huí de esa tendencia clara a la melancolía por alguna disposición natural. Hasta que conseguí librarme de esa compañera indeseable. Y así he desterrado de forma absoluta LA MELANCOLÍA.

Con el paso del tiempo.

AQUELLA SENSACIÓN.

Cerré la puerta.

Bajé.

14

Un «buenas noches» es *bonne soirée*.

Para irse a acostar o como despedida a altas horas decimos *bonne nuit*.

Lo que sería «Chao» se puede decir de muchas formas.

Se puede usar *Salut*.

O al estilo italiano *Ciao*.
Hay veces que se repite: *Ciao, ciao!*
O que se dice al estilo alemán: *Tchuss!*
O al estilo inglés: *Bye!*
También *au revoir*, que significaría, literalmente: «al verte de nuevo».
«Al reverte.»
Hasta pronto es *à bientot,* literalmente: «a pronto».
Hasta más tarde se dice *à plus tard*.
«A más tarde.»
También se puede usar *à tout à l'heure*.
«A todo a la hora.»
Hasta mañana es *à demain*.
Hasta la próxima sería *à la prochaine*.

15

Vi a M. una vez más.
Fue la última vez.
La tarde era hermosa.
La vi alejarse mientras encendía un pitillo. Después caminé.
Todo se había teñido definitivamente, y sin saber por qué, de aquello.
MELANCOLÍA.
La tarde en la que vi a M. por última vez, estuve bastante rato vagabundeando...
Estuve bastante rato vagabundeando por calles del centro de París. Quería quitarme de encima aquella sensación. Eran apenas las cuatro. Y hasta las siete caminé. A medida que contemplaba el paisaje, lejos de desprenderme de aquello, aquello volvía a mí. Estaba en los lados que eran más bellos. En cada puente y cada rincón encantador de París.
Poco a poco la sensación fue remitiendo. No era ella el problema. Era la sensación de no ir a vivir una historia en un entorno magnífico. Así que cada lugar quedaba de nuevo reservado a mí mismo. Seguí caminando. Me dolían los pies. Atravesé varios barrios hasta que llegué a Montparnasse. En una calle apareció una verja de considerables dimensiones. Al elevar la vista leí:
«Cimetière».
Apareció allí.
(Como aparecen las cosas en los momentos precisos.)
Estaba en el cementerio. Entré. Había un sendero en ligera pendiente. Lo rodeaban árboles que no fui capaz de reconocer. Todo el espacio estaba poblado de una abundante vegetación. A veces miraba las lápidas leyendo meticulosamente las inscripciones. Algunas tumbas antiguas llamaron mi atención. Me senté unos minutos en uno de los bancos. Respiré. Se oían trinos de pájaros que llegaban volando. Pero yo no sabía nombrar a esos

pájaros. (Habrían podido ser estorninos, o mirlos, o gorriones.) La consciencia de un desconocimiento profundo de todas aquellas «cosas naturales» me atrapó. Muchos de aquellos cuerpos eran objetos decorativos prendidos al paisaje. Todos aquellos árboles seguirían ahí, *per secula seculorum* erguidos sobre las osamentas ocultas en la tierra. Indiferentes a toda las muecas de los cuerpos, aún en vida, habitando la tierra.

Algunos CUERPOS VIVOS esperando para cruzar el paso junto al semáforo. Algunos CUERPOS VIVOS entrando en los edificios de oficinas. En los bares de copas. Algunos CUERPOS VIVOS teniendo agrias discusiones. Algunos CUERPOS VIVOS haciendo el amor.

Atardecía y tuve la sensación una vez más de que el tiempo había sufrido un apagón. Y de que todas las cosas sucedían a la vez.

Últimos rayos dorando el edificio London Bridge.

Se iluminaba una gárgola en la catedral de Notre Damne.

Una franja amarilla comiéndose el cartel de la estación de Atocha en Madrid.

Todas las letras de hierro envueltas en la sombra.

Arena de la *platja* Malvarrossa, quizá algo tibia.

Las olas del mar.

Siguieron llegando los pájaros. Aterrizaban en las ramas. Después agitaban las alas hasta quedar inmóviles, como pequeñas sombras. Unas siluetas diminutas. La luz del atardecer fue llenando las copas de estas siluetas. Daba la sensación de que los árboles hubieran podido mudar repentinamente sus hojas, ganando una frondosidad exagerada. Hubo un momento en el que parecía que iba a ser imposible que cupieran más pájaros. A veces descendían todos juntos. Batían las alas a la vez. Piaban al unísono. La copa se convirtió en un altavoz que fue acrecentado el volumen hasta llenarlo todo. Me pregunté si aquel espectáculo era agradable. O si por el contrario era ALGO PERTURBADOR. Duda que vino al respecto de algunos fenómenos. Sobre todo los que correspondían a ciertos ESTRÉPITOS de la naturaleza. Me levanté del banco. No transitaba nadie aquel espacio. El cielo era un lienzo «color azul Ives Klein» que se tragaba los últimos tonos naranjas, aunque la oscuridad estuviera luchando por penetrar.

Bajo la copa del árbol GRITÉ.

La voz salió contundente. Pero enseguida las cuerdas vocales quisieron bloquearse hasta dejar mi arranque en un hilo de voz. Salieron los pájaros, en fuerte estampida. Separados volaron en varias direcciones pero en cuestión de segundos se reunieron en el cielo todos a la vez. Como si fuera imposible abandonarse. Un batir estridente con la dinámica de una coreografía. Entonces los vi alejarse, atravesar el cielo que quedaba manchado unos segundos por una nube negra que hacía espirales a gran velocidad. Me tumbé. Estaba fresca la hierba. Me había quedado sin aire en los pulmones. Sentí que me ahogaba. Era preciso el aire. Y respiré. Tuve que hacerlo dos veces. Y luego lo repetí algunas veces más. Al inspirar el pecho

tembló. El aire volvía a salir entrecortado, provocando pequeños ESTERTORES que se repetían al vaciarme. Levanté la cabeza porque sentí que alguna mirada podía haberse posado sobre mí. (Yo había tenido siempre gran vergüenza porque alguien pudiera decidir, a simple vista, que yo podía ser un sujeto vulnerable.)

Estaba llorando y todas aquellas aves volvían a los árboles.

Volvieron a posarse encima de mí. No supe dar a este llanto motivo alguno. AQUELLO había sido un «acto fisiológico». (Así era el empecinamiento AQUELLA ÉPOCA, por descartar cualquier comportamiento cercano a la EMOCIÓN.) Ya más tranquilo imaginé algunos rostros. Vino primero M. Pero después fue creciendo la imagen hasta que pudo convertirse en una especie de coro de *voyeurs*. Mi padre. Mi hermano. Mi hermana. Mi cuñado. Mis dos abuelas. Mi tío. Mi madre. Fueron sumándose rostros. Así que aparecieron mis amigos Rocío y Javier. Andrés, Amador, Fernando, Rafael. Sixto, Miguel. Todos aquellos niños a los que había impartido clase en una escuela en Madrid. Algún compañero de piso en el barrio de Lavapiés. Antiguas novias. Algunas mujeres jóvenes con las que había hecho el amor. Todos los cuerpos estaban unidos por un mismo contexto. Sujetos a un mismo país.

Había pasado por alto un correo que me había mandado MI MADRE. Ni siquiera había respondido a aquel *e-mail*. En mi empecinamiento por no saber nada, sólo me había dedicado AQUELLOS MESES a alejarme de allí.

España.

L'Espagne.

Spain

Incorporé la cabeza.

Al mirar el entorno un pensamiento me golpeó.

TODO ESTARÍA MUERTO EN UNOS AÑOS.

Cuando sentí que estaba repuesto me levanté. Seguí leyendo las inscripciones de las tumbas. Sobre alguna de ellas me apoyé. Había una tumba sencilla. De piedra blanca. Me acerqué. Las hendiduras trazaban grafías en la lápida vertical. Todas aquellas letras talladas en la piedra, componiendo dos nombres y dos apellidos.

JEAN-PAUL SARTRE
1905-1980

SIMONE DE BEAUVOIR
1908-1986

Quise leerlo dos veces.

Y luego tres.

Puse mi dedo índice sobre las hendiduras. Después me senté. La piedra estaba fría. Sobre algunas zonas los visitantes habían depositado papeles

escritos. También algún ramillete seco, dorado por el sol. (Al apretarlo en el puño se deshizo muy fino, dejando un polvillo en la losa.) Me froté las manos hasta que todo ese polvo se desprendió. Volví a recorrer las letras. Después dejé que cayera la palma de mi mano, hasta que se encontró con la lápida horizontal. Seguí deslizando la mano. Dentro estarían los restos. Habría dos calaveras. Las oquedades de los ojos. Quizá atravesadas por hebras muy finas de algún matorral. Cuatro fosas nasales. Las dentaduras. Los hombros. Huesos de las costillas. Quizá quedara algún resto del órgano corazón. (Un pellejo arrugado, como una manzana vieja tirada en mi jardín.) Las pelvis, las tibias, los peronés. Y todos esos menudos huesos de los dedos.

Tenía reciente en la memoria la imagen de Sartre. En cambio, no logré componer el rostro de Beauvoir. Le imaginé sólo a él, como si de repente ese esqueleto pudiera llenarse de músculos y arterias, recobrar su fisionomía. Era lo próximo que aquello abandonara aquel hueco para sentarse junto a mí. Al recrear este encuentro sonreí. En el silencio me fue imposible seguir imaginando. Quería tramar la escena. Mi encuentro con Sartre. Había leído artículos. Durante los últimos meses había estado indagando en su filosofía existencial. Aquel libro, *La náusea*, había llenado los tiempos de espera en los andenes, me había acompañado en los trayectos y los bares. Una vez lo había dejado olvidado en una taberna llamada Dirty Dick's, y al regresar lo había encontrado abierto sobre un tonel. Alguien lo había ojeado. Y alguien lo había dejado, de nuevo, allí. Estuve un rato buscando las palabras. Pero no lo logré. Me parecía que yo no tenía nada que decir. Algo para romper el hielo, para escribir ese primer guión, detrás del nombre del personaje. Me pregunté si debía empezar por mí. Quizá podía contarle algo en referencia a mi vida. Pero la sensación que me atrapaba en los últimos meses me anuló. No había hecho gran cosa. Y mucho menos frente a ese fantasma, Jean-Paul. Frente a ese gran hombre no había hecho nada. (No pasaría a la historia por diseñar el edificio del Centro Pompidou, no había construido canales bajo el agua. No había pintado obras de arte. Ni siquiera había sido capaz de arreglar un fregadero obstruido de mi hogar.)

Lo cierto es que no había hecho CASI NADA.

Y escribo CASI NADA cuando podría escribir que no había hecho NADA.

NADA sin más.

Y sin embargo desde el primer momento, casi desde aquellos primeros años de la vida (los años en los que uno empieza a ser consciente de su actividad), había estado empeñado en HACER. Buscando cualquier entorno que me salvaguardara de NO HACER. Tomado por el impulso de HACER. Todos aquellos años preocupado por conseguir el medio para hacer. Una instrucción adecuada PARA HACER. Con la consciencia plena de que había que HACER. Todo este tiempo poniendo clara insistencia en HACER. A veces demasiada. (Todos aquellos años de estudio, empeñado en HACER.) Quizá algo equivocado. En un entorno también equivocado. Y digo ALGO EQUIVOCADO cuando quizá debiera decir EQUIVOCADO, sin más. En ese

entorno, la mayoría de las veces acompañado por otros EQUIVOCADOS COMO YO. Todos metiendo la azada en la tierra de un «CAMPO INMATERIAL». Así la llaman, CULTURA, UN CAMPO INMATERIAL. Por qué no, también podríamos decir: una pradera pelada. Un terreno baldío. En ese lugar YO Y LOS EQUIVOCADOS buscando sombra en una arboleda absolutamente CALCINADA por toda esa PANDA DE PIRÓMANOS, NUESTROS ASQUEROSOS POLÍTICOS. AÑO 2012.

Y hablo de la CULTURA por hablar de cualquier cosa. Cuando podría hablar de cualquier cosa. Digo CULTURA cuando debería decir: CUALQUIER COSA EN GENERAL. Y cuando digo todos esos EQUIVOCADOS de la CULTURA debo decir: TODOS ESOS EQUIVOCADOS EN GENERAL. Todos esos EQUIVOCADOS que habían llegado al punto de estar preparados PARA HACER. (Muchísimo más formados que sus padres y gracias a sua padres.) Habiendo tomado, LOS EQUIVOCADOS, incuestionablemente, las capacidades de jóvenes formados, incluso las costumbres de jóvenes formados y adquiriendo, UN TIEMPO DESPUÉS, incluso el aspecto de HOMBRES FORMADOS, con los comportamientos de HOMBRES FORMADOS, incluso todos aquellos gestos de HOMBRES FORMADOS, haciéndose cuestiones de HOMBRES FORMADOS. (EQUIVOCADAS CUESTIONES.) Y siempre tratando de hacer, o casi siempre tratando de hacer. Toda la vida haciendo. Con gran persistencia haciendo. (A veces, por cierto, sin la menor RETRIBUCIÓN.) Aquello que llaman AMOR AL ARTE. (Con más o menos acierto.) Todo con tal de escapar al TEMOR. (Algo así como un VÉRTIGO ESE TEMOR.) Unas sencillas palabras dando cuenta del miedo. Básicamente el vértigo de NO SERVIR PARA NADA. Ya casi siempre temblando en los oídos el vértigo de NO SERVIR PARA NADA, viciando el aire hasta dejarlo en más de una ocasión, aunque parezca exagerado, IRRESPIRABLE. En ocasiones FALTANDO el aire. En el peor de los escenarios, sin la necesidad de una pizca de victimismo llegando a la conclusión el AÑO 2012 de ser un SUJETO EXENTO DE OCUPACIÓN. Y lo peor de todo, NO AVISTANDO en la costa ALGUNA OCUPACIÓN. Ni siquiera de lejos LA POSIBILIDAD DE OCUPACIÓN. Y con el agravante de haber dispuesto EN OTRO TIEMPO de OCUPACIÓN. Yo y otros SUJETOS . Y he dicho sujeto cuando podría decir simplemente perfil. Por ejemplo perfil. PERFIL DEL FACEBOOK. Uno de tantos sujetos del Facebook. La mayoría EXENTOS de ocupación. Con el paso del tiempo. El año 2012 perfiles EXENTOS DE OCUPACIÓN. Habiendo sido formados AQUELLOS EQUIVOCADOS PERFILES DE FACEBOOK para LA OCUPACIÓN. Insisto en que muy por encima de la formación de los padres. Y con la deuda impagable a los padres. Gracias a todo el esfuerzo por parte de esos padres. (AQUELLOS NUESTROS PADRES.) Empecinados LOS PADRES en dar a todos LOS HIJOS la formación. Habiendo engendrado HIJOS, los PADRES, sin plantearse un segundo aquella determinación.

—No se me ocurre nada que decir.

Y al formular esta frase caí en la cuenta de que la había dicho EN VOZ ALTA.

Entonces hablé.

Durante mucho TIEMPO.

Y sin descanso.

Hablé.

HABLÉ HABLÉ HABLÉ.

(Ya no sé lo que dije,)

Hasta quedarme VACÍO.

Primero VACÍO.

Y luego SILENCIO.

Entonces silencio.

Silencio.

SILENCIO.

Fue después o fue antes el silencio.

(Qué más dará.)

Sartre sacó del bolsillo una pipa. Con la mano derecha prendió una cerilla. Había anochecido. Su cara se iluminó. Metió la cerilla en la pipa. Aspiró. El humo ascendió hacia arriba como una nube. Yo lo había visto negar con la cabeza. No había hecho más.

Y aquel fantasma habló.

—Usted es el proyecto de sí mismo.

Hizo una pausa larga. Con cierta sorna pronunció estas palabras.

—La voluntad, joven, la voluntad.

Y dio otra calada muy honda. El humo siguió ascendiendo como si aquello tuviera la fuerza de una chimenea. La luna colgaba en el cielo bastante crecida. Brillante. Cuando bajé la vista lo vi rascarse el mentón, al tiempo que se quitaba las gafas. Pareció que iba a hablar, pero hizo otra breve pausa. Jugó unos segundos con las patillas. Después se llevó, de nuevo, las gafas a la nariz. Se habían quedado mal colocadas en el tabique. Alzó el dedo índice. Dio un empujón en el puente, entre los dos cristales, y las recolocó.

—Usted es libre.

Se movían inquietos los ojos bajo las gafas. Sartre chupó la pipa. Y después la mordió. Vi que las manos hacían un aspaviento, lanzándose al aire. (Ése era un gesto muy propio de mi padre.)

Tensando los dedos se arrancó.

— Elija, ¡carajo!

Algo que me pilló por sorpresa. Dio una leve embestida con la cabeza.

—¡E invéntese algo!

Eso añadió.

Y tal como había llegado, aquel CUERPO MUERTO desapareció.

Algunos gatos rondaban entre las lápidas.

Como empezaba a hacer fresco caminé. Esculturas magníficas asomaban en panteones antiguos. Interrumpía el paisaje el *Angel del sueño eterno* de Horace Daillon. Alguien había cerrado la entrada principal. Tuve que dar muchas vueltas buscando otra salida. Estaba seguro de que la habría pero tuve un impulso y dirigiéndome a la tapia más cercana me encaramé. Al pasar una pierna detrás de la otra sentí un molesto pellizco en los testículos. Al insistir en mi esfuerzo, lejos de liberarlos, los aplasté. Ya en el asfalto acaricié mi entrepierna con las manos. Al remitir la punzada me pareció que bien podría haberlos dejado (los dos testículos) COLGADOS AHÍ. Un homenaje póstumo dadas mis últimas experiencias con «el otro sexo». Así que emprendí la marcha pensando en esto. Hasta llegar a la esquina sonreí rememorando la locura en la que había habitado hacía unos minutos. Todo quiso teñirse de un halo cómico.

Estaba descojonado.

(Valga la broma fácil.)

Todo mi *affaire* romántico con M. me pareció una anécdota de tono *grotesque*. Las tumbas. Mi grito. Los pájaros. Había inventado un fantasma del pensamiento occidental.

Todos eran fantasmas de OTRO TIEMPO.

Los pensadores y el pensamiento.

Así debía de ser.

EN ESTE TIEMPO

En el que el pensamiento estaba denostado hasta la saciedad.

Anduve largo rato por la ciudad de París. El Sena estaba tintado. Temblaba la superficie. El agua estaba moteada por destellos. (Y en cambio no había excesivas luces en la orilla.) Estaban los adoquines mojados. (Pero no había visto llover.) Seguí caminando. (Pero me pareció que no avanzaba.) Vi alejarse a la orilla. (Era como si fuera la orilla la que estaba alejándose.) Y no yo. Llegaron otras calles. Al girar una esquina, un hombre viejo salió de un portal. Estaba en *Marais*. Llevaba un disfraz de oso. Después lo vi besar a un muchacho bajo una placa en la que estaba escrito «Rue de Turenne». Sentí que estaba ebrio. (Pero no había probado ni gota de alcohol.) Un joven con barba me habló. (Pero yo no entendí una palabra.) Al alejarme me di cuenta de que era español.

El muchacho con barba.

Era español.

Hasta aquí París.

16

Es una foto en blanco y negro.

Perfil de mujer. Tiene el cabello liso, excepto un mechón que cae ondulado sobre la oreja (a modo de tirabuzón) y cubre toda la sien. Aunque el peinado está recogido, la melena se ve abundante, oscura. Pese a ello brilla, pues los mechones recogen reflejos de sol. La ceja se dibuja perfilada, muy fina la nariz. El ojo derecho es muy grande, almendrado. Se muestra entreabierto. Destacan las largas pestañas, el pómulo algo marcado, la boca delicada, el mentón. Hay una sombra en la imagen (la del tirabuzón) .Se extiende a la altura del cuello de pico de un abrigo. Lleva en el hombro una tira. Como un galón.

Es una joven preciosa.

La joven, MI MADRE, debe de tener veintitantos.

(No creo que más.)

Es un posado.

El fondo de la fotografía parece un parque. La vegetación luce borrosa. La joven parece atenta, MI MADRE, a alguna indicación. Debe de haber una mano sujetando la cámara. Es un dato que ignoro. El del fotógrafo. MI PADRE quizá.

Deben de ser los setenta.

Mis padres vivieron en la ciudad de Valencia. Se conocieron porque ambos tenían casa en un barrio cerca del río Turia (cuando éste todavía tenía caudal). Hubo una gran riada. En el cincuenta y siete. Se tuvo que desviar. Sólo recuerdo el cauce ya seco. Son muy escasas las cosas que sé de ESOS TIEMPOS. En referencia a su vida.

Sólo algunos detalles.

Siendo muy niños los chicos hacían cigarrillos con los cáñamos.

Jugaban al fútbol en un patatal.

Los jóvenes iban a acompañar a las chicas al salir de la iglesia.

Encontraron trabajo.

Mis padres.

(Casi desde la adolescencia el mismo trabajo.)

Hasta hoy.

Mi padre en un banco.

Mi madre en un hospital.

Tuvieron dos hijos.

Mi hermana nació en el setenta y seis.

Yo llegué en el setenta y ocho.

El año de la Constitución.

Era ese tiempo que llaman TRANSICIÓN ESPAÑOLA

Antes de todo esto están mis abuelos.

Fueron llamados a filas el año treinta y seis.

Uno jugaba al fútbol siendo muy joven. Tenía un hermano cura. Su cara era fina y sus ojos oscuros.

(Igual que yo.)

Cambió de bando en la noche. Salvó la vida escondido en un pozo, herido en el muslo hasta el amanecer.

Al otro en su pueblo le apodaban «el hojalatero».

Nunca supe por qué.

Creo que fue a parar a otro bando en esa contienda.

Se le quedó el pelo blanco cuando era muy joven.

Trabajó en el *Levante*, el mercantil valenciano, diario local.

Nunca he tenido claras sus adhesiones políticas.

(Sólo una leve idea sin confirmación.)

Ambos murieron antes de que naciera.

Hay unas fotos antiguas.

No me han contado gran cosa.

Quizá no he preguntado.

Ésta es mi idea de TRANSICIÓN ESPAÑOLA.

Siempre he echado de menos haberlos conocido.

(Aunque fuera unos años.)

Como echo de menos el agua del río.

Agua del Sena.

Del Támesis.

Corriendo abundante.

En mi ciudad.

17

Existe en Kensigtong Gardens el tronco de un árbol que tiene novecientos años de antigüedad. Es sólo un tronco muerto. Sin ramas. Pero se tiene a este tronco gran devoción. Es relativamente sencillo calcular la edad de los árboles en climas templados. Se debe a la formación de anillos en el interior del tronco a medida que éste va aumentando de tamaño. Este tipo de árboles se llaman «simpódicos» (según la Wikipedia). Y sólo en los árboles simpódicos resulta posible saber su edad, inscrita en la formación de sus anillos. El tallo no se prolonga hasta el final, sino que surgen dos ramas principales a partir de las cuales nacen las demás. Así que todas las ramas tienen su nacimiento y su infancia. Las ramas se van muriendo, a medida que crecen otras en su lugar.

Llegado mayo ya casi todos los árboles han florecido. En Londres.

Aquello era un espectáculo exuberante. Sentado en la hierba pasé varias tardes mirando las ramas de los árboles. Empecé por las ramas más nuevas.

Y vino una idea a mi cabeza.

Primero rondaba la mente sin mucha insistencia. Y tal como llegaba volvía a desaparecer. Aunque la primavera hubiera llegado seguía haciendo frío. Llovía bastante. Algunos días salía el sol. Hay una tarde bastante importante. Había tratado de componer mi árbol genealógico. Releí aquello. Bastante pobre. Vi que había una rama sin información.

La rama que corresponde a mi nacimiento. Y algo después.

Estuve pensando en ello, pero lo abandoné. Rondaba la habitación algo ocioso. Bajé al jardín. Después subí. Tenía sueño esa tarde y dormí. Cuando me desperté la idea seguía rondando la cabeza. Así que pensé en escribir. Abrí un archivo de Word. Pasada una hora deambulé otra vez, abriendo y cerrando ventanas en internet. Era bastante tarde. Quizá medianoche. Tomé mi chaqueta. Quería salir. Bajando por la escalera sentí claramente que AQUELLO era absurdo, pero salí. Ya no tenía apenas sensaciones. Los calcetines rozaban los dedos gordos. Las plantas de mis pies caían sobre las suelas de las botas. A veces cambiaba el apoyo de las plantas, según el desnivel. Notaba el peso acolchado de los talones sobre ambas plantillas. Tras media hora traté de centrarme de nuevo en el paisaje. Todas aquellas casas. La hierba.

Era la ÚLTIMA VEZ que habitaba ESE ENTORNO.

Lo supe ahí.

Di media vuelta. Cuando llegué a la puerta de la casa eché un vistazo al rosal. Estaba casi pelado pero se mantenía el capullo de una rosa. Con la punta de los dedos lo acaricié. Saqué del bolsillo la llave. Al mirarla me pareció que no era la llave de mi puerta. Pero la llave encajó perfectamente en esa cerradura. Así que la puerta se abrió. Subí otra vez los peldaños de la escalera, pensando en cuántas pisadas quedarían ALLÍ. En la habitación puse mi mano sobre el ratón del ordenador. Seguía el archivo abierto y lo cerré. Volví a dirigir la mano con la intención de cerrar la tapa. Definitivamente. La mano se colocó en el marco de la pantalla. Y se quedó unos segundos.

Sostenida LA MANO. Unos segundos LA MANO ALLÍ.

Miré entonces la mano, iluminada perfectamente debido a la cercanía de la lámpara que había en el escritorio. Estaba algo agarrotada. Noté un picor que estaba situado en uno de los carrillos de mi cara. Así que la mano hizo por activarse, deslizándose al rostro. Al apartar la mano quedó una pequeña marca acuosa sobre la tapa. Se reflejaba la lámpara sobre ese rastro. Me pregunté por qué. Pero enseguida vino a la mente la rosa húmeda que había tocado en la puerta. Se habían aplicado mis dedos al acto de rascarme rozando la descuidada barba hasta llegar a la sien. Abrí el archivo de nuevo.

Las patillas se llenan de sudor. Y cuando están repletas el sudor se desliza y colma los dos lados del rostro. La mano de mi padre se acerca a la barbilla. Y se desliza de izquierda a derecha. Después es reposada en el volante. Los dedos se tensan apretando fuerte unos segundos. Cuando la mano vuelve a la llave del contacto el volante queda libre. Miro el reflejo de luz.

18

Estuve escribiendo durante varios días.
Apenas paré.
Al terminar mi escrito añadí una dedicatoria*:*

A mis padres,
con todo mi amor.

Busqué algunos vuelos a España.

Hasta aquí, Londres.

19

Ha pasado ya un tiempo desde ese escrito.
Restos.
He renegado del texto bastantes veces. Sentí que había forzado los hechos. Sentí que aquello había sido motivado por sentimientos contrapuestos. Sentí que todo se había impregnado por mi propia inseguridad. Sentí que aquello era un ejercicio indecoroso. Y sobre todo sentí que había faltado a la verdad transformándola en una ocupación literaria, la mayoría del tiempo embriagado por esa caprichosa ordenación de las palabras.
Y ahora me hago preguntas. A toro pasado. Cuestiones que surgieron después de escribir.
Cuestiones que si me hubiera hecho antes me habrían condicionado.
(Quizá bloqueando por completo mi escritura.)
He tenido escondido este escrito.
Algunos años.
Con cierto pudor.
Me ha acompañado el pudor todo este tiempo.
Imaginando a mis padres en el momento en el que leen mis palabras.
Ahora escribo palabras.
Igual que entonces.
Ya llegó 2015.
Estoy escribiéndolas.
Y os imagino, PADRES, leyendo mis palabras.
Y os pido perdón.
Por todo lo que dije.
Y lo que NO dije.
EN ESTOS TIEMPOS.

Por todo lo que inventé.
Y lo que no.
Por sólo usar un punto de vista sesgado.
Por esa tergiversación de los hechos en mi certero empeño de hacer el relato universal.
Por no apelar a otras cuestiones relativas a los momentos de felicidad.
Es una delicada cuestión.
Antigua como la vida.
La relación con los padres.
Y la relación con los hijos.
La herencia de nuestros padres.
Y la deuda de nuestros hijos.
Y siendo padre habré de pensarme esta cuestión. Para tratar de hacerlo lo mejor que se pueda. Con la mayor de las voluntades posibles. Temblando ante la posibilidad de que mis hijos piensen que les he defraudado. Temblando ante el miedo de fracasar. Y sobre todo de que mis hijos sientan que han fracasado por ellos mismos.
Todo fracaso y éxito ha de ser mío igualmente.
Y nadie está exento de su responsabilidad.
El fracaso de los padres.
Y el fracaso de los hijos.
El éxito de los padres.
Y el éxito de los hijos.
Una cuestión parecida.
Distinta.
Una cuestión que sólo puede alojarse en el cordón umbilical.
Perteneciente al misterio.

Ahora escribo.
Estoy escribiendo
Y trato de hallar un final adecuado para este libro.
(Siento que llega el final.)
Y se presenta distinto de como lo imaginaba.
Transito un camino frágil.
Muy emotivo.
Ya casi roza la verdad.
Y siento que debo dejar escrita alguna confesión.
Y que ésta escape, en la medida posible, a toda artesanía de la palabra.
Por ejemplo, escribir.
Que tengo cierto miedo a ver a mis padres desaparecer.
Y que ese suceso me pille en la ausencia.
Puesto que siempre he sido muy dado muy dado a ponerme en OTRO LUGAR.
Escribir.

Que sólo ha de perdurar lo mejor de ellos dos.

Y que esto habite en mí.

Para entregarlo a mis hijos.

(En el caso de enfrentarme a la tarea de ser padre alguna vez.)

Escribir QUE LES QUIERO.

Con todo lo indecoroso que resulte ponerlo aquí.

Antes de que podamos desaparecer.

Hasta aquí ésta, MI CONFESIÓN.

Y ahora os voy a contar que a la cabeza me había llegado un posible final para este libro.

Fue recordando el último verano cuando la única abuela que quedaba viva murió.

Era la última abuela.

Y por eso yo tenía pensado, ya hace algún tiempo, este final.

Era un final en el que quería que coincidiera mi regreso de Londres con esta DESAPARICIÓN, que fue, en su caso, el resultado lógico de una larga agonía. Y llené algunas páginas componiendo ese momento. Escribía sobre esta abuela (la madre de mi madre) y me acordaba a la vez de mi otra abuela (la madre de mi padre) y de las sensaciones que tuve en varios momentos durante su entierro. Fue hace bastantes años ya. (No había hablado de las abuelas y quería que aparecieran al final.) Y parecía lógico cerrar la cosa así. (Las ramas antiguas del árbol.) Así que pensé que sería una idea trabajar los sucesos de estas dos muertes. (Que fueron muertes distintas, correspondientes a unas mujeres muy distintas.) Trataba de conjugar sensaciones y otros pensamientos que se dieron ahí. (Ya como siempre tratando las sensaciones y los pensamientos.) A veces con cierta reiteración (como probablemente ocurre en todo el relato.) Así que aprovecho para pediros disculpas.

Mi cuerpo bajaba la cuesta del cementerio. Se dibujaba el camino trazado por cipreses. Estaba en paz. Aquello era el fin de un ciclo. Imaginé que atardecía. Puesto que siempre he tenido cierta predilección por el atardecer. Es una admiración por todos aquellos umbrales donde el silencio se hace protagonista. Y ésta era una anécdota de mi abuela paterna.

La otra abuela se había quedado sin habla, algunos meses antes de morir. Fue una pérdida muy gradual, a medida que el cuerpo iba deteriorándose. Y en el final había sonido, únicamente. Hasta que fui a visitarla la última vez. Y ya no quedaba ni rastro de lo que fue su palabra. Y esta absoluta ausencia de la palabra, el silencio, y después la muerte me llamaron la atención.

Y en realidad, había más cosas. Pero el silencio era lo más importante, buscando un final.

De todas esas palabras que escribí.

La más importante de todas.

Era el silencio.

El que precede a la vida.

Y el de después.
El que precede al acto de escritura.
Y el de después.
Y así era el final.
Y ahora me viene a la mente (quizá en otro orden de cosas) que todos somos los hijos de este silencio.
De alguna manera.
Desde los años aquellos de la transición.
Todos los hijos y todos los padres.
Los hijos del silencio.
Y así yo lo he visto, particularmente,
EN ESTE TIEMPO.
Y EN ESTE LUGAR.
(Pero este otro tema.)
Y ahora acabo.
Termino de hablar.
Y siento que todo silencio termina y comienza con las palabras.

He pasado ya un tiempo buscando las palabras.
Yo escribía palabras
Y siempre había un vacío.
Entre palabra y palabra.
UN VACÍO.
Que he remediado con gran terquedad.

Es un TIEMPO DE CRISIS.
ESE LUGAR.
Y sin embargo las PALABRAS.
Todas estas palabras.
Las voy a dejar.
Aquí.
Colgadas como las hojas de árboles.

ESTAMOS FUERA DE TIEMPO.
Siento que el cuerpo ya quiere levantarse.
Ha de ser tan sencillo como perder el equilibrio.
Tomarlo de nuevo.

Madrid, marzo de 2015

* «Cajas de ahorros españolas. La cultura de la traición, el amiguismo y la intromisión política», *The Guardian*.

Antonio de Paco nació en Valencia en 1978. Es licenciado en filología hispánica por la Universitat de València y en dirección de escena por la Real Escuela Superior de Arte Dramático, y ha cursado estudios de interpretación en la Escuela Superior de Arte Dramático de Valencia, y en la Escuela de Mar Navarro y Andrés Hernández, en Madrid. Como dramaturgo ha publicado y estrenado varios textos teatrales y obtuvo el Premio Marqués de Bradomín en el año 2007 y el Premio de Dramaturgia Innovadora del Festival Escena Contemporánea en 2011.

Publicado por Caballo de Troya, un sello de Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Edición a cargo de Elvira Navarro

Edición en formato digital: junio de 2015

© 2015, Antonio de Paco Domingo
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15451-60-0

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Fuera de tiempo
Primera parte
  Restos
Segunda parte
  Off-time
  Capítulo 0
  Capítulo 1
  Capítulo 2
  Capítulo 3
  Capítulo 4
  Capítulo 5
  Capítulo 6
  Capítulo 7
  Capítulo 8
  Capítulo 9
  Capítulo 10
  Capítulo 11
  Capítulo 12
  Capítulo 13
  Capítulo 14
  Capítulo 15
  Capítulo 16
  Capítulo 17
  Capítulo 18
  Capítulo 19
Notas
Biografía
Créditos